

Juan Pablo Renzi / ¿Hay espacio para un radicalismo progresista? /
Las siete ideas-fuerza de la izquierda, hoy / El liberalismo prisionero de Carl Schmitt /
Italia: Pluripartidismo, nomenclatura y final / Entrevista a Michael Walzer /
Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia / Los opios y los pueblos

Documentos/Separatas: 15º Congreso Mundial de la CIOSL

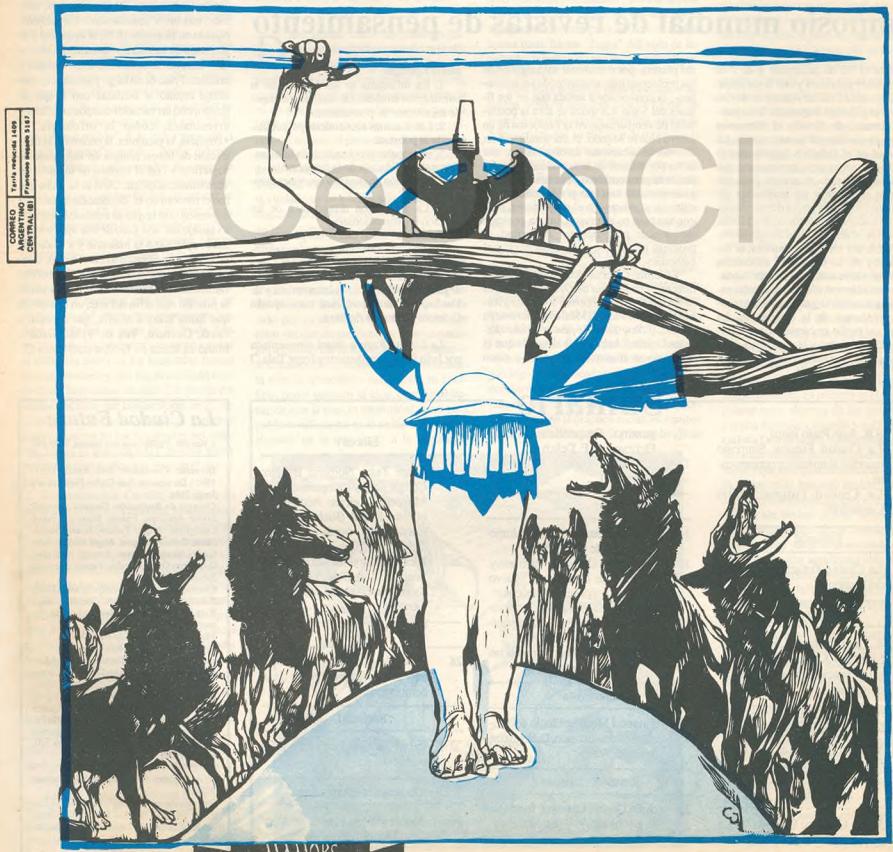
Bufano, Tenti Fanfani, Sidicaro, A. Stubrin, J. Rodríguez, Rocard, Gadano, Teixidó, Bossoer, Ortiz, Castiglioni, Pásara, Mouffe, Godio, Tula, Leiras, Martínez Mazzolla, E. Semán, Halperin Donghi, P. Semán

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Director Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Nº 33, Bs. As., julio '92 \$ 5.-



Juan Pablo Renzi

Juan Pablo Renzi era nuestro pintor. El único. Porque no abundan los artistas plásticos en este particular universo de polílogos, sociólogos, economistas y expertos en la interpretación de las relaciones sociales. Era nuestro artista. Una categoría que siempre es observada con cierta desconfianza porque carece de la erudición y de los datos necesarios para otorgar un sentido lógico —racional— a esas relaciones sociales. En este aspecto era un improvisado. Podía tomar en bronce una rigurosa reflexión sobre el curso de la economía y de la política o bajar los párpados para escoger el aburrimiento y de paso los enjocados ojos cubiertos por el whisky doble. Era un artista.

Los artistas no abundan. Son muy pocos. Cuando uno de ellos muere el desgarro que se produce es considerable. Aunque no se note. Aunque aparentemente nadie se cuenta. La pérdida de un artista es algo grave. Mucho más grave de lo que puede tolerar sin fijarse esta sociedad tan dedicada a otros menesteres.

Una semana antes de morir se produjo una curiosa coincidencia. Mientras Juan Pablo Renzi expone estrellas rojas de cinco puntas en el Museo de Arte Moderno, se realizaba en el Museo de Arte Decorativo una muestra de otras estrellas rojas, soviéticas éstas, que emergían empujando a un Lenin aparentemente eterno. Si se veían las dos muestras en el mismo día, si la casualidad y el tiempo

libre de un domingo llevaban a un espectador a ver esas obras en el curso de una misma jornada, ya ese espectador tenía una historia de vida que sólo a los cincuenta años es posible tener, se producía una conmoción estética. Entre el anacronismo del liberal y a lo mejor cierta nostalgia personal y el realismo rígido, entre la libertad de un artista sensible y el autoritarismo de un pasado que creímos de gloria, Juan Pablo Renzi nos devolvió el alma, la paz, la plástica, el placer y sobre todo, el verdadero sentido del arte. Que no se puede explicar con palabras.

Todos los miembros de *La Ciudad Futura* rendimos homenaje a nuestro pintor. Y bebén en su memoria.

S.B.

Exposición Universal de Sevilla

Simposio mundial de revistas de pensamiento

Entre el 30 de setiembre y el 2 de octubre próximos y con la participación de la *Ciudad Futura* se llevará a cabo en el Pabellón España de la Exposición Universal de Sevilla el Simposio mundial de revistas de pensamiento. La idea surgió en el Pabellón España con el propósito de crear un espacio para que revistas culturales de todo el mundo pudieran analizar la situación y las tendencias del pensamiento político y social del momento.

Frente a acontecimientos como el fin de la guerra fría, el desplome del bloque soviético, la crisis del sistema comunista, la desintegración de la URSS, la difusión de la confederación alemana, el avance del fundamentalismo islámico, el crecimiento del nacionalismo europeo y el racismo, los problemas resultantes de la emigración, las agresiones al medio ambiente, el recrudecimiento del terrorismo y la expansión de la pobreza en cada vez más extensas regiones

del planeta —por mencionar sólo algunos de los problemas más acuciantes de estos tiempos—, la convocatoria señala que en las filas del Siglo XX quizás se abre la posibilidad de «embarcarnos» en la explosión de un nuevo Mundo, el del hombre en un entorno técnicamente revolucionario, que lucha por librarse de la necesidad, del miedo, de la persecución o de la tiranía ideológica, que está cercado por la intolerancia cultural, el racismo o el chovinismo, pero que también se encuentra en una posición irreparable para alcanzar la libertad, el progreso político, social y económico y el bienestar.

El Simposio Organizador se integró con los directores de *Revista de Occidente*, *Claves de Razón Práctica*, *Sistema y Crítica* y *Razón* (España), *Vuelta* (Méjico), *Micrograma* (Italia), y *New York Review of Books* (Estados Unidos), habiéndose decidido que el Simposio se desarrollaría en torno a cinco

mesas redondas:

1. La influencia de las ideas y de la información en el cambio histórico; el papel de las revistas de pensamiento.
2. Los sistemas económicos y el problema de la pobreza.
3. Principales problemas de la instauración y consolidación de la democracia.
4. Población, minorías y tensiones étnicas culturales.
5. La articulación democrática de las relaciones internacionales.

Fueron invitadas cincuenta publicaciones, entre ellas, *Leviatán*, *Lettre Internationale*, *New Left*, *Dissent*, *Philosophy and Public Affairs*, *Revista del libro* y *Nuovi Argomenti*. Además de nuestra revista y de *Vuelta*, por Latinoamérica participaron *Quimera* y *Ciencia Política*.

La Ciudad Futura estará representada por Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. □

Sumario

2 S.B.: Juan Pablo Renzi

2 La Ciudad Futura: Simposio mundial de revistas de pensamiento

2 La Ciudad Futura: Duilio Cambellotti

Editorial

3 La Ciudad Futura: En la mitad del camino

Política

4 E. Tenti Fanfani, R. Sidiario, A. Subirub y J. Rodríguez: Debate: ¿Hay espacio para un radicalismo progresista?

Definiciones

11 Michel Rocard: Las siete ideas-fuerza de la izquierda, hoy

Universidad

12 Julián Gadan: Encuesta II - La crisis del sistema universitario ar-

Duilio Cambellotti



Las ilustraciones que presentamos en este número fueron tomadas de la edición de agosto-setiembre de 1987 de la revista *MondOOperario* y pertenecen a Duilio Cambellotti. De allí tomamos, también, esta breve semblanza de Cambellotti. Nació en Roma en 1876, el ambiente y la actividad de su padre —artesano en madera— influyeron en su formación humana y artística. Fruto de un largo y paciente aprendizaje resultó la facilidad con la que se desempeñó en variados campos artísticos y artesanales, como la orfebrería, la xilografía, la escultura, la cerámica, la ilustración de libros, pintura en toda clase de superficies y con el empleo de los más diversos materiales, etc. De él se ha dicho que fue el pionero de la "decoración moderna", expresión con la que se intentaba describir su pasaje del arte puro al arte aplicado, es decir, aplicado a la industria y a la idea de progreso que siempre lo caracterizó, tanto en lo técnico como en lo social. Cambellotti fue militante del socialismo, convencido de la función educativa del arte, un europeista que había leído a Morris, que conoció a Horta, Guimard, Van de Velde, Gallé... Murió en Roma en 1960, a los 84 años. □

La Ciudad Futura

B. Mún. 2094 - 1° (105) Buenos Aires, Argentina, Tel. 953-1581

Diseño: Fundador: José Aricó (1931-1991). Directores: Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Gerardo Adrogó, Javier Arriagón, Sergio Bufano, Javier Franández, Julio Gaidano, Miguel Angel García, Julio Goicoechea, Arturo Martínez, Antonio Marimón, Guillermo Ortíz, Cecilio Pedroso, Ernesto Semán, Pablo Semán.

Comité Asesor: Emilio de Ipolta, Jorge Doti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kers, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Oscar Terán.

Verde: Fundación Friedrich Ebert. Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe todo su correspondencia, cheques y giros en Casilla de Correo N° 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición: Impresión: Gráfica Integral, Avellaneda 1955, Buenos Aires. Distribución en Estados Unidos: Distribuidora Rio IV, California 2587, Buenos Aires. Distribución en kioscos de Capital: Sinfín, San Pedro 710, Buenos Aires.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675.

Suscripción anual: Argentina, u\$s 40. Exterior, u\$s 60. Bibliotecas e instituciones, u\$s 80. Cheques y giros a la orden de Arnoldo Martín Juaristi.

Fundación Friedrich Ebert: 15º Congreso Mundial de la CIOSL.

Nº de Registro de la Propiedad Intelectual: 192675.

Suscripción anual: Argentina, u\$s 40. Exterior, u\$s 60. Bibliotecas e instituciones, u\$s 80. Cheques y giros a la orden de Arnoldo Martín Juaristi.

EDITORIAL

En la mitad del camino

A i promediar su mandato Menem vive su peor momento. Atravesado desde hace meses por las sombras de la corrupción, las cartas de éxito de su gobierno se mantienen, sin embargo, incómodas: las elecciones consagraron a sus candidatos y la convertibilidad seguirá avanzando, triunfal, sin asomos de protesta ante sus costos. Fue en ese marco en el que el presidente y sus acólitos decidieron redoblar la apuesta y forzaron el paso hacia el verdadero lugar de su destino: la reelección. Y resultó fatal: a parte de entonces la fortuna comenzó a mostrar su peor cara.

Se acumularon en rápida sucesión los puntos críticos. El establecimiento económico y los grandes medios de opinión que lo expresan decidieron vetar la reforma constitucional y de esa manera la posibilidad de postular al menemato hasta el año 2000. "Así paga el diablo", debe haber pensado el presidente, parafraseando a Perón quienes habían saludado alborozados el viraje de "Charlie" y celebrado sus extravagancias, ahora le marcaban los límites, le indicaban hasta donde podía llegar. El golpe fuero duro.

Simultáneamente la adormecida protesta colectiva comenzaba a desperezarse a partir de los puntos más sensibles de la sociedad como el sistema presisional, el sistema de salud y la educación pública, tres sectores neurálgicos azotados por una política de asignación del gasto que necesariamente debe privilegiar el pago de la deuda. Los reclamos de los jubilados volvieron a ganar la calle, los paros en los hospitales fueron noticia cotidiana y, por fin, el conflicto en el Instituto Bernasconi encendió la media del instinto reclamando por la encrucijada la que coincidieron docentes, alumnos y padres representativos de los tres niveles del sistema. Hasta la alacridad CGT intentó ganar brioso en la puja abierta y propuesto el primer

paro general.

El invulnerable Cavallo, lanzado a su pesar a la fiebre relectoralista, se enfrentó a la incertidumbre de algunas zonas oscuras. Las bruscas bajas de la bolsa mostraron, luego de las fanfarrias a que dieron lugar sus anteriores alzas, el carácter puramente especulativo de sus transacciones, su inexistece ro de mercado de capitales, al menos hasta que entrén a jugar en él los fondos de pensión derivados de la cuestionada reforma previsional. Logrado el piso de estabilidad y frenado el impulso al consumo provocado como primer impacto de la misma, la pregunta que la sociedad ha comenzado a plantearse es por el siguiente capítulo, del mismo modo como en 1987 se preguntó por lo que iba a venir después del piso de la democracia. Los políticos viven como una condena el que la sociedad avance rápidamente en sus demandas.

Así llegaron las elecciones en la Capital, en un clima que dio vuelta subitamente al triunfalismo del primer trimestre, con el Plan Brady firmado, la reelección en marcha,

la Bolsa en alta y la oportunidad para "nacionalizar" la elección del senador. Desde el momento en que Menem quiso transformar a Porto en el Palito o el Reutemann portóñalo hasta el otoño en el que decidió "nacionalizar" Perico y "municipalizar" Buenos Aires, parecen algo más que los sesenta días del calendario: se produjo el primer quiebre significativo en una carrera que no tenía, al parecer, obsecáculos. Es en ese cuadro global que hemos intentado trazar, donde debe verse el triunfo de Fernando de la Rúa.

D ebe quedar claro, en primer lugar, que ese resultado no va mucho más allá de lo que dice el gobierno y de lo que pueden creer algunos radicales. En efecto, ni es una manera ratificatoria de una victoria en un distrito tradicionalmente afecto a la UCR, porque queda sin explicar la significativa suba en el porcentaje con relación a comicios anteriores, ni tampoco es prueba de que el radicalismo haya superado definitivamente los problemas que le alejaron de la ciudadanía en los últimos tiempos de su mandato. Además, será peligroso trasplantar los resultados de la Capital Federal a todo el país.

Por encima de esos argumentos, dibujados más por los sentimientos que por el juicio imparcial, es evidente la significación del triunfo obtenido por la Rúa, sobre todo por su contundencia. Está claro, por ejemplo, que los temores por el hegemonismo de la derecha, que es incapaz de ver ninguna diferencia entre la Unidad Socialista y el PO, entre el FREDEJUSO y el PCR, entre el grupo de los Ocho y el PC.

La Ciudad Futura jamás abogó por esa sumatoria indiscriminada. Hemos apostado y lo seguimos haciendo por la posibilidad de construir una articulación de izquierda democrática, con un claro programa de reformas inserto en la práctica social, en camino hacia la posibilidad de una gran coalición de

ambas cosas plantean un punto de inflexión en la orientación del voto y, por lo tanto, en las actitudes ciudadanas frente a la política, al menos en el distrito tradicionalmente informado como es el capitalino. Obtenido el piso de la democracia se busca defender de las acechanzas de algún manotazo autoritario y concentrador, y conseguido el piso de la estabilidad se pretende expandirlo, sin menospreciarlo, en aras del crecimiento y de una mayor equidad. El perfil de Fernando de la Rúa da esa sensación y por eso superó el cincuenta por ciento de los sufragios, agregándole veinte puntos (de los cuales buenas parte fueron "fugaz" del voto de izquierda) al sufragio cautivo del radicalismo en el distrito.

Pero para nosotros estas elecciones tuvieron también otro significado: fueron un nuevo banco de prueba para una izquierda democrática que no se cansa de monstrar la calle, que no crece (más aun, en su elección descendió) sino que distribuye sus votos estable según impactos coyunturales muy personalizados: ayer fué Alfredo Bravo el beneficiado por esos humores, hoy, Solá: ayer la suma arbitaria daña más de un 15 por ciento los sufragios, hoy, alrededor de un 10 por ciento. Decimos arbitaria, porque esta suma "izquierdiza" la hacen los ojos de la derecha, que es incapaz de ver ninguna diferencia entre la Unidad Socialista y el PO, entre el FREDEJUSO y el PCR, entre el grupo de los Ocho y el PC.

La Ciudad Futura jamás abogó por esa sumatoria indiscriminada. Hemos apostado y lo seguimos haciendo por la posibilidad de construir una articulación de izquierda democrática, con un claro programa de reformas inserto en la práctica social, en camino hacia la posibilidad de una gran coalición de



POLÍTICA

Debate

¿Hay espacio para un radicalismo progresista?

El 30 de setiembre del año pasado, poco después de las elecciones que convalecían el avance del menemismo a partir de los éxitos iniciales del Plan de Convertibilidad, tuvo lugar la mesa redonda que reproducimos en estas páginas de *La Ciudad Futura*. La misma se realizó en el Ateneo Alicia Moreau de Justo, de la Unión Cívica Radical, local del barrio de Caballito, y luego destruido por las bombas que allí depositó la intolerancia y el fanatismo de un fascismo criollo que se niega a desaparecer.

Del debate participaron dos científicas sociales y dos dirigentes políticos. Los primeros, Emilio Tenti Fanfani y Ricardo Sídicaro, son profesores de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e investigadores del CIEPP y del CISEA, respectivamente. Los segundos, Adolfo Stubini y Jesús Rodríguez, fueron diputados y funcionarios del gobierno del doctor Raúl Alfonsín. El tema, la definición del progresismo en la Argentina actual y el papel que puede jugar el radicalismo en esa configuración.

Hasta aquí la "ficha técnica" de una reunión cuyo interés, creemos, se justificará a partir de su lectura. Pero nos interesaría dar un paso más a fin de explicar el por qué de su publicación en nuestra revista. Desde sus inicios *La Ciudad Futura* ha

intentado definir y penetrar en los rasgos del eventual "progresismo" argentino como un escalón superior al del compromiso democrático. No es obvio, en este mundo en transformación, el problema de precisar qué significa ser progresista cuando muchos de los valores que sustentaban esa postura en el pasado, hoy se han derrumbado. Así, por ejemplo, un progresista nostálgico puede ser en estos días, sin quererlo, un conservador.

Utilizando una expresión periodísticamente en boga, el progresismo se confundiría en la actualidad con el "centro izquierdista". Es cierto que en el debate argentino, urgido por la redefinición de identidades ideológicas y políticas, términos como "socialismo democrático", "izquierda democrática" y "centro izquierda" son a menudo propuestos como sinónimos. No creemos que sea así. Pensamos que frente a la coalición populista-conservadora que gobierna al país se abre la posibilidad de una recomposición de fuerzas alternativas capaz de avanzar en un plan de reformas democráticas: esto es, de constituirse en un polo "progresista" de aglutinación —en el que los tres planos de agregación (socialismo, izquierda y centro izquierda) puedan confluir, pero distinguiéndose. Un tema es la reconstitución de un partido socialista, otro la formación de una coalición con fuerzas democráticas de "izquierda" y otro, por fin,

una apertura mayor hacia sectores del "centro" del espectro político ubicados en los grandes partidos tradicionales. Los tres objetivos son valiosos pero necesariamente diferenciables en lo conceptual y también en el tiempo. El "progresismo" los engloba a todos, pero no los confunde.

El debate debe ser, por lo tanto, múltiple y plural, tanto en propuestas cuantos en enunciados. Y así como en el número anterior publicábamos una primera mesa redonda sobre los problemas de la (re)constitución de un partido socialista en la Argentina y hoy nos interesa recoger esta discusión sobre la viabilidad del "progresismo" entre los radicales, en ediciones sucesivas tratarímos de indagar sobre los mismos temas a sectores afines de la "izquierda democrática" y también, en lo posible, a peronistas disconformes con el viraje conservador-populista que ofrece hoy el menemismo desde el poder. Es en función de este compromiso amplio que proponemos leer las páginas que siguen.

La Ciudad Futura

Emilio Tenti Fanfani

"*Hay un lugar para el progresismo, en la medida en que la política democrática tiene un futuro*"

Quiero comenzar la exposición caracterizando brevemente el momento actual, "la coyuntura", como decía el destrozado Lenin. A mi, la sociedad Argentina se me presenta como una conjunción de dos imágenes. Una es el del colapso, la gangrena, el bloqueo, el desmoronamiento y la decadencia (de las instituciones, de los modos de hacer las cosas, de las formas de vida, etc.). Pero la Argentina es también una sociedad donde la libertad ha sido recobrada, el diálogo y la convivencia es posible. En síntesis: la sociedad Argentina se me aparece como decadencia y como posibilidad, como bloqueo y como esperanza.

Los intelectuales debemos abandonar toda pretensión de interpretar y de guiar el proceso histórico. Personalmente, creo que es preciso abandonar esa famosa imagen del "intelectual orgánico", "comprometido", seguro e inflexible en sus posiciones, por la de un intelectual consciente de lo múltiple, de lo complejo, inclinado y relativo de la vida social. La pose de dueño y administrador de verdades dogmáticas debe ser reemplazada por una actitud de perplejidad sisté-

mática, de cautela y medida en las opiniones. El tiempo presente no es tiempo de seguridades, no es el momento de los conservadores de ideas ni de los guardianes de puras ortodoxias. Quienes proclaman el fin de las ideologías, por lo general se refieren a las ideologías de los otros, y no a la suya propia. La ideología del fin de las ideologías es la evidencia mayor de que las ideologías no han muerto. Los sistemas de ideas tiene su propia historia, no son esencias inmutables: tienen un origen, se desarrollan, se transforman, desaparecen, etc. Lo que no desaparece es el mercado de las ideas y las representaciones colectivas. Por el contrario, abunda cada vez más la producción de discursos, de ideas, de imágenes, lenguajes, respuestas etc. acerca del mundo y la vida social. Podemos pensar que la modernidad se asocia más con la abundancia de ideas que a su escasez o desaparición. Los que hablan en público (antonopolíticos como periodistas, publicistas, sociólogos, etc.) deben dar la batalla del lenguaje para convertirlo en el lenguaje de las cosas, que parte de las cosas y vuelve a nosotros cargo-

do de todo lo humano que hemos depositado en las cosas. Hoy el que gana no es el que tiene la mejor respuesta, sino la pregunta más pertinente e inesperada. No es una época propicia para los impacientes y los usuarios de recetas. En otras palabras, no es tiempo de sacerdotes y administradores de verdades establecidas sino de profetas y creadores de lenguajes. Por eso un lenguaje hecho de frases hechas aparece como impostación y para la larga no suscita interés, no interesa a nadie. Leonardo Da Vinci doceñista titila a los letrados, capaces según él, sólo de repetir aquello que han leído en los libros de los otros, a diferencia de aquellos que como él, hacen parte de los "inventores e intérpretes de la naturaleza y los hombres".

Para esto nos lleva directamente al tema del lenguaje. El antidogmatismo, la actitud crítica, el distanciamiento entre nosotros y los sistemas de ideas establecidas no debe abusar sobre la humanidad afectando la facultad que más la caracteriza, esto es, el uso de la palabra, una parte del lenguaje que se manifiesta como pérdida de fuerza cognoscitiva y de impremeditación, como automatismos que tiende a nivolar la expresión sobre

Iatzo Calvino, nos alerta contra esta tentación del relajo lingüístico cuando escribía algo que creo necesario citar: "me parece que el lenguaje está siendo usado de un modo aproximativo, causal, descuidado, lo cual me provoca un fastidio intolerable. No vaya a creerse que esta reacción mía corresponde a una intolerancia hacia el prójimo: el perro fastidio lo experimento cuando me siento hablar a mí mismo. Por esto trato de hablar lo menos posible, y si preferio escribir es porque escribiendo puedo corregir cada frase todas las veces que sea necesario para llegar no digo a estar satisfecho de mis palabras, sino por lo menos a eliminar las razones de insatisfacción de las que puedo darme cuenta" (*Lecciones americanas*).

Vale la pena continuar la cita de Calvino. Sobre el mismo tema agrega: "a veces me parece que una epidemia pestilencial se ha abusado sobre la humanidad afectando la facultad que más la caracteriza, esto es, el uso de la palabra, una parte del lenguaje que se manifiesta como pérdida de fuerza cognoscitiva y de impremeditación, como automatismos que tiende a nivolar la expresión sobre

fórmulas más genéricas, anónimas, abstractas, a diluir los significados a límites los angulosos expresivos, a apagar toda chispa que salte del choque de las palabras con las nuevas circunstancias" (*Ibid.*)

En síntesis, no debe confundirse la actitud problematizante, crítica, con una pérdida de forma en el lenguaje y en los sistemas conceptuales que utilizamos para interactuar con las cosas.

El tiempo que vivimos requiere de hombres capaces de ejercer las facultades creativas propias del espíritu fantástico. Esto es lo que está en la base de la imaginación, y volvemos al pensador italiano: "como repelerlo de lo potencial, de lo hipotético, de aquello que no es ni ha sido y que quizás no será, pero que habría podido ser (...) la mente del poeta y en algún momento la mente del científico funcionan según un procedimiento de asociaciones de imágenes que es el sistema más veloz de relacionar y elegir entre las infinitas formas de lo posible y de lo imposible. La fantasía es una especie de máquina electrónica que tiene en cuenta generales hasta un programa o conjunto de soluciones a problemas específicos". Los partidos viven de las ideologías del siglo pasado, pero muchas de ellas han muerto o bien han perdido poder de seducción. Y no dicen nada de las cosas y problemas de hoy. En otros casos nos proponen visiones muy simples acerca de la complejidad de los temas actuales. Otras veces nos hablan de la sociedad como si fuera una aldea, mientras que hoy vivimos en un mundo planetario. Los medios han reemplazado a los partidos políticos. Se puede existir políticamente, fuera de los partidos, si se tiene acceso a los medios de comunicación. Los periodistas exitosos tienen un poder tremendo de hacer y deshacer reputaciones políticas. Pero tienen un límite. No pueden hacer para ellos mismos lo que pueden hacer para otros.

Por eso cambian las formas de la política. La mayoría de los ciudadanos participa en política cuando están solos frente a su televisión o cuando contestan un cuestionario que le ofrece un encuestador. La manifestación pública, la militancia y la acción colectiva organizada ya no convoca a las masas. Cuando ocurren, convocan a los desesperados. Ya no es la forma normal de la política, como era en otras épocas históricas y de la evolución del fenómeno:

Abstención electoral en Francia

Elecciones	% Abstenciones
1983 (municipales, primer turno)	21,63
1984 (europarl)	43,30
1984 (legislativas, primer turno)	21,53
1985 (presidenciales)	18,61
1988 (legislativas, primer turno)	34,26
1989 (municipales, primer turno)	26,90
1989 (referéndum sobre N. Caledonia)	62,96
1991 (legislativas en S. Lazare)	62,38
1991 (cantonal en un barrio de Marsella) 79,08	

FUENTE: *Le Monde, Selection Hebdomadaire*, 12-18 sept. 1991.

Ante esta situación el ex primer ministro socialista de Francia, Michel Rocard sostiene que es preciso "reconectar la corriente con la base del país". Para ello sugiere a todos "los militantes políticos, a comenzar por la cúspide" que "creen un silencio suficiente como para escuchar las inquietudes sordas". Aquellos que tienen un capital político de apoyos extra partidarios tienen la responsabilidad de saltarse de S. Embarazo, pese a los éxitos locales de personalidades extrapartidarias o líderes que han abandonado a su partido, estos son siempre temporales y de corto alcance. De Gaulle utilizó el instrumento-partido aún cuando hubiera podido prescindir de él. Raymond Barre

fracasó por no tener en cuenta esto dato y perdió la presidencia de "una visión idílica del diálogo directo de un hombre con el pueblo". Si un movimiento de comunión no se transforma en aparato político, la cosa no camina.

Más allá de las sutilezas y precisiones, ser progresista hoy tiene que ver con:

- a) preocuparse tanto por la justicia y la libertad, como por el crecimiento económico;
- b) la reivindicación del consenso en la diversidad, lo cual conduce a exigir a la tolerancia y al valor supremo y a la desconfianza de todos los dogmatismos;
- c) la tendencia a la liberación del hombre de las dos formas básicas de determinismo, la de la escasez (que deriva de la relación de los hombres con la naturaleza) y la de la dominación (que se deriva de la relación de los hombres entre sí); en este sentido hablamos de libertad política, de los límites a todas las formas de poder, etc.

Hay un lugar para el progresismo, en la medida en que la política democrática tiene un futuro. ¿Quién ocupará este espacio una vez que haya fracasado toda tendencia movimientista?

La tendencia a ocupar toda la escena debe dar lugar a un posicionamiento más preciso de los actores políticos. La democracia requiere una redificación de las fronteras y las identidades políticas en la Argentina. Las que actualmente están vigentes (oposición radical-peronista) no obedecen a una racionalidad de futuro. Exigen necesidades políticas del pasado. Claro que las identidades políticas son resistentes, y una vez constituidas tienden a persistir aun cuando hayan desaparecido o estén en vías de desaparecer las condiciones objetivas que presidieron su génesis y desarrollo. La persistencia de la intervención militar durante mucho tiempo coloco en el primer plano la oposición política totalitarismo-democracia. Esta fue durante muchos años la "contradicción principal", por decirlo de alguna manera. Hoy, por diversos factores internos y externos, esta oposición no ocupa el mismo lugar de privilegio. Esto no quiere decir que el totalitarismo ya no es un peligro. Por el contrario, hasta los liberales más lúcidos indican que tanto las democracias más antiguas como las más recientes están amenazadas por el totalitarismo de derecha.

El espacio político, como el espacio físico, está organizado alrededor de ciertos puntos de referencia que permiten ubicar o definir las posiciones de los actores en el escenario. Izquierda-derecha, conservadores-progresistas, oficialismo-oposición, etc., constituyen tipologías ordenadoras del espacio político. Son expresiones que premian la bipolaridad estructural del mundo social conocido: la existencia de dominantes y dominados, hombre-mujer, sol-luna, noche-día, húmedo-seco, crudo-cocido, alto-bajo, arriba-abajo y otras operaciones análogas.

En la Argentina actual existe un libro político que asigna papeles progresistas y conservadores, pero hay una confusión de actores. Hay momentos en el desarrollo de las sociedades donde toda la escena tiende a ser ocupada por un actor. La idea de movimiento (que vale la pena recordar, no es patrimonio exclusivo de la tradición peronista) contiene esta pretensión totalizadora que termina siendo totalitaria: querer ocupar todo el espacio, ser el centro, la derecha y la izquierda, al mismo tiempo. En el fondo está la idea de suprimir el movimiento, lo cual está indicando que las bipolaridades citadas constituyen el motor del campo.

posibilidad de participar en el juego político legal. En otras palabras, la adhesión a los principios democráticos es una cuestión "constitucional" que no debe servir para diferenciar a ningún partido político actuante en la sociedad nacional.

En consecuencia ser progresista no debe ser sinónimo de ser "democrático". Se debe poder ser conservador sin ser totalitario. Esto es uno de los desafíos de la política Argentina.

La complejidad de la situación actual se expresa en esta necesidad de realizar al mismo tiempo dos tareas imprescindibles e interrelacionadas:

b) la construcción de los consensos, los acuerdos, o los compromisos que hagan posible una refundación del propio juego político en la Argentina.

Estas reformas necesarias sólo pueden llevarse a cabo si se reúnen dos recursos básicos:

- Una dosis adecuada de energía político-social que ningún partido por sí mismo está en condiciones de proporcionar.

- Un horizonte temporal: las reformas institucionales requieren una implementación sistemática y políticas estables para obtener los frutos deseados.

La idea de Segunda República podría ser reflejada por las grandes fuerzas políticas nacionales con esta finalidad: puede ser movilizadora de energías, de aquellas gran-

des dosis de energía social que sólo se manifiestan en los momentos fundacionales, en el mito de los orígenes. Quizás sea preciso renovar el contrato social, reiterar el compromiso democrático a través de una actualización de la constitución nacional. Sólo así podrán ahuyentarse las fantasmagóricas y concentrarse efectivamente en el juego de la política normal. No se puede vivir todo el tiempo en período de excepción. Ya los argentinos están demandando soluciones para los problemas cotidianos.

Por otro lado, todo indica que los grandes problemas existen también en sus manifestaciones más pequeñas. La libertad y el totalitarismo también se juegan en el trato que recibimos de los funcionarios públicos.

La justicia se realiza en la calidad y eficiencia de la escuela y del hospital públicos, etc. Cuando los argentinos podamos dedicarnos a debatir estos temas y a proponer soluciones a estos problemas habremos encontrado otras bases para definir las diferencias políticas. Quizás en ese momento las actuales familias y divisiones políticas aparezcan obsoletas y contradictorias. Están las condiciones que presidirán la refundación de las identidades políticas.

Y entonces se podrá ser conservador o progresista sin poner en juego lo fundamental. Cuando llegue ese momento, la política en la Argentina habrá dado un salto cualitativo hacia la estabilización del sistema político.

Ricardo Sidicaro

"Un nuevo modelo económico conservador-liberal como el que está en el poder, necesariamente va a generar un espacio para la acción política de tipo progresista"

Y o partiría de hacerme una pregunta para pensar qué es esto de ser radical, esa saben ustedes, yo no soy; pero he meditado bastante sobre qué es esto de ser "progresista". Para pensar qué es ser progresista hay que primero pensar qué es ser conservador. Ser conservador en realidad no poder pensar la sociedad o hacer política pensando en no alterar una estructura, en conservarla. En conservar las distancias sociales, conservar las diferencias entre ricos y pobres, conservar las diferencias entre aquellos que son iniciados en la política y el pueblo que está afuera de la política. Es decir, ser conservador es mantener un cierto tipo de estructura considerándola que es natural y que es conveniente; y no necesariamente eso pasa porque se es reaccionario, sino porque se piensa de una manera determinada. Pero el conservadurismo no es ajeno al progreso de la gente. El conservadurismo, cuando hace política, piensa que se mantienen las mismas distancias y podemos progresar todos. Uno puede pensar como en un barco. En barco hay una primera, una segunda y una tercera. Si suba la marea sube todo el barco, pero se mantienen las distancias entre la tercera, la segunda y la primera. Si baja la marea, baja todo el barco y se mantienen las mismas distancias. Es decir, se mantienen posiciones que nos dicen cómo se preserva un tipo de sociedad. Hay estudios que han mostrado que cuando se hunden los barcos, los primeros que se mueren son los de la tercera, porque están abajo de la línea de flotación, y se salvan mejor los de la primera. En las sociedades pasa algo similar. Ser conservador, digo, no es algo que esté en contra del progreso de la gente tampoco. Porque en los países donde el conservadurismo ha gobernado han progresado todos, se puede llegar a mejorar la situación de los ricos, la situación de los medios, la situación de los más pobres. En aquellas sociedades donde hay un cierto crecimiento económico, es más fácil ser progresista. Disputar como se distribuye el ingreso, cómo se participa en cultura, cómo se participa en política. Siendo progresistas se trabaja para achicar las distancias sociales.

Digamos que entre los conservadores manteniendo un modelo de sociedad y un modelo de distancias, y ponerlo en cuestión: "...y por qué no lo alteramos?", "...es natural, es para siempre... ¿por qué no lo cambiamos?"; eso sería quizás una de las principales barreras para decir dónde hay un conservador y dónde hay un progresista. Querer cambiar o no esas matrices de la sociedad es importante para definir a unos y a otros. Así como hay un conservadurismo que puede pensarse que hace subir a todos junto con esta línea del barco y que todos pueden mantener sus distancias, pero todos pueden progresar, hay cierta forma de conservadurismo regresivo donde ya no solamente se trata de mantener las distancias, sino de además pronunciárselas. Los que están arriba más arriba, los que están abajo, más abajo, etc., etc. En general, se puede decir que las clases altas son conservadoras, y en general se puede decir que las clases bajas son más bien progresistas, porque tienen más posibilidades de pelear para tratar de mejorar sus posiciones. Obvio, las clases altas mantienen su posición y sus distancias. La ambigüedad está en las clases medias. Las clases bajas ¿dónde están? Y siempre, cuando uno piensa en partidos que tienen un apoyo fuerte en las clases medias, se suele decir: "...y bueno, están divididos en dos: hay unos que se identifican para arriba y otros que se identifican para abajo". Hay unos que creen que están más cerca de subir, y hay otros que más bien piensan que podrían hacer alianzas con los de abajo.

Siempre que se ha hablado de radicalismo se menciona un sector que mira "para arriba", y hay otros que les gustaría hacer la alianza "para abajo". Sin hacer una historia del radicalismo, uno sabe que hay dos nombres -Alvear y Yrigoyen- que están asociados, quizás no muy correctamente, a esta idea, es decir, unos que creyeron más en la alianza para arriba -Alvear-, y otros que creyeron más en la alianza para abajo -Yrigoyen-. Es complejo por qué, incluso, no es tan así. Alvear introdujo temores novedosos en la política Argentina, y los primeros programas introduciendo la justicia social. Es el programa de 1937, de las elecciones en las que iba Alvear como candidato.

Le da más racionalidad a la opción conservadora en los partidos de clase media. Es decir, no es cierto que solamente en las clases altas hay conservadurismo, sino que la Argentina parece permeada hoy por una cultura conservadora que ha penetrado todos los sectores sociales, incluida la clase media; y en la medida de ésto, no es tan fácil esta sumatoria de estas alianzas como yo las planteaba recién de manera formal. Digo que hoy un partido radical que quiera ser progresista tendría que competir con un nemenismo que tiene una alianza entre clases altas y clases populares, con una

estrategia conservadora. De allí que es un difícil dilema para un partido radical (o un partido que tiene lo principal de sus bases en las clases medias), encontrar hoy cómo hacer política progresista. ¿Por qué? Porque la economía, la cultura, además, esas clases medias también están embebidas, en parte con esa estrategia conservadora. Y, por otro lado, buenas partes de estas clases medias están golpeadas por una crisis, que resulta difícil representarlas. Quizás consiga hacerlo Río. Río tiene una estrategia para enfrentar sus apoyos electorales, basada en la nostalgia de una Argentina tal vez ya desaparecida. Y entonces un partido que encuentra buenas sociales en ese sector está, yo diría, en una de las situaciones más difíciles de un partido de clase media. Es decir, descubrir los otros lugares de la política. Salir de la trampa de si no hay otro modelo económico. Es un problema para los economistas y ellos deberán planear nuevos modelos de crecimiento económico para representarlos a política.

La política, en última instancia, es siempre un desafío, tratar de lograr lo posible buscando lo imposible. Es decir, la política es un desafío muy complejo, donde construir una fuerza popular de carácter progresista, con un partido político que no tiene todos sus sectores ubicados en esa perspectiva y hablarla a la sociedad desde esa perspectiva y en este momento tan difícil, puede explicar las razones del avance que en el radical, pueden tener los sectores más conservadores. Sectores conservadores que, como decía en un principio, están en la base, en la historia misma de este partido. Sectores como el alvearismo, después el unionismo, mostraron el lugar importante que podía conquistar el pensamiento conservador en el radicalismo. A ellos se opusieron primero los yrigoyenistas y luego la intransigencia que revelaban a su vez las potencialidades y prácticas populares no estaban fuera de sus filas aun en situaciones de hegemonía proconservadora.

Para que haya progresismo hace falta que aquellos que hacen política, no por que sean buenos ni por qué "quieran al pueblo", sino que es la forma en que quedan

colocados dentro de la política, encuentren sectores a representar y una perspectiva para distribuir mejor algo. En general uno no puede hacer política diciendo: "a mí me gusta el poder". Esto es duro. Es decir, a los pioneros uno les pregunta: "¿por qué pintas?", "por amor al arte" contestan. Cuando uno le dice a un político "por qué hace política" contesta "por amor al pueblo". Allí hay algo que está fallando. En la relación esa hay algo que es extraño. Si uno acepta que uno hace política por lo que gusta comprender por alcanzar posiciones de poder, tiene que saber que es algo como una profesión, una manera de situarse en la cual tiene que hacer una oferta. Y para saber hacer una oferta frente a la sociedad tiene que saber que esa oferta tiene dos posibilidades: si en una coyuntura como la actual quiere actuar como "equilibrista" está condamnado a hacer un discurso conservador. Si quiere seguir una cierta ola conservadora que ha penetrado la sociedad Argentina, está condamnado a repetir algo que me parece que ya hay alguien que lo está diciendo mucho mejor, y entonces tampoco tendrá muchas posibilidades de ganar. Si lo que está aspirando es al poder, entonces deberá pensar si no hay que colocarse en otro lugar.

En general es fácil hacer política progresista en los países que crecen, por que entonces se discuten los frutos del progreso, se discute que punto tiene lo principal de sus bases en las clases medias), encontrar hoy cómo hacer política progresista. ¿Por qué? Porque la economía, la cultura, además, esas clases medias también están embebidas, en parte con esa estrategia conservadora. Y, por otro lado, buenas partes de estas clases medias están golpeadas por una crisis, que resulta difícil representarlas. Quizás consiga hacerlo Río. Río tiene una estrategia para enfrentar sus apoyos electorales, basada en la nostalgia de una Argentina tal vez ya desaparecida. Y entonces un partido que encuentra buenas sociales en ese sector está, yo diría, en una de las situaciones más difíciles de un partido de clase media. Es decir, descubrir los otros lugares de la política. Salir de la trampa de si no hay otro modelo económico. Es un problema para los economistas y ellos deberán planear nuevos modelos de crecimiento económico para representarlos a política.

Yo creo que hoy una gran posibilidad es que se forme un gran mercado; pero el radicalismo va a tener muchas competencias en los bordes, por todos los costados, para hacer política progresista. Pero el U.C.R. no podría, como lo hizo en otras épocas, ocupar su viejo lugar de alternativa al peronismo. Los radicales, en muchos momentos, vivieron de los miedos que daba el peronismo, por ejemplo. Hoy el peronismo ya no da más miedo. En el '91 tuvimos las primeras elecciones sin miedo... Y hoy nada más que un radicalismo que tenga un programa y que sea ofrecerlo a una sociedad desde una perspectiva de distribución de poder social, de distribución de acceso a la educación, de distribución a todo lo que se puede distribuir, así como la economía está estancada, y sin querer prendidos en el mito de que el estancamiento económico impide las formas sociales, sin aceptar la austeridad y decir: "nosotros habíamos hecho lo mismo, pero más profundo"; querer decir que si se sitúa la política en ese lugar hay una posibilidad para el progresismo en Argentina. Y en la posibilidad del progresismo en la Argentina, también hay una posibilidad para los radicales progresistas. Pero hay no una posibilidad para un monopolio del progresismo. Nadie podría llevar por si solo una propuesta que sea "destruir nuestro, o el o los", por que hoy el conservadurismo está asegurando el funcionamiento de la sociedad. Y, al mismo tiempo, por que cada vez más en nuestra sociedad va a haber gente que va a reaccionar frente a esta forma de conservadurismo excluyente que existe en nuestro país y que no necesariamente tenemos que crecer la economía.

Y qué otras cosas hay para distribuir hoy? Salido de la trampa de que la política tiene que mirar nada más que la economía, una orientación progresista en un partido como el radical, tendría que saber descubrir todos los espacios de injusticia social que existen, para saber distribuir. Es decir, descubrir los otros lugares de la política. Salir de la trampa de si no hay otro modelo económico. Es un problema para los economistas y ellos deberán planear nuevos modelos de crecimiento económico con más justicia social. El problema para el político tiene que ser cuántas otras (formas) de justicia se pueden introducir en una sociedad para achicar las distancias sociales, cómo se puede hacer para que en un momento de penuria económica se pueda hacer política progresista; y no decir "no se puede por que la economía no lo permite". Es ese un discurso típico de conservador. Quiero decir: ¿Cómo se hace para encontrar más igualdad social en la educación, mejores formas de relacionar la sociedad con las instituciones culturales, plantear de nuevos modos la gestión de la salud, los problemas de la ciudad?

Lo que hay para distribuir es el poder social que está en muchos otros lugares. Lo que hay para distribuir es la forma de colonizarse frente a la sociedad y frente a la política. Quien lo haga quizás no gane elecciones, pero querer lo que lo haga va a poder hacer una acumulación de fuerzas que le permitirá, en un momento determinado, formular las mejores alianzas, llegar a mayorías. Es decir, sacar la política de la economía, sacar del imaginario conservador o de la visión inmediata conservadora, y colocarla en el proyecto de lo que como político progresista uno define, que es transformar la sociedad.

En el '82 las clases dominantes argentinas perdieron confianza en los militares que los ingresaron a la guerra de Malvinas, los llevaron hacia una situación insostenible. ¿Qué descubrieron los sectores económico-culturalmente dominantes de la Argentina? Que hay que hacer ideología, que hay que trabajar dentro de la sociedad. "Desde ahora en más vamos a trabajar en la sociedad, como buenos demócratas", "Vamos a ganar consenso dentro de la sociedad". Para ganar consenso dentro de la sociedad en el '83 buena parte de ellos dijeron: "vamos a votar por el mal menor"; el mal menor parecía ellos Alfonsín. Cuando uno mira cómo se distinguieron los votos el mal menor resultaba Alfonsín por el miedo al peronismo. Y esto llevó a pensar que podrían ir y dretar y presionar sobre el gobierno radical. El gobierno radical mostró que era presionable, "ma non troppo", y eso fue lo que terminó siendo el gran problema. Es decir, el mal menor se les convirtió en el problema. Se habían equivocado. Y empezaron a mirar hacia lo que había sido el "mal mayor", digamos. Y empezaron las adhesiones, las cuotas. Trabajar con el mal mayor, y se fue cambiando transformando todo el sistema político argentino. Hoy el partido militar ha quedado fuera de la política, y Río es el intento de reconstruir eso desde el llano, pero de una forma distinta.

El peronismo, como tal, ha desaparecido de la política Argentina. El peronismo era otra cosa, no era esto que hay actualmente. Cuando hay un sistema y cambian dos elementos, el tercero cambia. Cuando hay un sistema, y el sistema es: Radicales, militares y peronistas, aquellos que estuvieron de acuerdo conmigo mientras yo pensé que los militares cambiaron y que los peronistas cambiaron, pienso que los radicales van a tener que cambiar. Porque uno se corresponde con los otros.

Entonces, en este juego, hay un cambio fundamental. En el cambio fundamental, incluso, se está manifestando ya, actualmente. ¿De qué vivieron buena parte de los peronistas? Los peronistas vivieron electoralmente en su mayoría en un salóncito, ¿es? eso no importa. Yo digo, la politiquería de mucha gente, que hoy rechaza los partidos, pero que les interesa la política, creo que es esa politiquería la que hay que reconquistar. Es ahí donde se encuentra lo fundamental si se quiere defender la democracia, es decir, frente a esta apatía frente a lo público, volver a despertar el interés por lo público, y saber que en la política es tanto o más importante esa situación de mejoría y estancamiento, porque es ahí donde hace falta volver a discutir el mejor uso de todo... Yo intento a separar esas temáticas porque hay una forma casi obsesiva de reducir a lo económico, y de que vivieron los radicales en nuestro país y que no necesariamente tenían sensibilidad social. ¿Y de qué vivieron los radicales? De convencer a los electores de que los peronistas no tenían sensibilidad democrática. Los peronistas ya están gobernando, ya hicieron la alternancia, ya hay mucha gente que está convencida que pueden gobernar más o menos democráticamente, pero sin sensibilidad social. Esto cambia las reglas de juego.

Una coalición conservadora-liberal en el gobierno, ¿Qué hay afuera? Una amplia sociedad que está colonizada con demandas que no se las expresa nadie. ¿El partido radical, con sus líneas contradictorias puede expresar esas demandas? Si yo tuviese mucho tiempo de inversión política puestas en el partido radical que diría: si. Pero como yo tengo una extensión que me permite mirar esto con una objetividad distinta, es: ¿Has traído punto que no estamos viviendo hoy en un momento de transformación total de toda la política? La política Argentina se basó, yo diría, sobre varios patrones fundamentales. Estaban los militares, que eran el partido de recambio, y estaban los peronistas y las radicales. Había tres partidos: militares, peronistas y radicales se fueron turnando en el gobierno. Los militares llegaban con coartadas diversas, pero más o menos se fueron turnando permanentemente.

Entonces, la única forma que esto estone pase es si se consigue constituir un amplio movimiento social que exprese al progresismo, no monopolizado por ningún partido, y encima, menos todavía, monopolizado por un partido que podría tener una franja que en realidad se parece más al conservadurismo liberal que al mundo progresista.

Entonces... Si un solo partido no podría

Adolfo Stubrin

"La seriedad, la conducta, la perseverancia con que hagamos las cosas van a permitir que el radicalismo sea nuevamente un vehículo para el progresismo"

La primera pregunta que me hago, es la primera cuestión que comienza a partir de las elecciones del 8 de septiembre, es cómo va a quedar configurado el panorama político en los próximos años en el país. Las elecciones traen una inquietud. Y es que el peronismo consiga una posición dominante, una posición hegémónica en el panorama de las fuerzas políticas de la Argentina. Lo que hace que sea para nosotros, o para cualquier partido, muy difícil de sacarlo del gobierno en los próximos años, o por un período bastante largo de tiempo. ¿Por qué digo esto? Porque evidentemente si hace treinta días nosotros podríamos creer y decir que íbamos a ganar en estas elecciones del 8 de septiembre una docena de provincias, y luego comprobamos que pudimos ganar apenas las dos provincias que tenemos, más el distrito federal, y no avanzamos un solo casillero en el tablero, esto significa que hay una tendencia hacia la consolidación del poder político del peronismo.

No voy a desconocer que hay ciertas capacidades, cierta eficacia, en el peronismo, que evidentemente le acreditan este mérito o esa ubicación en el centro del tablero. Pero si voy a señalar que hay ciertos defectos tradicionales del peronismo que ellos han sabido convertir en virtudes. Uno de estos defectos es su inconsistencia doctrinaria, su costumbre de representar simultáneamente intereses contradictorios y de asumir simultáneamente discursos contrarios o de hacerlo y de modos sucesivos, pero a una velocidad vertiginosa y sin compromiso ninguno con la propia identidad.

Esta viscosidad del peronismo como fuerza política y la posibilidad de que este ejercicio del gobierno lo haga empalmar con un período de un cierto, relativo, crecimiento económico en la Argentina, con chances para distribuir, me hace pensar por un adecuado funcionamiento del sistema democrático en nuestro país; ya que es evidente que un funcionamiento adecuado del sistema democrático requiere que haya alternancia entre diversos partidos en ejercicio del gobierno. Si un partido se convierte en ganador seguro de las elecciones a lo largo de muchas elecciones, durante un lapso considerable, la democracia subsiste como un procedimiento, como mecanismo formal, pero no es ejercida efectivamente en toda su capacidad.

Si este miedo es fundado, es que estamos frente a una fisionomía de un sistema político en el que al radicalismo y al resto de los partidos les pude quedar un papel simplemente complementario o de pertenencia, es decir, de fiscalizador o de colaborador o crítico; pero no un papel protagónico y en consecuencia, no en la determinación de a

lagonia natural, pero necesario, de este tramo que la Argentina esta viviendo. Y en ese sentido el radicalismo, requiere de nosotros una reflexión, incluso una especie de pensar o de meditar sobre la propia actividad que nosotros como radicales, como militantes, realizamos; y cuáles son los vínculos que nos unen con el partido al que pertenecemos. El radicalismo es fundamentalmente un partido histórico, es una entidad que, de algún modo, heredamos. Ninguno de nosotros lo inventó. Y en esa condición histórica hay rasgos fisionómicos muy definidos, tales que, quien nos mira de afuera nos reconoce; y al mismo tiempo tales, que nos resulta difícil a nosotros definirnos como radicales por medio de palabras. Pero además de una herencia histórica estancada, dogmática e meramente tradicional, de seguir la costumbre, el radicalismo demuestra a través de su longevidad y de su vigencia, sorprendente aun en estas propias elecciones del 8 de setiembre, que es un partido importantísimo, numerosísimo de gran vitalidad y de gran flexibilidad en las respuestas a los diferentes desafíos que va planteando la realidad. El radicalismo también demuestra que se reconstruye en forma permanente. No es una tradición o una herencia estanca, sino que es una tarea de todos los días, que puede redefinirse sin desnaturizarse; que debe incluirlo en formular nuevas respuestas a los nuevos problemas, para ser consecuentes con la única tradición que yo podría decir apropiamente tal de los radicales, que es rendir un servicio de manera continuada, durante un siglo, a un país con una adhesión casi religiosa al ideario democrático y al idealismo liberal—desde el punto de vista político—, a la fidelidad a los intereses populares, podríamos agregar. Pero fuera de esta definición, lo único persistente haber adaptado, sin perder principios doctrinarios, distintas propuestas y discursos ideológicos a las distintas épocas de la vida del país. Y en ese sentido es una institución básica de la Argentina. Acá se dijo bien: "los partidos son instituciones básicas e imprescindibles de la democracia". Yo aterrizo esa frase general y digo: el radicalismo lo es. Entonces, ahora sí, trato de responder a la pregunta. La pregunta de la charla es: "¿hay espacio para un radicalismo progresista?"

Y desde luego, antes de responder a toda la pregunta, hay que responder a la primera parte: ¿hay espacio para un radicalismo? Creo que sí, que hay espacio para un radicalismo. Y creo, fervientemente, que si el radicalismo es progresista, más espacio va a tener el partido. ¿Por qué hay espacio para un radicalismo? Porque al haber democracia, desde luego, es necesario que funcione la comparación entre quien gobernó y quien está en la oposición. Y quien critica y propone alternativas, está en condiciones de capitalizarlo con la elección ciudadana para llegar al gobierno. Y Además porque, si bien se hizo aquí una definición de progreso muy atendible, relacionada con los problemas de las diferencias sociales -el grado de distancia que separa a los pobres de los ricos-, podríamos encontrar otra definición de progreso que sería la de la dinámica social, la

modo que si mi percepción es clara, la gente del común de la Argentina,

que consiente el actual modelo económico, aspira a que le dé el primer envío de progreso económico, para, a partir de ahí poder recibir una capacidad crítica, un juicio propio acerca de múltiples otros aspectos de la vida social en los que estoy seguro, no comparten ni el discurso, ni las posiciones, ni el modelo, ni la alianza social que está por detrás de este intento memrista. De modo que me parecen que las posibilidades del radicalismo para captar representación popular muy nutritiva, muy masiva, en poco tiempo, sobre la base de claudicar ideológico-políticamente ante ciertos aspectos antisociales y, si se quiere, antinacionales, del modelo mene-

redunde en beneficio de un fortalecimiento institucional. Si los partidos son las instituciones básicas de la democracia, si el radicalismo es uno de los partidos típicos del sistema de partidos de la Argentina, el fortalecimiento institucional nuestro va a redundar en un beneficio directo al sistema democrático. Y la posibilidad de que el progresismo, como con Yrigoyen, como con Alfonso, ocupe un lugar protagónico en la conducción del estado, y los sectores más populares lo hagan de su mano, depende de las estrategias que nos demos en el interior del radicalismo, y sobre la base de la evolución de su organicidad, quienes nos formulamos esta pregunta sobre el futuro de un radicalismo progresista. En rigor la seriedad, la conducta, la perseverancia con que cada uno de nosotros pertenezca gobernando al conjunto de los radicales, sino como un partido que está conformado en forma simultánea por más de un grupo, básicamente por estas dos tendencias o corrientes históricas que aquí se señalaron y que quedan patentizadas en las figuras más tradicionales de Yrigoyen y de Alvear. Si siempre hubo un Yrigoyen y un Alvear, es muy probable que siempre lo haya. Lo interesante es que de esta dicotomía nunca hubo en el radicalismo una ruptura, y la hubo todavía la lamentamos y la consideramos un sentido histórico. Y si hubo una ruptura histórica legitimada y válida, quien dice que la articulación dentro del radicalismo de estas dos alas, de estas dos tendencias, de estas dos inclinaciones, ha sido históricamente posible. Y más que posible, yo sostengo que ha sido necesaria para que el radicalismo exista como tal. La condición de un funcionamiento adecuado de estas dos alas, desde luego, la pertenencia común a una institución que no es de ninguna de las dos, en exclusividad, sino que pertenece en común a ambas y que ocasionalmente tiene el sesgo de una de esas corrientes o de la otra, pero siempre está compuesta por ambas.

Me preguntan si es posible un radicalismo progresista. Si estamos todavía bajo el influjo de lo que diera en llamarle al alfonsinismo, es decir, una versión del radicalismo que llevó a la presidencia de la nación el Dr. Alfonsín, y si inequívocamente el alfonsinismo es un ala progresista dentro del radicalismo, estando tan frescos estos acontecimientos, podemos describir de la posibilidad de recrear una instancia progresista del radicalismo. Yo estoy absolutamente convencido de que eso es posible, en la medida en que se acerque, se entienda y se apruebe la mecánica del radicalismo como tal, que es, vuelvo a reiterar, compleja, compuesta y tal, que nunca los progresistas estamos solos en el partido, como los que podríamos denominar alvearistas tampoco están nunca solos en el partido. Cada uno tiene, dentro de esa tradición común, sus propios orgullos, y cada uno tiene la jactancia de decir que los mejores momentos en la vida del radicalismo se los ha dado cada uno.

Yo inscribo mi actuación en la tradición Irigoyenista, en la tradición intransigente, en la tradición alfonsinista. Y creo que lo mejor que el radicalismo ha tenido, los mejores periodos, los más fecundos, la mayor conjunción entre el radicalismo y la sociedad, han sido los de estos tipos de actitud del partido hacia el pueblo. Pero reconozco que otros correligionarios puedan tener otras experiencias, y me obligo a mí mismo a convivir con ellos y les propongo, una integración política, que tiene que tener lugar ante ciertos aspectos antisociales y, si se quiere, antinacionales, del modelo mene-

mediano plazo, que esta sea la gran prioridad. Pero yo creo que hoy, a fines del '91, lo que nosotros tenemos que definirle a la sociedad es una cosa más acutante, más actual, que es el problema de los dilemas entre el crecimiento económico, es decir, la ampliación de las oportunidades de progreso y las cuestiones de la justicia.

Hay da la impresión de que ser justo consume futuro. Consumir la posibilidad de crecimiento. Y en cambio que tener crecimiento, tener más futuro, tener más oportunidades requiere ser injusto. Y este es el gran dilema al que el radicalismo no ha respondido todavía. Hay políticos de nuestro partido que dicen... y bueno... seamos injustos con tal de crecer y poder dar respuestas más adelante. Y otros políticos de nuestro partido que han dicho "no debemos ser injustos en ninguna circunstancia y, aunque nos cueste crecimiento, seamos justos, atenos que nada".

Esta contradicción, esta dicotomía, ha provocado una cierta desfiguración del radicalismo, a los ojos de la ciudadanía, una cierta contradicción. Yo pienso que este es el gran problema que nosotros tenemos.

El tercer asunto es el que decía Tenti muy bien, Hay que encontrar el idioma con qué transmitir las cosas. Pero de nada vale que tengamos un idioma fanático, si no sabemos addirnos queremos conducir a la sociedad que sea adoptado. Y de nada vale que sepamos el camino y que manejemos el idioma si no tenemos la entidad, el instrumento, el actor social a partir del cual estaremos hablando a la sociedad. Y ese es el partido político. Por eso para mí la secuencia es: primero construir el radicalismo, y contribuir así al perfeccionamiento del sistema de partidos, de un conjunto de actores que van a actuar esta escena... Segundo, proponer objetivos o proyectos más o menos inmediatos a la sociedad conforme las proprias prioridades que la vida social nos va pautando, y conforme hipótesis que nosotros creamos que a tener lugar, y yo también creo que va a tener lugar, una gran demanda de progresismo social en Argentina, en el mediano plazo). Pero no es el tema de la temática acuñante de la inmensa mayoría de la gente.

Hay no solamente un problema de lenguaje para los políticos. Hay un problema de objetivos, también. No hay solamente un problema técnico, en que nos convirtamos en grandes especialistas de distintas materias. Sino que hay, también, que preguntarse desde dónde elegimos intelectual. Por mi preocupación no es mejorar a un político considerado aisladamente, a un oficinante de la política equis. Quiero que haya esa sistematicidad de construir o de reconstruir al partido mismo que es la gran unidad de consideración que el pueblo tiene para los militantes.

Nosotros podríamos ser políticos en un sentido "marquista", es decir, navegantes solitarios que ocasionalmente subimos a un barco, después a otro y así sucesivamente. Resolvímos ser, por lo menos los que estamos acá, que lo que se llama hombre de partido. Y llamare hombre de partido no significa simplemente ser "un perro fiel". Significa tener "conciencia de colectividad". Es decir formar parte de una subjetividad que lo excede a uno, y encarar colectiva, colectiva, Federativamente, la visión de las cosas. Esto es lo que nos falta como condición primera. Como condición segunda creo que nos falta definirnos con objetivos claros. Estos que nosotros somos, los miembros del partido radical, tenemos que definirlos frente a ciertos requerimientos que el pueblo quiere de nosotros hoy.

¿Estos requerimientos son de que "vayan a crear el polo progresista de la sociedad"?... Puede ser, dentro de algún tiempo, en un

dirigentes traen al seno del partido, que un grupo institucional con capacidad de opinar con cierta autonomía con respecto a la realidad, y llevar esa opinión a la consideración del pueblo. Entonces estamos más hechos nosotros por la realidad que lo que nosotros estamos en condiciones de modelar la realidad. Y este pequeño drama es un gran desafío práctico y político, que consiste en que en el interior del partido, y necesariamente en un lugar visible y accesible a todos los protagonistas de la vida paridaria, tenga lugar el debate y el procesamiento de las diferencias, de las contradicciones, de las interpretaciones divergentes que los dirigentes hoy tienen y que pasen por la vida política sin prácticamente ningún control partidario. ¿Cuáles son los modos a través de los cuales el radicalismo sobrevive a estas contradicciones de sus dirigentes? A veces el liderazgo, que hemos usado muchas veces, que resume en la personalidad de un gran dirigente estas diferencias. En otras oportunidades el mecanismo del común denominador, es decir, estamos en desacuerdo en un montón de cosas de las que no hablamos y hablamos sólo de la pequeña cantidad de cosas en las que sí estamos de acuerdo, específicamente la declaración de comité de "viva la libertad y la justicia", pero no decir nada de lo que realmente pasa. Y una tercera variante que es, tal vez, propone en el grupo el programa completo que una crez que corresponde al radicalismo, y salir a decapitar a los demás grupos para imponer el programa a través de una suerte de "toma del partido". Esta situación si quiere es un tanto Jacobina o tremenda, que existe también en nuestra cultura política y que supone que un grupo debe virtualmente "arrasar" al otro, aniquilar, para poder adelantar con sus ideas en el seno del partido. Pienso que en las actuales circunstancias ninguno de esos sistemas nos va a llenar a "coco" que sentimos de posiciones coherentes del radicalismo. Y tengo una tesis que es que si el radicalismo consigue un mecanismo de ventilación de las diferentes posiciones, interpretaciones de la realidad y perspectivas ideológicas que se dan en su seno, por lo menos de las principales culturas, puede llegar a elaborar un programa de acción para la sociedad, lo suficiente coherente como para ser atractivo y, además, ser compatible con si se quiere, con el arco progresista y los intereses más populares de la sociedad. Tengo esa hipótesis, creo que puede ser así, en la medida en que nosotros articulamos sectores, como dije antes, interesados muy especialmente en el progreso económico, en el desarrollo de un capitalismo nacional, que está atrofiado en la Argentina desde las últimas décadas, y también representamos a sectores que sufren los abusos o los excesos de un eventual desarrollo de un capitalismo privado en la Argentina. Y podríamos llegar a sincretizar estas dos posiciones en un programa coherente que contempla la participación del estado en la representación del conjunto social, en la corrección de los desequilibrios, en la fijación de una estrategia global para el país, en su inserción internacional, etc.

Y creo en esto tanto, que pienso que el sistema político argentino, o el sistema de partidos de la Argentina, va a seguir como lo conocemos. Cuando aquí se dice "el peronismo ya no es el peronismo", se tiene razón desde un punto de vista de los contenidos, de los discursos, de los significados sociales que conocíamos, etc. Pero en otro plano el peronismo sigue siendo el peronismo. Y el maravilloso no es que haya dejado de ser el peronismo conocido, sino que habiendo dejado de ser el peronismo conocido siguiendo el peronismo, puede llamarse tal, y puede recoger todo el componente histórico tradicional potenciándolo y poniéndolo en una nueva función. Esto es lo fantástico y, al mismo tiempo, lo peligroso del peronismo: su extraordinaria plasicidad y su carencia de significados. Pero esto habla desde el peronismo, de algo comparable en lo que nosotros podemos hablar desde el radicalismo: una gran flexibilidad de las configuraciones políticas tradicionales de la Argentina en diferentes situaciones históricas. Es como el caso norteamericano. El partido demócrata y republicano, estando desde los tiempos de la independencia y pasan los siglos y son los mismos partidos. Y hay desde luego izquierdas en los EEUU, y hay derechas, y hay intereses sociales, y hay intereses de la alta burguesía, y hay tendencias a la igualdad, y hay tendencias a la diferenciación, y hay tendencias a la opresión, y hay tendencias a la libertad... y los dos partidos son siempre los mismos. De modo que la persistencia de los partidos políticos depende, en ciertos sistemas, de los alineamientos con las ideas o con las ideologías. Y en otros sistemas depende de la flexibilidad de esos organismos, para adaptarse a las nuevas circunstancias. Yo no estoy en condiciones de afirmar categoríicamente que el sistema de partidos en la Argentina es igual al norteamericano. Pero me atrevería a refutar la afirmación de que el sistema de partidos de la Argentina es igual al francés, o va a ser igual al francés. Tengo que decir que, si el radicalismo ha vivido ciertos años, y el peronismo llega a cincuenta, y además el peronismo tiene estas transformaciones tan extraordinarias, y si nosotros hemos podido realizar una serie de adaptaciones, lo más probable es que el sistema de partidos va a tener una "coco" que sentimos de posiciones coherentes del radicalismo. Y tengo una tesis que es que si el radicalismo consigue un mecanismo de ventilación de las diferentes posiciones, interpretaciones de la realidad y perspectivas ideológicas que se dan en su seno, por lo menos de las principales culturas, puede llegar a elaborar un programa de acción para la sociedad, lo suficiente coherente como para ser atractivo y, además, ser compatible con si se quiere, con el arco progresista y los intereses más populares de la sociedad. Tengo esa hipótesis, creo que puede ser así, en la medida en que nosotros articulamos sectores, como dije antes, interesados muy especialmente en el progreso económico, en el desarrollo de un capitalismo nacional, que está atrofiado en la Argentina desde las últimas décadas, y también representamos a sectores que sufren los abusos o los excesos de un eventual desarrollo de un capitalismo privado en la Argentina. En este momento creo que no. Pero evidentemente subraya una discusión larvada que pocas veces se pone sobre la mesa que indica que, mientras algunos estamos firmemente convencidos de la resistencia de la configuración actual del sistema de partidos para adaptarse a nuevas circunstancias y requerimientos sociales, otros son totalmente descriptos en esta elasticidad o en su capacidad de resistir y adaptarse.

Otro esquema posible, que yo no estoy

en condiciones de negar, por que puede ocurrir, es que los distintos componentes de los partidos que hoy están alineados bajo la forma tradicional de radicalismo -peronismo, etc., se liberen de sus compromisos partidarios y se reagrupen o se alineen en partidos o partidos, ya sea ideológicos, etc., etc.

Es posible. Yo lo no lo propongo en este momento. Creo que no es lo más conveniente o lo más directo para un genuino sistema de representación popular, y para una correcta forma de administración del estado en la Argentina. En este momento creo que no. Pero evidentemente subraya una discusión larvada que pocas veces se pone sobre la mesa que indica que, mientras algunos estamos firmemente convencidos de la resistencia de la configuración actual del sistema de partidos para adaptarse a nuevas circunstancias y requerimientos sociales, otros son totalmente descriptos en esta elasticidad o en su capacidad de resistir y adaptarse.

Y mientras algunos juegan a la adaptación, otros especializan con la no adaptación.

Y creo que esto es malo en sí mismo porque hay que conversar, hay que ponerlo sobre la mesa y decir "apuntamos a un regroupamiento, a un realineamiento político en la Argentina en el que los progresistas del radicalismo, de la izquierda, del peronismo, o la gente de izquierda de las distintas filosofías políticas se ponga junta, y los con-

vadores de las distintas filiaciones se ponían juntos, y cambiábamos el arco. Yo entonces creo que estas ingenierías no funcionan, no creo en ellas, no estoy en disposición de ánimo hoy de alejarnos, bueno... para algo soy radical, y creo, tengo confianza y fe de que el partido (sí, también fe, en el sentido de la parte de creencia que puede haber en



Jesús Rodríguez

"En definitiva se trata de la búsqueda del nuevo paradigma de los sectores que nos suponemos populares, transformadores, modernos y progresistas"

Hay un tema que me parece central, que es la crisis por la cual están pasando todos los movimientos progresistas o transformadores en América Latina. Crisis que vale para el radicalismo, crisis que vale para los ARESCO en Venezuela, crisis que vale para el APRA en Perú, crisis que vale para el PMDB en Brasil, que ha desaparecido, crisis que vale incluso para el Partido Colorado uruguayo, que hizo una gestión económica razonable, y el propio candidato oficialista perdió el interna del Partido Colorado. Entonces aún cuando esté pasado de moda teóricamente, mi visión es que nosotros hoy, nosotros los radicales, estamos con la vieja pregunta de "¿qué hacer?", sobre la base de tener, me parece, algún dato de la realidad que no puede ser omitido.

Entre mayo del '89 y septiembre del '91, muchos de nosotros creímos que la base social que le dio el triunfo a Menem en aquel mayo del '90, tenía una cuota de frustración o desesperanza o decepción sobre la base del argumento de la traición que Menem había exteriorizado con su gestión de gobierno distinto con su propuesta política. El argumento en sí del "Grupo de los 8" era ese, la traición de Menem. Traición que se ejemplificaba con la "salario" ausente y la "revolución productiva" inexistente.

Uno de los datos políticos centrales que no puede ignorarse es ese argumento que ha desaparecido de la escena política Argentina. Hoy hay un voto mayoritario, 42 % de los votos del día 8 de setiembre, que han dicho, no que votan las desprolijidades de Menem o que votan el indulto o que votan cualquiera de las barbaridades que se anuncian; pero en todo caso, si quiere decir que tienen un peso relativo menor, todos los componentes extráeconómicos que para nosotros tienen una cuota importante en la escala de valores que nosotros estábamos dispuestos a aceptar, o a la que a nosotros nos gustaría que efectivamente estuviera en la valoración social.

Creo que muchos de nosotros también pensamos antes de la elección, que la cercanía, la vecindad o la proximidad de la Ucde a Menem iba a terminar contribuyendo a la dilución en la experiencia o la expresión política "Partido Justicialista", que la iba a contaminar. Pero terminó siendo al revés. La cercanía y la vecindad de la Ucde con el Justicialismo, lo que hizo fue terminar de diluir la expresión política Ucde en la Argentina.

Otro dato de la elección, que me parece que no puede ser ignorado, es que todos los pronósticos "Fujimoristas" del año '90 terminaron logrando su fracaso. El paradigma

del Fujimori argentino, el Sr. de Estrada, tan alentado por algunos medios de comunicación social, en la provincia de Buenos Aires, ni existió. Ubaldini, que pretendía expresar ese voto contestatario de protesta al modelo, y en representación de la trai- ción, terminó lejos de quien finalmente lo expresó en alguna medida, que fue (Aldo) Rico.

Entonces, me parece, que es cierto, co- mo cada uno de nosotros presume o intuye, que estamos frente a un proceso político en el cual se da la paradoja de que las víctimas votan a los victimarios, donde terminamos conformando una coalición social donde se juntan y reñen la base social del Justicialismo tradicional, pero a la cual se le agrega la ideología de los grupos dominantes; y que estamos frente a un proyecto que tiene rasgos distintivos muy notorios, muy claros, muy decisivos en cada una de las facetas, con una, sin duda, ampliación de la brecha social, para decirlo en los términos del último documento de la Iglesia, o desindustrializa- dor de esa sociedad, etc....

Entonces estamos frente a un proyecto que, no sé si les cabe la categoría de liberal- conservador, o de étnico de modelos pereci- dos a los de Thatcher o de Pinochet, pero lo cierto es que éste es un proyecto político, económico y social que está destinado a cambiar lo que conocemos de la Argentina, estamos hablando de otra Argentina. De otra Argentina que no se cuantos rasgos distintivos va a tener, pero que estoy seguro de que va a tener uno, que es del crecimiento de la exclusión, la marginación y el desplazamiento social en este país. Creo que no nos equivocamos, si pensamos que estamos frente a una sociedad en la que habrá desarollo, modernización y una vida parecida al siglo XXI, pero para muy poca gente.

De lo que se trata, creo yo, y en buena medida es lo que estamos haciendo hoy, es tratar de registrar cada uno de estos cambios, que no creo que pueda ignorarse, además, que implican una suerte de retroceso cultural. A mí gusta poner como ejemplo lo siguiente: Finales del año '83 el Congreso de la Nación votó, casi por unanimidad, equiparar la pena del torturador a la del homicida —yo no soy abogado, pero sé que en ningun parte del mundo existe una igualación de pena para estos tipos de delito— y nosotros estuvimos discutiendo estos últimos meses, cómo era posible ser aceptado en Argentina un poquito de tortura, "un poco sí, pero mucho no", y el paradigma de Patti, en todo caso, reflejó esto. Pero creó que una reunión como esta

es muy buena para nosotros. Creo que son el tipo de cosas que tenemos que hacer, estos, se consigue ocupación, cómo hay mejores servicios, etc., etc.. Me parece que estas son, tratando de responder a la pregunta del "qué hacer", y teniendo de antemano la idea de que esta crisis del pensamiento político progresista no es patrimonio de la Ucr, ni de los sectores progresistas de Argentina, ni de la Argentina, sino de todos los partidos populares, de América Latina al menos, que no pasa, y acá coincido plenamente con Adolfo, con esta idea de: "juntemos o reuniamos a todos los progresistas". ¿Por qué? Porque ese razonamiento de que juntemos o reuniamos a los progresistas, se aplica a las fuerzas de izquierda. Uno de los resultados de la elección, me parece, es que la fragmentación de la izquierda terminó por dividir y evitar que tuviera una representación mucho más amplia de la que efectivamente tuvo. Pero tengo la sensación de que eso no se resuelve con el encuentro de "Unione e Benेऔ", donde se reunieron desde trotskistas junto a stalinistas hasta algunos socialdemócratas juntos con socialcristianos... ¿Qué punto de coincidencia puede haber ahí? Ninguno. Entonces este mito de sistema de racionalizaciones de los valores de la izquierda, sin contenido y sin para qué, es una respuesta espasmódica ante una situación que no se compadece con los requerimientos de estos tiempos. Me parece que si nosotros decimos: "bueno, reuniamos a todos los progresistas del radicalismo, del peronismo, de otros partidos, etc., etc.", podría llegar a pasarnos lo mismo. Para terminar, en todo caso a mí me gustaría decir que cosas como estas que estamos haciendo aquí esta noche, son las cosas que necesitamos hacer. Reuniones de este tipo, donde coexisten y convivimos votantes del radicalismo y no votantes, militantes del radicalismo y no afiliados, son las cosas que se espera que nosotros hagamos y son las cosas que nosotros debemos hacer.

Aquí digo: lo del lenguaje es cierto. Pero cuidado, en términos de qué es lo que se está reclamando, porque lo que se está reclamando es que uno diga sí, y no importa cómo, haciendo casi como una verificación del título "reforma del estado, inserción internacional, mejora del aparato productivo, modernización etc., etc.", cuando el contenido o el índice de estos temas no es necesariamente compartido por todos.

La intervención de Suárez me pareció que apuntaba a decir: "hablemos de todo lo demás, menos de la economía; hablemos de cómo hacemos para democratizar esta sociedad, y hagamos caso omiso del fenómeno de lo que estamos viviendo". Creo que sería una posición muy cómoda para nosotros, para el socialismo, radicalismo, sobre todo, porque tenemos ahí nuestro mayor talón de Aquiles. Pero creó que ahí reformaríamos la "ajedrezada" o la distancia entre la propuesta, la preocupación de un partido político, y la gente. Creo que si nosotros recorreríamos ese camino, estaríamos profundizando el asentamiento que en alguna medida existe entre los partidos políticos y la sociedad.

sus actitudes históricas) está en condiciones de interpretar modernamente, actualizadamente, a la sociedad, sin necesidad de dividirse, sin necesidad de perder un ala entera (se puede perder alguna gente, eso es inevitable) y sin perder su compromiso histórico con su tradición progresista dentro de todo su conjunto de tradiciones democráticas.

DEFINICIONES

Las siete ideas-fuerza de la izquierda, hoy

Michel Rocard

E sta es una entrevista al dirigente socialista francés realizada por Fernando Adornato y Gabriele Invernizzi para la publicación *Dissent*, número de invierno de 1991.

¿Qué significa la palabra "izquierda" para el siglo veinte? ¿Destrucción o creación?

Creación. Siempre. Por definición la palabra "izquierda" evoca dos concepciones al mismo tiempo: por un lado, aspiraciones, puntos de referencia, valores éticos y, por el otro, un sistema de racionalizaciones, basado sobre dichos valores, esto es, un conjunto de prescripciones sociales acerca de cómo llevar a cabo la acción pública. En un momento en que algunas racionalizaciones, aquellas que se han vuelto perversas, están cambiando profundamente, si no colapsando, es necesario recordar que desde un punto de vista ético nada ha cambiado. Todavía quien habla de "izquierda" se está refiriendo a "una voluntad de cambio, a más justicia, más igualdad, más democracia, más pluralismo".

De manera que en cuanto a los supuestos básicos su opinión es positiva.

Antes de pensar en los supuestos básicos es necesario examinar el segundo significado de la palabra "izquierda", lo que llamo el sistema de racionalizaciones de los valores de la izquierda. Por debajo de ese sistema estuvo siempre la implícita y bastante estúpida hipótesis de que a fin de liberar al hombre (que es básicamente bueno) de los males del capitalismo, de la propiedad privada, de la ganancia, de la competencia, todo lo que era necesario era contar con un poder político que no estuviera atado o asociado a esas cosas. En rigor, lo opuesto se ha probado verdadero. Hoy, el fin de ese sistema de racionalizaciones perversas ha dejado a la mayoría de la izquierda en el mundo sin identidad, en realidad, sin esa identidad que estuvo basada más sobre las racionalizaciones que sobre los valores éticos. De modo que en la actualidad necesitamos de un formidable esfuerzo de creación intelectual para reinventar un sistema de racionalización que sea fiel a todas las esperanzas de la izquierda, pero también que acepte el hecho de que el hombre no es necesariamente bueno, aunque puede llegar a serlo, así como puede ser también malo; que una economía función sólo si admite la competencia y que habremos de tener más justicia a condición de establecer mejores reglas para regular el mercado.

Perón, con la crisis histórica de los sistemas comunistas, ¿acaso no desaparece también la noción utópica de nuevas relaciones de igualdad y justicia entre los hombres? ¿O cree usted que la utopía puede ser elaborada?

Sólo puedo decir que los seres humanos no viven sin esperanzas y que, por lo tanto, hay una necesidad de utopía. Las horribles

Libertad, democracia, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y paz. Son estos los valores que Paul Rocard plantea como las claves que pueden servir de guía a la izquierda en la presente búsqueda de un nuevo poder público que asegure mayor igualdad y menor arbitrariedad, en una sociedad que no niegue la competencia. Una proposición que arranca de la reivindicación de la izquierda como un concepto que evoca la noción de cambio y de más justicia, de igualdad, democracia y pluralismo.

experiencias de este siglo nos deben volver más lúcidos acerca de los seres humanos y sus ambivalencias. Yo, por ejemplo, no creo más —si alguna vez lo hice— en los ideales comunistas. Quizás pueden encontrarse nuevas ideas-fuerza colectivas —y pienso que estamos muy cerca de ellas—, pero a condición de que se adapten bien a las circunstancias de los hombres tal como éstos son.

El término "sociedad socialista" ¿tiene algún significado para usted?

Desde un punto de vista institucional, no. Entre las 160 naciones que en 1990 se sentaban en las Naciones Unidas, cerca de 80 se proclamaron socialistas, y ellas iban desde Albania a Suecia, China, Unión Soviética, hasta la Francia de François Mitterrand. En el plano ideológico, ya les dije que el socialismo de la ley también se aplica a la economía. Aquí me gustaría llamar la atención a un desilusión intelectual de nuestra época. Cuando se habla de libertades civiles a nadie se le ocurre que entre ellas se incluya la libertad de matar o robar; consecuentemente, aceptamos la idea de que no existe libertad sin leyes, sin un sistema de justicia y de policía. Sin embargo, cuando nos movemos al terreno de los intercambios económicos entre los hombres, la libertad es entendida como el derecho a hacer cualquier cosa, a estafar, a vender por debajo del precio, a crear concentraciones de poder económico... y toda ley, todo sistema de justicia o de policía que interviene para impedirlo —aun cuando se trate sólo de controlar la calidad de los productos que se intercambian— en seguida es considerada como un ejemplo de planificación estatalista, como un paso que lleva al gulag. Por cierto, sabemos que no hay libertad sin mercado: ¿qué hacer entonces? Es preciso inventar una ley internacional que sea aplicable también a la economía.

¿Cuál es la cuarta idea?

La cuarta es la autonomía, en el sentido del autogobierno y la descentralización. Autonomía significa que en la organización de los poderes públicos lo que se necesita es un sistema que permita que cada decisión estatal sea tomada de la manera más directa posible por todos aquellos que habrán de ser afectados por ella. Y también que el control de las decisiones sea hecho desde abajo y no sólo desde arriba.

En el nivel económico, si la libertad es una necesidad, la autonomía es una condición para alcanzarla. En el desarrollo, por parte de los trabajadores, de que el valor de un individuo no está exclusivamente determinado por su salario y por sus obligaciones sino por la conquista de un ámbito en el que pueda ejercer su responsabilidad personal. Por esta razón, la autonomía es ligada a la idea de autogobierno y descentralización.

¿Cuál es la quinta idea?

Voy a llamarla el control y dominio de las tecnologías. Hoy somos más víctimas que dueños del sistema tecnológico. Esto es verdad tanto en lo que se refiere al proceso de automatización del trabajo —el cual es llevado a cabo brutalmente sin tomar en cuenta al hombre— como en el campo de la experimentación científica. En las relaciones entre el hombre, la materia y la vida, los productos de la investigación científica han progresado mucho más rápido que lo que lo ha hecho la reflexión filosófica. Aquí también es preciso reafirmar que, como en el caso de la economía, la ciencia debe estar al servicio del hombre y no a la inversa.

Hemos llegado al quinto.

Solidaridad, esto es, la voluntad permanente de los poderes públicos de asegurar por sobre todo la no marginación de los discapacitados, sea por naturaleza, salud, desarrollo económico, y además, asegurar una redistribución del ingreso que tome en cuenta la jerarquía de los talentos, el carácter más o menos penoso y duro de los trabajos que se realizan. En la actualidad, lo que gana un jugador de fútbol o una estrella de televisión es escandaloso y termina haciendo fluir valores monetarios lo largo de la sociedad. Algun día vamos a tener que ocuparnos seriamente de esto. No creo que hoy nuestras sociedades occidentales, que siempre temieron al colectivismo y que sienten que se han salvado de la penuria y del gulag gracias a las fuerzas del mercado, estén prontas para reflexionar sobre esta cuestión. Estoy convencido, empero, de que si la moneda tiene el exclusivo punto de referencia terminará corrompiendo definitivamente a nuestras sociedades.

¿Y qué pondría en sexto lugar?

La supremacía de la ley. No existió civilización sin ley. Reafirmar la soberanía de la ley se ha vuelto absolutamente necesario porque la ausencia de ley internacional ha hecho que cada estado considere que tiene derecho a sacar a su propio pueblo. Piensen en Pol Pot en Camboya. El concepto de supremacía de la ley también se aplica a la economía. Aquí me gustaría llamar la atención a un desilusión intelectual de nuestra época. Cuando se habla de libertades civiles a nadie se le ocurre que entre ellas se incluya la libertad de matar o robar; consecuentemente, aceptamos la idea de que no existe libertad sin leyes, sin un sistema de justicia y de policía. Sin embargo, cuando nos movemos al terreno de los intercambios económicos entre los hombres, la libertad es entendida como el derecho a hacer cualquier cosa, a estafar, a vender por debajo del precio, a crear concentraciones de poder económico... y toda ley, todo sistema de justicia o de policía que interviene para impedirlo —aun cuando se trate sólo de controlar la calidad de los productos que se intercambian— en seguida es considerada como un ejemplo de planificación estatalista, como un paso que lleva al gulag. Por cierto, sabemos que no hay libertad sin mercado: ¿qué hacer entonces? Es preciso inventar una ley internacional que sea aplicable también a la economía.

Llegamos al séptimo, el último.

La paz. Esta idea debe inducirnos a buscar la solución de los conflictos a través de la negociación y de las confrontaciones. ¿Paramos aquí?

No. Quisiéramos agregar un punto que es muy importante para mí. Estos siete valores que he enumerado no son propiedad exclusiva de Occidente. Cuando los pensamos como ejes de la organización social, ellos constituyen los medios más efectivos para asegurar el desarrollo del Tercer Mundo. Ellos

UNIVERSIDAD

Encuesta II

La crisis del sistema universitario argentino

En el marco del debate sobre la crisis de la universidad, continuamos con la encuesta iniciada en el número anterior de *La Ciudad Futura*. En esta oportunidad han manifestado su opinión Guillermo Jaím Etcheverry, profesor titular del Departamento de Biología Celular y Histología y ex-Decano (1986-1990) de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y

Francisco Delich, Rector de la Universidad Nacional de Córdoba. El cuestionario es el siguiente: 1) ¿Cuáles considera que son los aspectos centrales de la crisis del sistema universitario argentino? 2) ¿Sobre qué bases debería reconstruirse? 3) ¿Sigue teniendo vigencia la Reforma Universitaria de 1918? 4) ¿Cómo debería ser -en definitiva- la relación ideal entre la universidad y el estado?

debate y primera plana; intentando plantear el tema en términos algo más globales: ¿sobre qué bases -en su opinión- debe reestructurarse el financiamiento de la educación en la Argentina? 3) ¿Sigue teniendo vigencia la Reforma Universitaria de 1918? 4) ¿Cómo debería ser -en definitiva- la relación ideal entre la universidad y el estado?

Guillermo Jaím Etcheverry

1 La universidad argentina -como toda nuestra educación- sufre una crisis de relevancia: nadie parece saber con certeza qué funciones debe cumplir, qué expectativas satisfacer. Cualquier intento por reconstruir el sistema universitario (sistema por otra parte inexistente como tal), debe partir del restablecimiento de esa relevancia perdida. No advierto entre nosotros ejemplos de universidades que merezcan llamarse tales: en el mejor de los casos tenemos escuelas profesionales desdentadas de lo que no sea campo de saber. Por eso, la modernización de una universidad como la nuestra exige enfrentar poderosos intereses de grupos con los que siempre parecerá ser más conveniente negociar. Los órganos centrales de gobierno universitario, al menos aquellos cuyo funcionamiento he conocido de cerca, son mesas en torno a las que esos sectores corporativos (de dentro y de fuera de la universidad) luchan por el reparto de magros recursos y de influencias sobre la sombra en que nos estamos convirtiendo. El "albergue Warms del conocimiento", según la feliz expresión de Lucrecia Teixido recogida en estas páginas.

Bases para la reconstrucción son la profesionalización de la tarea docente y la investigación, remplazando al actual sistema de la beneficencia, la planificación y la racionalización del uso de los recursos en base a criterios académicos; la constitución de un cuerpo de profesores de alto nivel (bien pagados) y de alumnos capaces de aprender (bien seleccionados); así como todos no pueden ser profesores, tampoco todos pueden ser alumnos. El estado agónico de nuestra universidad se refleja tanto en el hecho que se gradúe en nuestras universidades un 30 por ciento o menos de los alumnos que deberían graduarse por año, como en el exceso creciente de los docentes hacia otras actividades.

La universidad tiene una alta cuota de responsabilidad en decidir su futuro. En mi opinión, una parte esencial de esa responsabilidad es decir la verdad de lo que nos pasa. No se puede seguir afirmando que a pesar de nuestras dificultades, estamos entre los mejores del mundo. No comparo la idea de que superamos nuestras deficiencias de todo tipo con creatividad ni que en estas condiciones podíamos embarcarnos en epopeyas

alguna. Creo que ocultar la verdad tras ampollosas frases sólo acelera nuestra carrera al precipicio. Ni hay quién teme: nunca caeremos en este precipicio mientras sigamos sosteniendo públicamente que hacemos los que todos sabemos que desde hace tiempo ya no hacemos.

2 El debate sobre arancelamiento sólo sirve para escamotear de la discusión el verdadero problema, que es la prioridad social en la asignación del gasto público. Cuando se pregunta si los alumnos que cuentan con los medios para contribuir al sostenimiento de la universidad deberían hacerlo, es posible que un porcentaje importante de gente (en el que me incluyo) responda afirmativamente. Pero en el fondo lo que se trata de demostrar es que con el arancelamiento se mejorarán sustancialmente la universidad, faculta que todo admirtimos. Por ejemplo, la Universidad de California en los Estados Unidos, que es pública y récords 152 mil estudiantes en sus nuevas sedes, tiene un presupuesto anual de 7.700 millones de dólares. Sólo el 5 por ciento de ese presupuesto corresponde a los aranceles: el 71 por ciento resulta de las contribuciones de los gobiernos federales y estatal. Lo mismo sucede en la mayoría de los países en los que hay arancel. En la UBA, para la cantidad equivalente de alumnos se destinan cerca de 170 millones de dólares por año. Lo que pareciera querer señalar es que si las universidades privadas se sostienen con el arancel (y hasta construyen imponentes edificios), lo mismo podrían hacer las públicas. Para analizar ese argumento habría que definir primero qué entienden los interlocutores por universidad.

Seguramente con el sistema de arancelamiento que se discute, el estado que muestra un desinterés militante en la educación, señalaría a las universidades cuando requieran más presupuesto, que lo consigan a través de la imposición de aranceles (las que no lo hayan concretado) o aumentando los mismos. Otro espejismo es la contribución que puede hacer la actividad privada a la financiación: en los Estados Unidos, la industria aporta sólo el 7 por ciento del presupuesto para la investigación universitaria. Este factor es equivalente al arancel: un intento necesario y valioso por conseguir fondos, pero igualmente insuficiente.

3 Sin duda los principios que dieron origen a la Reforma siguen vigentes: la democratización y la participación, el populismo y la tolerancia, la igualdad de oportunidades y el antidogmatismo, la calidad y la vinculación con el medio. Pero casi un siglo después es evidente que esas ideas centrales deben instrumentarse en forma adecuada a la sociedad contemporánea y al papel que la universidad debe desempeñar en ella. El mecanismo de gobierno debe reestructurarse tratando de reducir a su mínima expresión la influencia de intereses no académicos. Hay que lograr hacer realmente pública nuestra universidad estatal, que hoy está privatizada por los intereses de los profesores, los estudiantes, los no-docentes, los profesionales, de los políticos, de los sectores de todo origen.

El sistema de reclutamiento de los docentes también debe ser actualizado. Debe-

ría, en fin, lograrse que la universidad pública sea la que brinde mayor calidad. Al país le debería interesar que sea la universidad pública la que tenga condiciones de trabajo y criterios de exigencia tales que atraiga a los mejores profesores e investigadores y a los mejores alumnos.

4 Los mecanismos que regulen esa relación deberían ser lo más generales y amplios posibles. Garantizar la autonomía de los centros académicos y asegurar también alguna forma de relación con las prioridades reales del país. En ese sentido, la creación o autorización de nuevas universidades debería hacerse siempre que resulten justificados y que se pueda garantizar la calidad de la enseñanza basada en la creación del conocimiento y no en su simple repetición.

Francisco Delich

1 A veces el vértigo nos hace olvidar algunos datos elementales, y la llamada crisis del sistema universitario en realidad debería traducirse de este modo: ¿Dónde radica la incapacidad de las universidades estatales de cumplir correctamente con sus misiones, en relación a sí misma en primer lugar, al estado, a la sociedad y a la nación finalmente? Desde luego, alguien podrá responder que las universidades no pueden cumplir con sus misiones por falta de presupuesto suficiente. Me inclino a pensar que con más presupuesto las universidades funcionarían con este mismo modelo y en estas mismas condiciones. Personalmente no creo que el drama de las universidades sea exclusivamente, y ni siquiera fundamentalmente, presupuestaria. Si ENTEL, Aerolíneas Argentinas, Ferrocarriles o las autopistas se privatizan mal, es probable que tengamos un servicio de teléfonos, de aviones, de trenes o de caminos más caros o de peor calidad. Nada de ello será irreparable para las generaciones por venir. Se modificarán contratos, se recurirá a la justicia para hacerlos cumplir y se anulará la ley. La falencia de una sociedad la situación es completamente diferente.

Si, como ocurre ahora, se destruye la educación pública y gratuita y el estado se desembocara en el deterioro cultural, científico y espiritual de varias generaciones de argentinos sin poder recuperarlos, porque los seres humanos no pueden compararse con teléfonos, aviones o indescriptibles inflacionarios. Si se dejá que el estado remate la educación, la hipoteca que tendrá la Argentina del próximo milenio no será levantada fácilmente.

La transformación de la universidad puede y debe hacerse en el marco de la autonomía y del cogobierno, pero es hora de terminar con las excusas, justificando esta

inerzia conservadora que ha atrapado a muchas de las universidades estatales.

2 El sistema argentino global es correcto. Las universidades privadas no reciben ningún aporte estatal y las universidades estatales son fundamentalmente sostenidas por el estado. Esta disposición rige desde 1958 y estimo que no debe cambiarse. De modo que nuestro problema es más bien acotado y referir al funcionamiento de las universidades estatales. Creo conveniente hacer aquí dos consideraciones. En primer lugar, el presupuesto universitario es desde hace años inexistente; se trata, en realidad de los pagos de sueldos del personal docente y no-docente, que se llevan el 70 por ciento de los fondos destinados a las universidades. Esto en sí mismo es una gran irracionalidad y probablemente en esas condiciones es una situación sin salida, porque si el presupuesto, tal como está distribuido, se incrementara -por ejemplo- al doble, lo que estaría haciendo es incrementar al doble los sueldos de los docentes y no-docentes. Si así ocurriese, se estaría haciendo algo justo con el personal (los sueldos son muy bajos), pero el presupuesto seguiría estando mal distribuido y las universidades seguirían estando imposibilitadas de cumplir muchas y/o algunas de sus funciones.

En segundo lugar, el llamado presupuesto

es, en muchas universidades, básicamente irracional. Quiero decir: no existe ningún criterio sólido del uso correcto de los puntos docentes y de los cargos no-docentes, lo cual termina en situaciones de arbitrariedad, cuando no directamente de corrupción.

La universidad estatal debe seguir siendo sostenida por el estado, pero la medida del financiamiento de cada universidad debe estar directamente referida al grado de avance que tenga cada universidad en relación a la calidad de su enseñanza y a la productividad de su investigación.

No hay ninguna razón para que el estado financie cualquier tipo de enseñanza, ni cualquier tipo de investigación. El estado debe invertir en la docencia y la buena investigación, y cuando digo buena investigación quiero decir -reitero- investigación básica o investigación aplicada, pero siempre que no faltan insumos para los trabajos prácticos ni para la actividad de la propia facultad, para que las aulas estén limpias, para que los baños estén limpios, para que -en fin- las condiciones medioambientales de la enseñanza sean las más adecuadas. Junto a los aportes del estado, fundamentales y decisivos, los aportes del sector público y privado y los aportes estudiantiles, irían logrando mejorar la situación. El debate aún no abierto es si los estudiantes deben pagar aranceles -en el sentido clásico- en la universidad. Sobre esto me permito también algunas consideraciones: en primer lugar creo que los estudiantes que tienen recursos deben pagar sus estudios; ésto es un primer punto de la cuestión. Si se acepta que los estudiantes pueden -y deben- pagar, entonces el problema es cuánto, como y quién. Personalmente creo que los estudiantes deben pagar, pero no a la universidad, sino a sus cooperadoras, que a la vez deben mantener -como mínimo- en Córdoba- un control permanente sobre los recursos, y además darle una transparencia hacia sus propios compañeros; por supuesto, los estudiantes deben tener una participación directa en la decisión sobre el

uso de los recursos.

La administración estatal de los recursos es en la Argentina, tanto en el estado nacional como en las universidades, altamente cuestionable. Es muy cara, es muy opaca, es muy inefficaz. En estas condiciones me parece inadecuado que los padres de los estudiantes hagan un esfuerzo para contribuir al sostentamiento de la universidad y este esfuerzo se dilate. Desde el punto de vista ético me parece, entonces: a) los estudiantes que no pueden pagar aranceles -que no paguen; b) los estudiantes que no pueden hacerlo deben estar eximidos; c) estos recursos deben estar visiblemente sujetos al control de los propios estudiantes. No necesito decir que el aporte estudiantil no resuelve los problemas presupuestarios de la universidad estatal, pero tampoco necesito decir que van a contribuir -y contribuir decisivamente- a incrementar la calidad de la enseñanza y la investigación.

3 Si. La Reforma fue un movimiento democrático, tanto hacia adentro como hacia afuera de las universidades, y nos ayudó a identificarnos con América Latina, en un discurso indudablemente generoso y solidario. Fue el mayor movimiento social en favor de la autonomía universitaria y el cogobierno, y sobre todo fue un movimiento que como ningún otro en las universidades, planteó con seriedad y sinceridad la democratización del claustro de profesores a través de concursos por títulos, antecedentes y oposición y, además, negándose a reconocer estabilidad do-

Argentina y 1.9 para el resto. Para confirmar que en el rubro Defensa el país sigue gastando, en estos días el brigadier general José Antonio Luján informó la compra de 54 cazabombarderos A-4M con sus sistemas de armas y cadenas de repuestos a Estados Unidos. ¿Contra quién se usará? Tal vez contra la universidad pública?

Ante esta crisis provocada y generalizada de la educación, cabe preguntarse ¿qué objetivo persigue el gobierno cuando insiste en el arancelamiento de la enseñanza universitaria. El objetivo es dar un paso más hacia la destrucción de la misma.

El arancelamiento no resuelve el problema presupuestario, lo que el gobierno está destruyendo con prisas y sin pausa uno de los principios básicos de toda sociedad democrática: la separación entre la administración y la política. La sociedad argentina apeló a fuerza de golpes, no sólo a militares sino también económicos, a modular sus exigencias y adecuarlas a las posibilidades del país. Ha sido suicida en repudias oportunidades por la hiperinflación. Su fantasía aún no ha desaparecido y es bueno que lo tengan presente. Sin embargo, es oportuno que nos preguntemos si el temor a la inestabilidad no resta sensibilidad y capacidad de reacción ante otros problemas que hipotecan nuestro futuro y nos asedian un destino deformé.

Si ENTEL, Aerolíneas Argentinas, Ferrocarriles o las autopistas se privatizan mal, es probable que tengamos un servicio de teléfonos, de aviones, de trenes o de caminos más caros o de peor calidad. Nada de ello será irreparable para las generaciones por venir. Se modificarán contratos, se recurirá a la justicia para hacerlos cumplir y se anulará la ley. La falencia de una sociedad la situación es completamente diferente.

Si, como ocurre ahora, se destruye la educación pública y gratuita y el estado se desembocara en el deterioro cultural, científico y espiritual de varias generaciones de argentinos sin poder recuperarlos, porque los seres humanos no pueden compararse con teléfonos, aviones o indescriptibles inflacionarios. Si se dejá que el estado remate la educación, la hipoteca que tendrá la Argentina del próximo milenio no será levantada fácilmente.

La transformación de la universidad puede y debe hacerse en el marco de la autonomía y del cogobierno, pero es hora de terminar con las excusas, justificando esta

Imaginación y solidaridad

Lucrecia Teixido

«... lo grave y lo serio no es el arancel éste o el reglamento aquél, lo grave y lo serio está en que deriva de estas cosas, en apariencia tan pequeñas, vienen preparando su ofensiva las fuerzas sociales enemigas, y que es necesario por lo mismo movilizar las grandes masas para montar día y noche la guardia vigilante...». Aníbal Ponce, 1935

cia académica. De esas épocas sólo queda un efecto residual. Hoy, un porcentaje muy alto de escuelas primarias tiene jornadas de tres horas. Las que cumplen ocho horas se están convirtiendo en depósito de niños. El éxodo de maestros por los bajos salarios corre paralelo al de profesores en los colegios secundarios. En la universidad las cosas no están mejor. El presupuesto de 1992 es el 57% del correspondiente a 1987; el 93% del mismo se destina a pago de sueldos y el 7% a la investigación. Pobre privilegio de los docentes cuando estos 93% representan casi el 100% de su presupuesto. Cuanto más se reduce el presupuesto, más se reduce la investigación y más se deteriora la calidad de la docencia.

Hasta aquí la cuestión esencial del debate. Hay, sin embargo, otro aspecto del problema que para la comunidad universitaria no es menos importante: elaborar un programa de subsistencia. Debe generar nuevas fuentes de financiamiento y proponer proyectos para poder sobrevivir en una época en que economía y política se les tonalmente adversas.

Los 590 mil estudiantes que forman la población de las universidades estatales deben contribuir con su esfuerzo y responsabilidad a la construcción de su caída. La ciencia, la cultura y la energía es el sacrificio puestamente en tanto años huevos y malos deben respaldar ahorita, ante los vientos adversos que sacude el país. Recazar el arancel estudiantil por ser un instrumento peligroso dentro de la actual política educativa no impide -por el contrario, obliga- buscar alternativas diferentes que, junto a la exigencia de mayor presupuesto y defendiendo su autonomía, le permita a la universidad pública, al menos, sobrevivir.

Las organizaciones políticas que trabajan en la universidad, además de oponerse al arancel, deberían llevar adelante una campaña clara y firme sobre el necesario aporte voluntario y responsable de los estudiantes. Recuperar la vieja consigna la imaginación al poder, tal vez permita conjurar formas que hacen más llevadero el duro período que lo toca vivir.

Es justo que el peso de la crisis recaiga exclusivamente sobre los estudiantes y no docentes. Estos son los lazos de solidaridad dentro de la comunidad universitaria y repartir los esfuerzos entre todos los que la conforman, permitir mantener lo conseguido hasta hoy y demostrar que los estudiantes están dispuestos a defender con su esfuerzo a la universidad pública, sin la cual el futuro de toda la sociedad entrará en un agujero negro.

INTERNACIONAL

Nuevo Orden Internacional: de los '20 a los '90

El liberalismo prisionero de Carl Schmitt

Fabián Bosco

Los acontecimientos que están cambiando al mundo tienen como común denominador la erosión de toda idea de autoridad constituida, el cuestionamiento total o parcial, pasivo o activo, a las nociones de obediencia, representación, comunidad o sociedad civil, tal y como han sido arrastradas hasta el presente, la limitación creciente de los estados nacionales como unidades de gobierno. Es, si más ni menos, la crisis de legitimidad del sistema político que traduce una crisis de identidad de las mismas sociedades; ancladero de lo propiamente político, desembocadura de la crisis de fundamentos en que se ha introducido hace tiempo la democracia occidental, acompañando a la revolución conservadora y la reversión capitalista con la ideología de la despolitización.

Si no fuera por el estado de extendido y saludable desconsenso, si no fuera por el alarmante malestar cultural que en todas partes genera miedo, desconfianza e inseguridad; si no fuera por el descrédito (al parecer, definitivo) del utopismo marxista, podría decirse que estamos ingresando en una típica "situación pre-revolucionaria".

Sin embargo no hay temor, ni intriga ni apasionamiento por lo que pueda ocurrir. Hay inseguridad, inquietud y desasosiego por lo que ya está ocurriendo; las colectividades oscilan entre la redención, el descubrimiento o la ruptura de los contratos de convivencia, entre la extrema cautela, la anomía y el enfrentamiento abierto de grupos contra grupos...

El enemigo ha muerto,
¡viva el enemigo!

Pierre Salinger, secretario de Prensa de John Kennedy y Lyndon Johnson y principal correspondiente extranjero de *ABC News*, sostiene que si bien resulta riesgo vincular hechos generalizados con una causa única, existe un riesgo coincidente en todos los fenómenos de agitación que están sucediendo a nuestro planeta: las democracias ya no pueden establecerse conforme a una américa externa. El derrumbe del comunismo "las ha dejado sin excusa".

En la misma línea, Octavio Pariente plantea que "tras haber vencido a sus enemigos", la democracia enfrenta el desafío de retenerizar sus tensiones irresolubles, repensar sus principios cotejados con su fabulosa expansión, "vencerse a sí misma".

Enrique Gil Calvo describe, por su parte, como han ido cayendo una a una las cerzas de antaño —en lo político, la disusión nuclear de la guerra fría, el poder soviético, el imperio americano; en lo ideológico, el estatalismo (en versiones comunista y socialdemócrata) y el liberalismo de mercado como principio movilizador aglutinante— trá lo cual se pregunta ¿se puede

Hubo un exceso de optimismo acerca de la irreversibilidad de la democracia y el capitalismo en el mundo? Tras una década de neo-conservadorismo, anti-estatismo y privatización, las sociedades encuentran su paisaje más parecido a un estado de naturaleza hobbesiano que al tan mentado mercado de Adam Smith. El haber confundido el proyecto siempre inacabado de la "sociedad abierta", en la línea de Karl Popper y Ralf Dahrendorf, con el dogma liberal de Hayek y Friedman, y la crisis de la política con la despolitización, ha contribuido en gran medida a que la vuelta de la política lleguen estos tiempos de la mano de fundamentalismos, neo-fascismos y nuevas formas de barbarie y regresión totalitaria.

sostener una democracia sin alguna certidumbre política o ideológica?

"Las instituciones siguen en pie, consolidadas por el paso del tiempo y la ausencia de alternativas globales, incluyendo la militar —comentaba el analista Jorge Castro desde la Buenos Aires caliente de abril de 1989— sólo que vacíadas creíblemente de poder de decisión, al extremo de perder sus atributos tradicionales de soberanía, y como el control del propio territorio y el monopolio de la emisión de moneda, retrocediendo a formas pre-estatales de autoridad política".

En el estallido de violencia urbana los Estados Unidos; en la guerra balcánica que desintegró Yugoslavia y está desangrando de manera interminable a serbios y croatas; en la inacabable constelación de repúblicas y naciones beligerantes que produjo el "big bang" de la Unión Soviética; en los estadios mordiendo el polvo de la ingobernabilidad, en las grandes pinceladas hegemónicas de pequeños presidentes y en la apariencia reactiva de insolitos engendros de populismo, reaccionarismo y fundamentalismo primitivo alzados con resonantes triunfos electorales; en la incierta fragua de la Nueva

Esguizagüeta argumentó, resumido como "la paradoja sudamericana: consolidación democrática y disolución del estado" (y elaborado en pleno estallido de los 80) explica que los regímenes democráticos-constitucionales carecen de capacidad práctica y efectiva para hacerse obedecer debido, en gran parte, a una inversión de causas. "La guerra civil deviene de la disolución del estado" y no ésta de aquélla. No hay demo-

Europa, integrada y fragmentada; en todos los rincones del mundo, de Bangkok a Caracas, de Sarajevo a Los Angeles, de Moscú a París, de San Salvador a Argel, de Lima a Manila, se proyecta una misma evidencia: la fragmentación del poder. Más concretamente, el vaciamiento de legitimidad del poder político del estado nacional moderno y su puesta en cuestión por el costado de su infiabilidad. Se arriba a esta vulnerabilidad de la estructura estatal en el momento en que se universaliza la democracia liberal y el mercado capitalista como principios aceptados por el ordenamiento de las sociedades.

De las aproximadamente 170 naciones que componen hoy el cambiante mapa mundial, se contabilizan más de 70 con gobiernos más o menos democráticos y se observa, como nunca antes, una coincidente búsqueda reformista, tanto en las democracias avanzadas como en las llamadas "democracias tardías" o "democracias jóvenes". Todo se está reformulando, en el Norte y en el Sur, en el Este y en Occidente, y es sintomático que se estén encarando en decenas de países cambios constitucionales, de régimen político, de fronteras y ejércitos, que el actor protagónico de dichos cambios sea el parlamento integrado por representantes elegidos por el pueblo, y que sea precisamente los parlamentos el símbolo del escenario (como en Italia); "puching-ball" de pre-sidentes prepotentes (o impotentes) y masas desamparadas, como en el caso del Perú. El chivo expiatorio ideal donde se sacrifica —o autoinculpa— la clase política. La víctima propiciatoria, en fin, de un nuevo bonapartismo que se vislumbra en quienes, como Yeltsin, Walewa o Paz Zamora, se aferran al más crudo presidencialismo para atravesar la tormenta: "un gran faroleo donde se adoptan pocas decisiones", "una gavilla de vagos", "un centro de corrupción y antidemocracia"; tienda parlante del consenso que aparta al pueblo de sus instituciones políticas".

El caso del presidente polaco es arquitectónico. "No podemos observar pasivamente cómo el país se hunde en el marasmo y el desorden", dijo Lech Walewa como muy últimamente, al proponer —con el respaldo de los comunistas a este ex-sindicalista— que el parlamento le confiera plenos poderes "para frenar la anarquía que amenaza a la democracia y la existencia misma del estado (...). La política es un campo de batalla por los cargos, se destruyen todas las autoridades y no hay responsabilidad por las palabras y los actos (lo que provoca) desencanto, apatía y desconfianza de la gente".⁴ Demasiadas similitudes como para atribuirlas a una cuestión de hombres o de procedimientos.

Intentos de interpretación hay de todos los gustos y para elegir: tanto en el campo teórico de las relaciones internacionales, como en el de la ciencia política ya económica, como en el del análisis periodístico.

Causas históricas, relativas al fin del bipolarismo que signó el ordenamiento global de posguerra, el hundimiento de los bloques militares, el desconejoamiento de antiguos conflictos, el desparir de nacionalismos tapados por el comunismo soviético, así como el resurgimiento de ancestrales rivalidades y movimientos regionales, religiosos y étnicos.

Causas socio-económicas, vinculadas a la quiebra del estado de bienestar y el proceso de restrucción capitalista en la sociedad posindustrial: globalización, ajuste y dualización, privatización corporativa y nueva pobreza; o bien, las escuelas de la incierta transición del centralismo a la economía de mercado, la falta de respuestas del modelo de ajuste económico a la cuestión social, etc.

Causas culturales y psico-sociológicas, como la identificación de tendencias centrifugas y localistas, sentimientos de amenaza frente a los movimientos migratorios, búsqueda de chivos expiatorios y corrientes de intolerancia y xenofobia como respuesta frente a una crisis de valores sociales y la ausencia de alternativas de integración.

Causas políticas relacionadas básicamente con la crisis de gestión por parte de la clase dirigente, su honestidad, capacidad y representatividad, así como la influencia creciente de otros actores en la toma de decisiones públicas y la inadecuación de reglas y mecanismos de la democracia representativa de partidos en su relación con movimientos sociales emergentes.

Son sólo algunas de las variantes explicativas convergidas en variables independientes de un cuadro de crisis que se auto-sustenta: la crisis tiende a cerrarse a sí misma cualquier vía de salida. En lo cultural, obstruyendo al ciudadano la posibilidad de acceder o generar un sistema de referencias comunes; en lo social, reforzando la idea de que "la sociedad" no existe; en lo político, alejando de su esencia la representación de lo que la política debe realizar. En síntesis, la crisis ha encontrado su ideología, cuya tarea es ocultarla.⁵

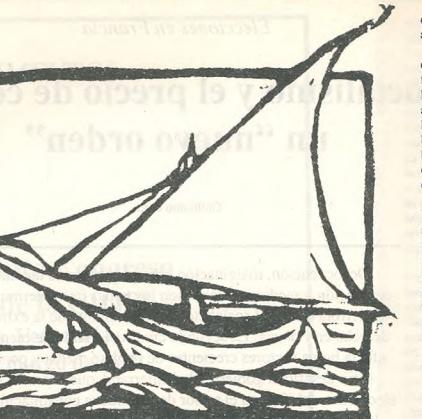
Decisionismo pragmático y decisionismo schmittiano

L a despolitización de los conflictos

— como ideología que cristaliza una inegable crisis de la política — cubre el deslizamiento del pensamiento liberal democrático desde su tradición legitimista y constructivista hasta la tradición realista del organismo económico ("liberismo") o el decisionismo pragmático (cuyo a la "buena administración").

Este tránsito significa la renuncia del liberalismo a su status político y a su articulación con el pensamiento democrático (al que acuñó sus orígenes y acompaña en sus dilemas no resueltos) en pos de un "ordenamiento espontáneo y libre" de la sociedad, la redención del estado a su mínima expresión y la sustracción de las decisiones públicas del control político, dejándolas en manos de los expertos.

Los principios de consenso, deliberación, representación y participación ciudadana que el liberalismo entraña en el altar de la ideología de mercado, son finalmente reemplazados por los que provee el conservadorismo autoritario, o si las amenazas aumentan, por una variante totalitaria que repolitiza manu militari respondiendo a la demanda de gobierno por parte de la sociedad.



De tal forma, el fundamentalismo, los particularismos, la reacción restauradora antimoderna, no serían la oposición a la universalización del liberalismo sino una respuesta, del propio liberalismo cautivo, al callejón sin salida en el que fue introducido al desviar su principio de justificación desde el ámbito de la sociedad civil al de la capacidad decisoria de las élites, y de la justicia en el proceso de formación de las decisiones al de la eficacia como prueba de legitimidad.

La desembocadura paradójica de tal "decisionismo pragmático", dominante en estos años, según el cual la legitimidad de la autoridad política está cada vez más apoyada en su aptitud para resolver puntualmente "los problemas concretos de la gente" (sic), alejada de toda ideología y de todo proyecto, es una entronización del "decisionismo schmittiano", teóricamente en sus antípodas, que invita a reconstruir totalidades soberanas barriendo con los indicadores de fragmentación del poder y restaurando la ilusión de una sola y concentrada autoridad efectiva. Gráficamente: el modelo Fujimori no podrá sino devenir en este modelo Fujimori 92, tal era su característica de "ruptura" o "apertura".

Mantener a la democracia como prisiónera de esta operación permite obstruir la aparición de cualquier alternativa de poder, como cuando se dejó al sistema político contenido a una estabilidad económica apoyada en la lógica del ajuste.

Pero aún teniendo éxito, el modelo fracasa. No sólo por olvidar la cuestión social, sino por renunciar a una especificidad política que no sea, en última instancia, la que le ofrece el estado de excepción y la clausura

NOVEDADES

del Fondo de Cultura Económica

John Vickers
UN ANÁLISIS ECONÓMICO DE LA PRIVATIZACIÓN

Matteo Maganaris
DIALOGOS CON RAÚL PREBISCH

J. Burns Martínez
LA TIERRA QUE PERDIO SUS HEROES

David A. Brading
ORBE INDIANO, LA MONARQUÍA CATÓLICA,
LA PATRIA CRIOLLA Y EL ESTADO LIBERAL

Luc Ferry
FILOSOFIA POLÍTICA

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Suipacha 617, 1008 Buenos Aires
Tel.: 322-9063 / 0825 Fax: 322-7262



de la sociedad abierta en el esquema binario amigo-enemigo como regla principal.

La acción basada en la decisión (y ésta en la voluntad del poder) como exclusiva fuente de legitimidad —aun por sobre la legalidad constitucional— se coloca en las antípodas del primado de la representación, la deliberación y la discusión que está en la base del sistema parlamentario, del equilibrio y la división de poderes que sustenta el estado de derecho, del compromiso que caracteriza a la democracia.

Si para el discurso optimista del liberalismo conservador la política era algo a superar, su consagración como ideología finalista de poder se convierte automáticamente en parálisis de la dinámica democrática, cuestionada por el lado de la falta de representación y por el de la irresolución. El estado se libera de sus compromisos y de sus deudas impagables; pero esto, lejos de traducirse en una renovación de la política y un robustecimiento de los centros activos de la sociedad, dejó indefensión y anomia.

La tensión entre la búsqueda de relegitimación "como sea" de la autoridad política y la erosión de sus fundamentos que acuña desde dentro del propio discurso antipolítico, como en los años 20, amenaza resolverse con el arsenal de respuestas demoleradoras provistas por Carl Schmitt, empotrado en demostrar la debilidad intrínseca del liberalismo. Respuestas que acompañarán el derrocamiento de las democracias europeas y que hoy plantean parecidos interrogantes: a través de un discurso autoritario de restauración política, sea por la corriente antipolítica que es desde los grupos sociales, una forma de demandar politización (sentido) en los asuntos públicos, sea por un ejercicio político directo de corporaciones y grupos sobre un poder gubernamental vaciado de proyecto, cada vez más limitado y discrecional en su funcionamiento.

El sueño de la razón neoliberal, finalmente, ha engendrado sus monstruos. Son los Duke, Buchanan y Peña que surgieron a Bush; los Le Pen, Haider, Schoenhuber, Bossi y demás adalides de la ultraderecha xenófoba y el asalto al sistema de partidos que le salieron a la cumbre de Maastricht, y por fuerza de la fortaleza, los fundamentalismos que ganan elecciones o se apoderan de las conciencias en Oriente y África, las sectas y corporaciones militares religiosas o económicas que —como en la Edad Media— avanzan sobre el desmantelamiento de las instituciones vigentes.

Si fue el totalitarismo y el estatalismo lo que politizó al liberalismo en su última cruzada, sus derrotas parecen indicar que ya no es necesario la invención del enemigo como motivación para actuar. Un enorme tesoro filosófico aguarda ser desempolado. En su cubierta podría encontrarse la letra manuscrita de Eugenio Trias: "Si la democracia es algo inviolable, sagrado, que no puede ser interrogado y criticado, entonces damos pie a que sus verdaderos enemigos preparen su asalto definitivo".

Notas

1 Pierre Salinger, *La muerte del enemigo*, Diario Claro, Bs. As., 29/4/92.

2 Enrique Gil Calvo, *Huérfanos de la certeza*, Diario El País, Madrid, 13/4/92.

3 Jorge Castro, *La paradoja sudamericana*, Diario El Cronista, Bs. As. 30/4/92.

4 Lech Walewa, Discurso ante el Parlamento el 8/5/92.

5 Nicolás Tenzer, *La Sociedad Despolitizada*, Paidós, Bs. As., 1991.

Elecciones en Francia

El socialismo y el precio de construir un "nuevo orden"

Guillermo Ortiz

El retroceso de la socialdemocracia en las recientes elecciones regionales expresa un costado de confusión a nivel nacional surgido tras el fin de la guerra fría y las dificultades para adoptar una estrategia tendiente a superar la nueva crisis de la extrema derecha en Francia. La segunda crisis del estado de bienestar en un escenario caracterizado por la aceleración de la competencia, la mutación tecnológica, el boom inmigratorio y el auge del desempleo. La consolidación de la extrema derecha exige revisar el papel de las clases medias ante el crecimiento de la miseria urbana. Las elecciones regionales y cantonales celebradas en Francia en marzo pasado arrojaron un cuadro significativo en el escenario político del país: en primer lugar, la mayor debacle del Partido Socialista desde el Congreso de Epinay en 1971, con el 18,3 por ciento de los votos y, por otro lado, la consagración del mayor partido de extrema derecha europeo desde la Segunda Guerra Mundial, el Frente Nacional, el liderado por Jean Marie Le Pen, con el 13,8 por ciento. Asimismo hay que consignar la aparición de un vigoroso movimiento ecologista, dividido en dos grupos (Generación Ecológica, liderado por Brice Lalonde, hasta hace poco ministro del Medio Ambiente, que reunió el 7,1 por ciento de los votos, y los Verdes, más radicalizados, con el 6,8 por ciento, con capacidad de convertirse en "árbolito" entre el socialismo y la alianza liberal-gaulista, derecha clásica, que por su parte obtuvo el 33 por ciento de los sufragios reafirmando su condición de principal fuerza opositora.

Asistimos así a la mayor fragmentación de la V República, lo que prefigura una crisis de régimen y el comienzo de una etapa de reacomodamientos. Algo está claro: la mayoría de los franceses votaron guiados por razones "generales" como el desempleo, la corrupción, la inmigración y el medio ambiente. Pero vayamos por partes.

Es evidente que los comicios pusieron fin a una maniobra socialista que se pensó de largo alcance: la Operación Cresson, de sólo diez meses de duración ante el fracaso de dos de sus objetivos principales. Esto es, contrarrestar el aumento del desempleo y lograr la movilización del electorado hacia la formación de un "blóque de izquierda" que compitiera en igualdad de condiciones con una derecha que se refería para resistir la tentación de aliarse con el neofascismo. La renuencia de verdes y comunistas a atenerse a la tradicional regla de la V República votando al candidato de izquierda mejor colocado, esto es asegurar el triunfo de los candidatos socialistas en las asambleas regionales y en algunos cantones, es una prueba. Ni siquiera los ecologistas de Lalonde lo hicieron.

La espiral de desempleo alcanzó a tres millones de personas, el 10 por ciento de la población activa y esto terminó por clausur-

Desocupación, marginación urbana, prejuicios raciales, corrupción y medio ambiente son los temas que determinaron la derrota electoral socialista y el crecimiento de la extrema derecha en Francia. La segunda crisis del estado de bienestar afecta hoy a sectores crecientes de la clase media y pone un serio desafío al gobierno de Mitterrand, que enfrenta las elecciones del '93 con el temor de una nueva cohabitación con la derecha. De todas maneras, la declinación del socialismo no es producto del intenso desgaste sufrido por un presidente que lleva más de una década en el poder (salvo precisamente el período de cohabitación 1986-88), lo que más que nada será consecuencia directa del sistema político galo que cuenta con un mandato presidencial de siete años, extensible por vía de la reelección al doble, sino a la gravedad de los problemas estructurales de Francia en un momento de aceleración histórica signada, en el frente externo, por la desaparición de la Unión Soviética y, en el interno, por las dificultades concretas de la socialdemocracia para remontar la cuesta

prudencia y designó a su fiel colaborador ex-ministro de Economía, Pierre Bercogovoy, para frenar la erosión. De su gestión dependerá que el jefe del Eliseo culmine su segundo mandato presidencial para el que fue elegido en 1988. El gobierno tiene diez meses para recomponer la imagen socialista y evitarse a Mitterrand la experiencia de una nueva cohabitación con la derecha. De todas maneras, la declinación del socialismo no es producto del intenso desgaste sufrido por un presidente que lleva más de una década en el poder (salvo precisamente el período de cohabitación 1986-88), lo que más que nada será consecuencia directa del sistema político galo que cuenta con un mandato presidencial de siete años, extensible por vía de la reelección al doble, sino a la gravedad de los problemas estructurales de Francia en un momento de aceleración histórica signada, en el frente externo, por la desaparición de la Unión Soviética y, en el interno, por las dificultades concretas de la socialdemocracia para remontar la cuesta

de una segunda crisis del estado de bienestar en el marco del crecimiento inexorable del paro y la inmigración y la perspectiva de integración europea para 1993 tras los acuerdos de Maastricht del pasado año.

de una puertas) que aparece como experiencia avanzada de la desmoronación de razas, lenguas, culturas y religiones que constituirá la Europa del siglo XXI. Hay que tener en cuenta, además, que en los últimos cuarenta años la sociedad francesa sufrió una urbanización tardía y brutal. El 75 por ciento de los franceses vive hoy en el medio urbano, superando con creces el 45 por ciento que hacía al término de la Segunda Guerra Mundial. Esta urbanización masiva, organizada con precipitación debido, en un primer momento, a las necesidades de la reconstrucción y, luego, a las derivadas del desarrollo económico, quebró el equilibrio tradicional que caracterizaba a la ciudad como espacio de diversidad social, provocando la segregación en grandes aglomeraciones convertidas en polos de violencia. El gobierno creó un ministerio de la ciudad, una secretaría de Estado para la integración social y una ley antiguofa; y el ex-ministro de Asuntos Urbanos, Bernard Tapie, anunció medidas para combatir lo que denominó la "miseria urbana", movido por el impacto visual de los acontecimientos de Los Ángeles.

En cuanto a los factores internos, se deducen de una coyuntura que combina aceleración de la competencia y agravamiento del desempleo, alentado por el auge inmigratorio. En Francia residen cerca de 4 millones de inmigrantes, el 8 por ciento de la población total y las masas de extranjeros más numerosos provienen de países musulmanes. Esta situación tiende a agravarse ante el crecimiento demográfico de esos países, Argelia, Túnez y Marruecos, ya que se calcula que sólo en el norte de África la población superará los 160 millones de habitantes para el fin de siglo. Esta realidad le da un impulso adicional a las extremas derechas que sacan provecho de los prejuicios raciales.

L

a consolidación del Frente Nacional no es ajeno a este fenómeno. Ya es la tercera fuerza política del país, aventajando al Partido Socialista en cuatro de las grandes regiones: Ile de Francia (10 millones de habitantes, con París capital), Provenza-Alpes Costa Azul (4,3 millones de habitantes, capital Marsella), Alpes Ródano y Alsacia. Hay barrios como Beaubourg o la misma Rue Saint Denis, a escasos minutos del centro de París, donde ya es difícil oír el francés. Se trata de una geografía de calejuelas y "carneras musulmanas" (así rezan los carteles

por esta salida por izquierda como forma de compensar el desgaste. Ahora, el presidente François Mitterrand busca recuperar la ini-

ciativa política para evitar que el hundimiento socialista se acentúe en las legislaturas del '93. Por el momento optó por la

Gran Bretaña

Los conservadores, encargados de enterrar al Thatcherismo

Tal vez lo más importante de estos comicios está en la legitimación del primer ministro John Major, quien se despidió del "mando protector" de la Dama de Hierro condenando definitivamente a la historia al Thatcherismo. De alguna manera, Major quedó con las manos limpias para acometer la "desthacherización" iniciada con la "movida" de un sector torpe pragmático, que significó el desbarcamiento de la ex-premier de la jefatura del partido. Hoy Major, gracias a las elecciones, ha conseguido borrar esa "fatalidad".

En segundo lugar, quedó clara la incapacidad del partido laborista, demacrado a una concepción fiscalista con base en el alza de impuestos, para capitalizar la dualización de la sociedad británica luego de más de una década de shock. Los conservadores defendieron su mayoría parlamentaria en un marco signado por la recesión económica más prolongada desde la década del '30 y un índice de desocupación de más del 10 por ciento, esto es casi 2700000 personas.

Desde un comienzo la campaña electoral giró en torno al nivel de impuestos, a la desocupación y al gasto público, con lo que se puso en

primer plano la salud, la educación y el bienestar social. Y es que en el Reino Unido las grandes batallas ideológicas de los '80, como la política exterior y los temas del desarme, llegaron a su fin. Hoy los partidos coinciden en la integración europea y la alianza con EU. Asimismo, la profunda división regional del país es un punto clave a la hora de explicarse el error de los pronósticos. La restricción Thatcheriana favoreció al Surense y al Este de Inglaterra. A cinco años de ese miniboom, el electorado de esas regiones permaneció fiel a los conservadores. Escocia y Gales, luego de que en 1986 Thatcher declarara la obsolescencia de la industria y de la infraes-

tructura de servicios de esas regiones, votaron masivamente al laborismo. En este cuadro de fractura regional, no extraña el renacer del nacionalismo hasta apoyar, como en Escocia, la liquidación del statu quo que la une a la corona del Londres desde el siglo XVIII.

Esos fenómenos abronaron una gestión conservadora de nuevo cuño. Major nombró gabinete propio y abandonó las políticas más controvertidas de Thatcher, como la poll-tax. Suavizó la belicosa postura Thatcheriana hacia la CEE y se encargó de proclamar en momento su interés en preservar y mejorar el servicio nacional de salud. Y esto repercutió en el electorado. El programa conservador plantea la reducción de impuestos personales para recuperar la economía vía consumo. Esto le costará unos cuantos millones de libras al Tesoro, que lo resolvérá vía endeudamiento, un tabú en la era Thatcher. De alguna manera la política fiscal definió la elección en un país dividido y en donde el conservadurismo triunfante debe afrontar los males del "legado de Thatcher", aplicando la disociación y el sentido social. El fantasma de la Dama de Hierro parece haber desaparecido para siempre de Downing Street.

Hay una tendencia entre los observadores argentinos a la realidad italiana a afirmar, tal vez inducidos por el libro de La Palombara *Democracia e la italiana* (Ed. de Belgrano, 1989), que nuestro país debería aspirar a ser como Italia, donde la política y la economía están disociadas: mientras en Roma hay circo, escribió Mariano Grondona en *La Nación*, en Milán se trabaja. Es muy abultada la literatura acerca de los condicionamientos económicos a los procesos políticos (buena parte de ella referida al impacto de los ciclos económicos sobre las opciones electorales), pero también aquella, proveniente de la ciencia económica, que ha demostrado —a la Hirschman— cómo la política (la solidez institucional y la continuidad de las políticas públicas) condiciona al desarrollo económico.

Por qué Roma no está lejos de Milán

Sin pretender entrar en el debate teórico sobre la autonomía de las esferas políticas y económicas, queremos detenernos en cambio sobre aquella lectura superficial de la política italiana que, a nuestro criterio, carece de instrumentos para dar cuenta de la gravísima crisis político-institucional, y ahora también económica, que enfrenta Italia y que puede llevar a conclusiones equivocadas sobre la actualidad argentina (sobre todo si se piensa, erradamente, que el resultado de la estabilidad econó-

ómica es independiente del poder político). A partir de la posguerra, el desarrollo peninsular es un notable ejemplo de la inexistencia del presunto divorcio entre economía y política. La economía italiana se expandió bajo el auspicio de la intervención estatal, a nivel de programas industriales y de inversiones directas, y de un conjunto de instituciones proteutoras (de seguridad jurídica y de resguardo político) que pusieron al amparo de cambios bruscos en las reglas de juego.

Para ser más precisos, a pesar de la permanente litigiosidad entre partidos, la inestabilidad de los gobiernos parlamentarios (en promedio uno cada diez meses), la corrupción y los escándalos a repetición, la economía italiana se transformó de agraria a posindustrial, con la consiguiente secularización de la sociedad, en un contexto de continuidad de las políticas estatales. Forzó la economía a seguir su marco supramaterial, protegida frente a cualquier cambio indescriptible, beneficiándose de la obligada exclusión de los comunistas y en la práctica de la perpetuidad "necessaria", y por eso en constante tensión, del bloque político-so-

cial que toda sustitución de mano de obra por capital es necesariamente más competitiva. Asimismo, la crisis socialdemócrata responde al comienzo de un "segundo momento" en el proceso de desguate del estado de bienestar iniciado en los '70 que afecta a temas claves como la sanidad, la educación y la seguridad ciudadana, provocando una verdadera revolución de las clases medias. La sucesión de manifestaciones de los últimos meses en la capital francesa que agrupó a médicos, personal sanitario de todo el país protesta por el recorte de los gastos de salud, a los que se sumaron estudiantes, agricultores y oficinistas varios es su mejor expresión.

En este marco ¿cuáles son las cartas de Mitterrand? En noviembre pasó el presidente anunció su intención de proponer una serie de reformas constitucionales que incluía la reducción del mandato presidencial a cinco años y el incremento de los poderes del parlamento. Hay también el proyecto de reforma electoral que contempla la proporcionalidad, pero que a la luz del resultado electoral, chocó con un inconveniente: si bien relativizaría la posible victoria de la derecha tradicional en el '93, por otro lado abriría las puertas de la Asamblea a las formaciones menores en ascenso como el Frente Nacional o Le Pen. Pero la suerte está echada y los interrogantes sobre la mesa. El gobierno de Bercogovoy tiene apenas pocos meses para "dar vuelta la historia".

Italia

Pluripartidismo, nomenclatura y final

Franco Castiglion

cial dominante.

De discusión entre Roma y Milán ni hablar entonces. Por el contrario, Roma se volvió siempre más "circo" como producto de la fuerza coexistencia entre distintas fuerzas políticas ligadas por un pacto de exclusión (desde los demócratas cristianos a los socialistas), protegidas de la alternancia en el poder por la inutilidad de un gobierno con el PCI y por ello prácticamente irresponsables frente a la opinión pública, mayoritariamente temerosa del acceso al poder de los comunistas, ni obstante su adhesión a la democracia. La lógica misma de la interacción entre un poder político inamovible y una economía en buena medida subsidiada impuso al estado de corrupción y arbitrariedad, en el que se instauraron predominantemente poderes ocultos como la Logia P2 y la mafia, hasta poner en duda el valor mismo de la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Los políticos ocuparon, cobrando peaje a los privados, los aparatos públicos, arbitrando entre los partidos en el poder, por influencia y peso político (el sistema de la *lotizzazione*), los nombramientos para los cargos directivos de empresas estatales de punta hasta la misma distribución "ideológica" de las ordenanzas de la administración.

Este sistema político de Nomenclatura, inmóvil e impermeable al control institucional, a su vez altamente *lotizzato*, y alejado de la sanción popular, por la hibernación política del PCI, relajante a admisirato partidocialdemócrata de corto carácter, ha sido, por un período, funcional al desarrollo

de la economía en un país dividido. Milán se benefició de Roma, y viceversa. En este contexto no fue difícil que se observara sólo la superficie y se pensara que la Italia de los gobiernos del "pensamiento" en los años 80 fuera un ejemplo de estabilidad democrática. En realidad, los cambios que ocurrían en la sociedad (la superación de las fracturas sociales producida el extraordinario crecimiento económico y la secularización social que limaba viejas adhesiones culturales a la Democracia Cristiana y al PCI), y en el plano internacional el debilitamiento y posterior desplome del sistema comunista, así como las nuevas y más desafiantes exigencias de la integración económica y monetaria europea —como la reducción de la demanda pública— terminaron por echar luz sobre las innumerables falencias de la "democracia a la italiana" entre las cuales estuvo su incapacidad de construir un marco de mayor competitividad para la economía.

A la transformación de la sociedad no siguió la del sistema político ni la de ese estado que cobijó la industrialización de posguerra y de los que la sociedad reclama su urgente forma. "Las elecciones" —escritó Maurice Duverger— solo han servido para redistribuciones a clientelas sobre-puestas en forma de pirámide, mientras el estado se ha vuelto poco a poco un enorme tumor maligno que amenaza con devorar al entero organismo". Al final de la década pasada la crisis comenzó a dar señales de alarma: este año se convirtió en parásito institucional.

Una urgente reforma del sistema político

El sistema político, con un correlato de corrupción y de vinculación con la criminalidad mafiosa y los poderes ocultos, así como la maquinaria administrativa de estirpe borbónica, con servicios públicos ineficientes y una deuda pública incontrolable (que ya supera el PBI anual) constituyen obstáculos para las exigencias de la economía de fin de siglo. Como no puede ser de otra manera la política condiciona al desarrollo económico. Pero las deformaciones de la política italiana son semejantes, como ha escrito Paolo Flores d'Arcais, "elementos de desorden y de degradación en términos de civilización, antes que de economía". El progresivo crecimiento del voto de opinión respecto al intercambio, y al de identidad o caudillo, puso en evidencia la disconformidad de la sociedad con el sistema partidocrático reinante. Las elecciones del pasado abril marcaron el surgimiento de una fuerte protesta, no canalizada por la izquierda—el PDS, heredero del viejo PCI, fue uno de los principales derrotados— que se expresó a través de las Ligas, una suerte de movimiento anti-partido con base de obreros y pequeños empresarios que haciendo oye en el racismo del norte, propone la federalización del país frente a un estado central siempre más impotente.

Las Ligas, que en Lombardía, la región más moderna e industrializada del país, lograron superar el 20 por ciento de los votos, han puesto a la Nomenclatura romana frente a la amenaza, hasta violenta, de la rebelión secesionista. Al mismo tiempo, las elecciones redujeron la mayoría parlamentaria de los partidos del último gobierno a pocas escasas y determinaron una inaudita fragilidad parlamentaria (16 partidos representados). A la DC y sus aliados quedó, sobre todo, la reserva de votos del *Mezzogiorno* donde más constante está la política por el clientelismo (voto de intercam-

bio) y la aparcería política con la criminalidad mafiosa. Pasadas las elecciones, la dificultad de los partidos para nombrar al sustituto de Cossiga a la presidencia, los recientes atentados criminales de la mafia y el descubrimiento del maxiescándalo político-financiero en Milán, en el cual se han visto por primera vez involucrados dirigentes del ex-PCI, han dado mayor consistencia a la desafección política de los italiani y a la consolidación de las Ligas. Esta situación ha dado lugar a que políticos, intelectuales y medios abrieran el debate sobre una urgente reforma del sistema político, como única vía para reconstruir la legalidad democrática y a su vez para desenredar el nudo del estado ineficaz y parásitario. Pero, ¿es serio similar que semejante sistema político pueda auto-reformarse profundamente y renunciar al privilegio de la inmovilidad sin caer en tentaciones populistas, presidencialistas, como las que alejaron Cossiga? Es legítimo que los característicos del sistema político solo la ingeniería institucional podría cambiar este estado de cosas.

El modelo partidocrático italiano se fundó, como dije, sobre la base de la exclusión de un cuarto y un tercio del electorado. Cuálquiera sea la razón histórica ("partidos antisistema" a la Sartori o "coalición negativa" a la Di Palma), se da el caso que Italia no ha sido ni una democracia mayoritaria, es decir con alternancia entre dos bloques, ni una democracia consensual, al estilo belga o holandés. El PCI, y con él el movimiento obrero, nunca pudo acceder a posiciones de gobierno a pesar que se contrataba con éste en el Parlamento o a través de los gobiernos locales o los sindicatos. El sistema electoral extremadamente proporcional, eficaz para permitir en el período de la reconstrucción la integración de masas al sistema político democrático a través del Parlamento, se conjugó con la presencia de un vasto arco de partidos con identidad y tradiciones propias y con la decisión estratégica de excluir del gobierno al PCI, conformando un singular sistema de confluencia y dilatación del centro político (*"el pluralsistema centrista"* descripto por Fareni). Quedando a la deriva del espacio neofascistas, fue la DC la que se ubicó con éxito en el centro, logrando compensar su gradual pérdida de votos con la

incorporación en el gobierno, primero, de partidos satélites, como los republicanos, los liberales y los socialdemócratas, y luego, a partir de los 60, de los socialistas. Al inicio este sistema logró contener tensiones sociales absorbiendo los demócratas cristianos en su interior los conflictos que en Wimera y en la Cuarta República francesa estallaron entre los pequeños partidos de centro. Pero a medida que se fue reduciendo el peso electoral de la DC aumentó la capacidad contractual de sus aliados y de los nuevos miembros, cada uno con distintas necesidades de recursos de identidad y materiales. Sin alternativa creíble, la apuesta de los partidos en términos de promesas demográficas fue creciendo, con costo reducido para todos ellos, incluida la oposición, desresponsabilizada de hecho.

Las características de esta democracia "enga" fueron fundamentalmente tres: la del sistema electoral proporcional, en un contexto de numerosos partidos competidores, la de la exclusión de un partido significativo, y la de la dilatación del centro, su erosión y posterior atracción de nuevos partidos moderados a esa área. Cuando el Partido Socialista renovó su dirigencia, sus ambiciones crecieron proporcionalmente con el rol imprescindible que éste fue asumiendo para lograr mayorías parlamentarias. Así, Craxi obtuvo por primera vez, a mediados de los 80, la presidencia del consejo de ministros y de allí en más los socialistas se convirtieron en un segundo pilar del centro, compitiendo con la DC por los mismos recursos y por lo tanto tornando el terreno de gobierno aún más conflictivo e ineficaz.

Como se dijo, las transformaciones en la sociedad italiana, el derrocamiento de los regímenes del socialismo real y los nuevos y más importantes desafíos comunitarios, terminaron por modificar los escenarios políticos y económicos y motorizaron una demanda social de cambio.

No hay signos que permitan ser optimistas

El socialista Giuliano Amato, recientemente designado primer ministro, ha intentado proseguir en el modelo de atracción al centro invitando al PDS, hoy

América latina

Estas democracias realmente existentes

Luis Pásara

Si la década pasada fue de la democratización, la actual aparece marcada por la inestabilidad y el agotamiento de los regímenes que, con el voto popular, se establecieron en casi todos los países de la región.

social aforó en 1992 a través de huelgas, protestas y movilizaciones, y ha cristalizado

legitimado por su reprocessamiento, por la desintegración del comunismo, y por su misma disminución electoral a subir al gobierno. El fracaso de esta operación, que presupone tomar constancia de la desaparición del PCI como fenómeno "antisistema", impuso a la vieja coalición la alternativa de formar un gobierno de exigua mayoría parlamentaria. Con lo cual es verosímil conjutar que proseguirán, agravadas por la asecreche del nuevo gobierno centrista, la conflictividad y la parálisis política, a las que se confrontará ahora la agresividad y el crecimiento de las Ligas en su nueva función de "antisistema". El rechazo del PDS (y ahora también el del Partido Republicano, pero también de los dirigentes reformistas de la DC y del PSI) a la continuidad del modelo "centristo" abre, sin embargo, una posibilidad para evitar un estallido estatal cuarta República.

Feneida la clausura de exclusión y alejada la posibilidad de ensanchar el centro con nuevos adeptos, queda sólo la ingeniería electoral para forzar una verdadera reforma política. La sociedad italiana puede asumir la transformación hacia una democracia mayoritaria de tipo bipolar sin temor el abismo. Una reforma de tipo mayoritario (con mecanismos de doble turno o de premio de coalición) puede llevar, junto a un proceso de alianza entre el PSI y el PDS, a la constitución de una democracia con alter-nancia.

El sistema proporcional, por el contrario, mantiene por inercia en vida vegetativa al modelo actual, pero mucho más debilitado y amenazado además por su creciente conflictividad e ineficiencia. En Francia el mismo Mitterrand, aterrado por el ejemplo italiano y el recuerdo de la Cuarta República, renunció recientemente al proyecto de volver al sistema proporcional. El mismo temor cundió en Inglaterra cuando los liberales propusieron una reforma proporcional.

El camino es difícilísimo. Para ello el nuevo gobierno Amato debería ser consciente de la gravedad de la situación, estar dispuesto a autonomizarse de los conservadores y a transformarse en un ejecutivo de transición. Sus primeros pasos no invitan ciertamente al optimismo. □

ya en un movimiento militar clandestino que revindica el ejemplo venezolano. En Panamá, la protesta popular se encrespa contra el presidente Guillermo Endara y reivindica al general Noriega, previamente declarado culpable en Florida. Aun en Uruguay, el clima aparece enrarecido luego de algo más de dos años de haberse inaugurado el gobierno del presidente Lacalle. Con un insignificante nivel de aprobación para sus políticas neoliberales, el paso general de 36 horas realizado en mayo fue un éxito; también parece serlo el crecimiento de un grupo militar que dice reazar el estado de cosas y se ha hecho responsable de varios ataques.

La tranquila Costa Rica ya no es más, en medio de manifestaciones de in tranquilidad que han seguido al duro ajuste económico impuesto por el presidente Calderón, que ha terminado de liquidar el estado de bienes

PUNTO DE VISTA

Nº 43 - AGOSTO DE 1992

Benjamín y los pasajes
Saer y *El río sin orillas*

Sectas protestantes en América Latina

Homenaje a José Aricó / El peronismo hoy

Derechos humanos y democracia

Borges y el poder / El cine moderno

Ficciones rurales

Escriben: Altamirano, Montaldo, Beceyro,
Filippelli, Cheresky, Lehmann, Sarlo

con un régimen político que no mejora —y, más bien, empeora— las condiciones de vida de la población. La segunda alude, en términos teóricos, a la tolerancia social frente a la desigualdad en democracia. La tercera deriva, en términos de una propuesta política bien perfilada, la necesidad de una política económica distinta a la de ajuste, que revierta este círculo perverso donde se produce una democracia que cada vez se angosta más, entre los márgenes de la recesión y el achingamiento del gasto fiscal.

Este primer tipo de explicación no es inexacta, pero puede que sea insuficiente, debido a que pasa por alto cuando menos los elementos importantes en una consideración atenta de aquello que ocurre hoy en nuestros países.

De una parte, la pobreza es cada vez menos aceptada como legítima en América Latina; pero —como el clásico ejemplo de India recuerda— las razones para la insubordinación del pueblo tienen menos relación con la existencia de un régimen político determinado que con los cambios culturales modernizadores que, habiendo llegado de fuera, revolucionaron las expectativas de las mayorías durante los últimos treinta años, y las siguen revolucionando. Como observa agudamente Alejandro Portes, debido a que estos cambios de mentalidad no correspondían ni expresaban la propia evolución productiva, se convirtieron parádicamente en obstáculos para un esfuerzo de crecimiento.

De otra parte, tenemos que considerar el rol marginal reservado ahora a nuestros países en la economía mundial, que se expresa en el desinterés del Norte por nosotros e impone límites precisos a la esfera de lo posible en esta región. No es solo, pues, por falta de imaginación o seguimiento a "la voz de Washington" que las políticas de estabilización han ganado condiciones para generalizarse. Es que nadie está en condiciones de asegurar la viabilidad de la política económica expansiva y distributiva a la vez que, según el esquema conceptual que examinamos, requeriría la democracia para desarrollar satisfactoriamente.

Un segundo tipo de explicación disponible pone el énfasis en las severas limitaciones de la clase política de nuestros países —más abarcatoriamente, para incluir a empresarios, intelectuales y líderes sociales— de sus élites. La falta de un liderazgo dotado de un proyecto social y de la estatuta necesaria para llevarlo adelante aparece así como una falencia notable de nuestros países, con la probable excepción de Chile. La excepcionalidad chilena, precisamente, responde a un relativo éxito económico —no obstante el he-

los partidos políticos han fracasado al hacerse cargo, desde 1980, de una democracia que ha producido gobiernos nacionales y locales ineficientes, militaran sus responsables en derechos o en izquierdas. En el vacío conseguido se hizo posible que en noviembre de 1989 Lima eligiera como alcalde a un portavoz de la televisión y que el año siguiente prefiriera a un hombre casi desconocido —sin trayectoria pública, sin programa, sin equipos de gobierno— en favor de un novelista respaldado por buena parte de la clase dirigente.

En 1989 Venezuela había tomado el camino contrario, al volver a elegir al caudillo partidario más popular, y la ciudadanía luce arrepentida. En Perú, en cambio, el elector promedio volvió a respaldar este año, según las encuestas disponibles, la opción aventurera de Fujimori, cuando éste decidió saltar sobre la constitución y el parlamento, con fines y objetivos que nadie puede precisar. ¿A quién responsabilizar por ello? ¿A una experiencia histórica donante de la democracia que fue ineficiente y el recurso al autoritarismo militar fue la única medicina cíclicamente administrada? ¿A un curso de movilidad descendente a casi veinte años? ¿Al ajuste que el propio Fujimori impulsó brutalmente en agosto de 1990? ¿A una élite sin proyectos sociales, que aparece dividida frente al autogolpe? ¿O a los propios ciudadanos de una sociedad que nunca pudo o vivir estable y provechosamente en democracia?

En el drama latinoamericano actual convergen la incapacidad de generar endógenamente un proceso de crecimiento económico sano y la imposibilidad de construir democracias como aquellas sobre las que razonó la teoría democrática, elaborada en el Norte. Nuestra impugnación a menudo ideológica, casi siempre cargada de voluntarismo, de las democracias insuficientes que vivimos esporádicamente en este siglo nos hizo perder de vista que, en el Norte, en el principio fue el desarrollo capitalista y que históricamente no se ha abierto una ruta alternativa hacia la democracia. Sin haber resuelto el desafío de la viabilidad económica de nuestros países, convertimos el tema de la democracia en un asunto de exigencia y movilización.

Si nuestras ciencias sociales quieren entender esto que nos pasa probablemente deben regresar de su periplo excesivamente prolongado por las teorías que, abreviando en el marxismo o en el neoliberalismo, se elaboraron originalmente en el esfuerzo de explicar realidades demasiado distintas a las nuestras. Mucho de nuestra reflexión sigue tributando a la dependencia; no a la teoría que difundieron. Cardoso y Faletto como hipótesis inteligente, luego degradada a diagnóstico mágico, sino a la dependencia integral.

Necesitamos pensar de nuevo estas sociedades. Caracterizar desprecia-damente sus raíces y sus límites, para proyectar mejor sus posibilidades a través del tiempo. Y, a la hora de la pregunta, debemos tener presente que, así como no hay crecimiento económico espontáneo ni, menos aun, instantáneo, tampoco la democracia es un acto de voluntad o una proclama fundadora.

Desde la nueva comprensión resultante habrá que responder seriamente la cuestión de los límites de lo posible. Y, sobre todo, será factible vencer —pero no gracias a un simple acto de voluntad o de movilización política— tanto la falta de alternativas como la resignación que hoy la acompaña. □

ENTREVISTA

Diálogo con Michael Walzer

Elogio del pluralismo democrático

Chantal Mouffe*

Su obra desperta un gran interés porque representa una manera poco frecuente de ejercer la filosofía política. En el debate anglo-americano sobre la justicia, realizó una intervención muy notable publicando *Spheres of Justice*. Con relación a esta discusión, se lo sitúa generalmente en el dominio de los autores llamados «comunitarios», que critican la concepción individualista del sujeto, lo cual se encuentra en los liberales kantianos. Sin embargo, usted tomó cada vez distancia respecto de esta posición. Me pregunto si no tiene más afinidades con pensadores que, como Richard Rorty o John Gray, defienden el liberalismo político haciendo al mismo tiempo la crítica del universalismo y del racionalismo. Al igual que usted, consideran la democracia moderna como tradición, pero rechazan toda tentativa de dar un fundamento metafísico a los valores democráticos.

Si se quisiera situar en un mapa a los que usted acaba de nombrar, necesitaríamos un mapa del mundo académico, no del mundo político o del «mundo real». Por eso no deseo que se inscriba en mi pasaporte «comunitario», «universalistas» o «postmodernistas». Esto no corresponde con mis posiciones.

Por otro lado, me gusta hablar de lo que soy, quizás demasiado: americano, intelectual, socialista democrática, etc. Además, no me siento cómodo con el calor comunitario y con la idea, un poco asfixiante, de que una sola comunidad puede satisfacer nuestras necesidades. Conozco mis divisiones internas y percibo los mismos signos de división en mis amigos. Lo que hace falta es una política menos apremiante—algo así como una solidaridad democrática y pluralista. Pero tal política requiere que luchemos por su advenimiento porque, si bien tiene su origen en ciertas características de nuestra tradición política, también exige que combatamos otras. Estoy lejos de pensar en instalarnos confortablemente en la tradición y el contexto cultural como un viejo en su sillón. Puedo muy bien prescindir de fundamentos teóricos, pero esto me impide buscar la unión entre la teoría crítica y la práctica política.

Aunque a menudo se oponga a John Rawls, me parece que en el plano político usted está en realidad cerca de él, ya que Rawls definió también una cierta forma de solidaridemocracia.

Siempre pensé que un socialismo democrático debería permitir el desarrollo de una vida animada por asociaciones múltiples. Las asociaciones voluntarias son una característica de la sociedad liberal: con el gobierno, su extensión y su energía representan uno de los grandes logros del liberalismo. Pero éstas siempre estuvieron limitadas a algunas clases, la mayoría de los «voluntarios» provienen de las clases medias y superiores, y reproducen muchas veces en la sociedad civil modos de dominación ya presentes en el seno del mercado o del estado.

Las fracciones populares de la sociedad, excepto cuando están organizadas en un movimiento de izquierda—obreros, derechos cívicos, feminista, etc.—son pasivas y teme-

que pumio deberían ser sus compromisos respectivos; he aquí una buena pregunta que no puede ser respondida de manera teórica sino únicamente en la práctica.

El reconocimiento del pluralismo, es ahí donde reside el carácter específico de la democracia moderna y no es sorprendente que al mismo ocupe un lugar central en su investigación. Sin embargo este término tiene significados tan diferentes que no es fácil comprender lo que usted entiende exactamente por «pluralismo».

Recurro a la noción de pluralismo en dos sentidos que no siempre son suficientemente distinguibles. En primer lugar hay un pluralismo que se refiere a los bienes sociales y a las «esferas de justicia» que éstos constituyen, con sus diferentes principios de distribución y los procedimientos que les corresponden. Existe luego el pluralismo de identidades sociales y de culturas étnicas y religiosas a partir de las cuales son engendradas. Es preciso aceptar y adaptarse a estas formas de pluralismo, ya que son inherentes a toda sociedad moderna y compleja.

Pueden ser reprimidas—al precio de la tiranía y la brutalidad—pero no pueden ser jamás eliminadas. El pluralismo de que trae la ciencia política americana y que data de los años 60, es más limitado y apolítico.

Sostiene que el poder en la sociedad americana está radicalmente fragmentado y disperso: no existe ni soberano, ni centro, ni clase dominante, ni élite en el poder; solamente ciudadanos liberales, organizados en una serie de grupos que se equilibran y ejercen sus derechos democráticos. Es una tesis que se debe examinar con precaución ya que no es evidente que la fragmentación sea un valor democrático. Desde luego, debemos a veces que el poder esté dividido, pero el objetivo de todo movimiento político serio es ganar el poder y consolidarlo con el fin de utilizarlo.

*S*u insistencia en la necesidad de dar lugar al pluralismo de culturas y de identidades le valió a menudo la acusación de «relativismo», por Ronald Dworkin, entre otros, en la polémica que tuvo con usted a propósito de *Spheres of Justice*. Según Dworkin, el objetivo de una teoría de la justicia debe ser establecer principios que sean válidos en todas partes y siempre, mientras que usted afirma que el filósofo político debe «permanecer en la caverna» y que su finalidad es interpretar para sus conciudadanos el mundo de significaciones que tienen en común.

Estoy a favor de una concepción que afirma la relatividad de la justicia distributiva. El argumento de *Spheres of Justice* es precisamente que la distribución de los bienes sociales debe ser relativa a la significación ésta poseen en la vida de las personas entre quienes se distribuirá. ¿Cómo podemos decidirnos la distribución de las prestaciones médicas, sin ocuparnos del valor atribuido a la salud y a la longevidad. De todos modos hay algo que me parece cierto: el esfuerzo para crear un socialismo liberal debe estar relacionado a una solución «liberal» de la cuestión nacional.

Un argumento utilizado muchas veces contra una perspectiva que pone el acento sobre el pluralismo de las tradiciones, es que no permite dar un fundamento a los derechos del hombre. Los presenta como el producto de una tradición particular, algo específicamente occidental, cuando se tendría que considerarlos como la expresión de un progreso moral de la humanidad, cuya evidencia debería ser aceptada por toda persona racional. Renunciar a un tal fundamento sería, al parecer, justificar la barbarie.

El lenguaje de los derechos del hombre

establecer una política de educación sin prestar atención a la importancia de la educación en una sociedad particular? Pero la justicia distributiva no es el todo de la moralidad, ni comprende el conjunto de la justicia. Cuando escribí de guerras justas e injustas, me referí a principios más universalistas, porque las guerras suceden entre sociedades y suscitaban cuestiones que van más allá de las fronteras culturales. La idea crucial, por ejemplo, de la inmunidad de los no-combatientes debe estar arraigada en el reconocimiento mutuo de una humanidad común—an si esto será expresado en lenguajes diferentes. En Europa y en Estados Unidos probablemente del derecho a la vida y a la libertad y el derecho de los pueblos de disponer de sí mismos representa, creo, una versión colectiva de ese mismo derecho.

Por lo tanto, cuando discuto sobre la justicia distributiva, apelo a las significaciones y prácticas internas de mi propia sociedad (largo, democrática). También tengo otras cosas que decir respecto a los civiles vietnamitas e irakies, kurdos, palestinos y tibetanos que apenas conozco y cuyo modo de vida es diferente al mío. A diferencia de Dworkin, no tengo la pretensión de decirles cómo deben organizar la correcta sociedad; de modo similar, darles la posibilidad de hacerlo por sí mismos. Si le hacen muy mal, me diré a Dworkin para criticarlos.

Afirmar el pluralismo de los bienes sociales y de las identidades culturales es encunciar una proposición a la vez particularista y universalista. Es reconocer la existencia de la diferencia en todas partes. El reconocimiento es universal mientras que lo que se reconoce es local y particular. Esto podría ser considerado como un universalismo o reiterativo: la creación de bieles y de identidades se produce constantemente y nunca de la misma manera. Si bien conviene valorizar la creatividad y respetar sus frutos, es igualmente necesario resguardar algunos límites a estos procesos sociales de creación, ya que sus protagonistas no deben imponer sus propias concepciones de la política o de la cultura. Autores como Habermas o Ackerman consideran que, a partir de estas obligaciones, debería ser posible producir el conjunto de la moralidad de manera que los diferentes procesos de creación conduzcan a un mismo y único resultado. No es solamente la tolerancia lo que defiendo sino también la idea de que todas las cosas humanas son necesariamente parciales e incompletas. Hay un antiguo refrán judío sobre la ley de Dios que dice «Dale vueltas y dale vueltas, todo está en ella». Quizá, Pero nosotros no seremos nunca capaces de extraer el «todo».

Examinemos un poco este retorno de viejos antagonistas, este tribalismo a la vez antiguo y nuevo. La izquierda nunca comprendió a las tribus. Ahora es claro que gran parte de la obstinación, de la resistencia pasiva pero penetrante que erosionan los regímenes totalitarios del Este provienen de pasiones y lealtades de naturaleza acentuadamente particularistas. Deberíamos somosprendernos del poder de este particularismo. Fue reproducido décadas tras década, a través de varias generaciones, sin ningún apoyo de los organismos oficiales de reproducción social como son las escuelas y los medios de comunicación. Me imagino a los ancianos contándole cosas a sus nietos. No soy partidario de llevar a cabo un combate político contra esa gente. Dejémosle contar sus historias públicamente. Lo que tiene de positivo será reforzado; lo negativo, lo fanático, lo que es sólido resentimiento será expuesto a la crítica. En la medida en que ellas no implican ninguna injusticia hacia los que relatan historias diferentes, se debe permitir que estas historias se realicen. Para esto necesitará mucha creatividad y arte político, además de una gran variedad de disposiciones institucionales—decentralización, autonomía local, federalismo, etc.—. Quizá lo que sucedió con la religión en Ossie llegó finalmente con el nacionalismo en el Este: el hecho de dar lugar a las diferencias minará poco a poco las bases del odio y del fanatismo. De todos modos hay algo que me parece cierto: el esfuerzo para crear un socialismo liberal debe estar relacionado a una solución «liberal» de la cuestión nacional.

*E*l desafío que enfrentamos, tanto en el Este como en Europa y los Estados Unidos, es de una nueva concepción de la



ciudadanía. La cuestión se plantea de manera diferente, pero es lo mismo lo que está en juego: ¿cómo coexistir el reconocimiento del pluralismo étnico, religioso y cultural con el pertenecer a una comunidad política democrática cuyos principios políticos son la afirmación de la libertad y la igualdad para todos? Sobre este punto la tentativa de los autores comunitarios de recuperar el aspecto activo de la ciudadanía que se encuentra en el republicanismo clásico responde a una necesidad real. El problema es que su concepción de la ciudadanía da lugar a un pluralismo. Pero la visión liberal que presenta la democracia exclusivamente como un conjunto de procedimientos es del todo insuficiente, ya que la democracia moderna no es neutra con respecto a los valores. Si no logramos que se acepte su dimensión normativa, ético-política, dudo que seamos capaces de resistir a las fuerzas centrifugas del particularismo.

En el pensamiento de izquierda se encuentra a menudo la idea, que viene de Rousseau, de que la ciudadanía debe ser concebida como un compromiso total y exclusivo, el ciudadano como un sujeto que no está dividido y cuyo impulso hacia lo general estaría garantizado por una cultura homogénea y una religión civil. Tal punto de vista hace de la política algo demasiado fácil (en realidad Rousseau era enemigo de la política; se oponía a sus divisiones y a su agitación). De manera más peligrosa aun, esto sugiere que los dirigentes políticos deberían reprimir y transformar a los sujetos divididos que ellos encuentran en las sociedades contemporáneas. Me parece que deberíamos más bien considerar a la ciudadanía como una de nuestras obligaciones, entre otras, atribuyéndole un carácter crucial porque nos sirve de mediadora con las otras obligaciones y nos permite obrar de manera transversal. La comunidad política es un dominio de acción común en vista de objetivos comunes. Estos objetivos no comprenden el conjunto de la vida; no se encuentran en la política ni en la salud, ni en la realización del ser, ni en el amor. No obstante, es bueno para los hombres y las mujeres trabajar unidos para dar forma a las diferentes modalidades de su coexistencia; encontrarse, discutir, deliberar y decidir. Importantes capacidades humanas son iniciadas en tal ejercicio y precisamente las dificultades que encontramos nos deben convencer de su valor.

Examinemos un poco este retorno de viejos antagonistas, este tribalismo a la vez antiguo y nuevo. La izquierda nunca comprendió a las tribus. Ahora es claro que gran parte de la obstinación, de la resistencia pasiva pero penetrante que erosionan los regímenes totalitarios del Este provienen de pasiones y lealtades de naturaleza acentuadamente particularistas. Deberíamos somosprendernos del poder de este particularismo. Fue reproducido décadas tras década, a través de varias generaciones, sin ningún apoyo de los organismos oficiales de reproducción social como son las escuelas y los medios de comunicación. Me imagino a los ancianos contándole cosas a sus nietos. No soy partidario de llevar a cabo un combate político contra esa gente. Dejémosle contar sus historias públicamente. Lo que tiene de positivo será reforzado; lo negativo, lo fanático, lo que es sólido resentimiento será expuesto a la crítica. En la medida en que ellas no implican ninguna injusticia hacia los que relatan historias diferentes, se debe permitir que estas historias se realicen. Para esto necesitará mucha creatividad y arte político, además de una gran variedad de disposiciones institucionales—decentralización, autonomía local, federalismo, etc.—. Quizá lo que sucedió con la religión en Ossie llegó finalmente con el nacionalismo en el Este: el hecho de dar lugar a las diferencias minará poco a poco las bases del odio y del fanatismo. De todos modos hay algo que me parece cierto: el esfuerzo para crear un socialismo liberal debe estar relacionado a una solución «liberal» de la cuestión nacional.

Es indispensable aceptar que una política democrática verdaderamente pluralista debe admitir el carácter relativo, siempre precario e inconcluso de las soluciones que aportamos al problema de nuestra coexistencia. Por eso, en una sociedad democrática, no puede haber una respuesta única y definitiva al tema de la coexistencia. Siempre habrá intereses y perspectivas diferentes que conciernen a la manera cómo los principios de libertad e igualdad deben ser institucionalizados y a las relaciones sociales a que deben aplicarse. De ahí la utilidad de prender alegar la respuesta «racional» a este problema.

Es exactamente lo que pienso y la razón de todo lo que escribí sobre la justicia y la crítica social: son objetos por objeto establecer un marco de interpretación, indicar lo que debemos interpretar y en qué consiste el proceso de interpretación. Mis críticos se quejan de que no ofreczo un método definitorio para elegir entre inter-

pretaciones contradictorias. Pero tal método no existe. El hecho de elegir es un proceso social—una mezcla de argumento, retórica manipulación, presión y obligación—. La tarea de los intelectuales se refiere a una parte de este proceso; presentamos los mejores argumentos que podemos, sin pretender que son algo más que parciales e incompletos. Afirman que se logró encontrar la solución final, formular la interpretación única, racional y necesaria, conduciendo a justificar la coerción. Debemos ser no sólo tolerantes sino humildes. Los crímenes de la izquierda a lo largo del siglo tienen mucho que ver con la arrogancia intelectual. (Los crímenes de la derecha tienen un origen materialista: en la codicia y el egoísmo colectivo).

Es la causa por la cual desconfío de un cierto tipo de filosofía política que se esfuerza en proporcionar argumentos irrefutables para la democracia, de fundarla en la naturaleza humana o en la Razón universal. Tal deseo de acceder a la respuesta racional de la conciencia humana es la expresión de una peligrosa voluntad de dominio que va en contra del pluralismo constitutivo de la democracia moderna. Esto es necesario de naturaleza conflictiva y excluye la posibilidad de alcanzar un consenso definitivo. No podemos escapar a la división y al antagonismo y es verdad que la política es nuestro destino.

Si, la política es permanente. Los choques entre intereses, valores y creencias no tienen fin. La libertad y el pluralismo, en lugar de abolirlos, tienen como efecto intensificarnos porque hacen entrar en la arena un mayor número de personas; legitiman una diversidad mayor de intereses, valores y creencias y dividen el poder y la autoridad. Es posible que, si logramos eliminar las formas de opresión, las más flagrantes, tendremos más placer en la conciencia; en cambio, tendremos más placer en la confrontación, de la cual Rousseau era enemigo de la política; se oponía a sus divisiones y a su agitación. De manera más peligrosa aun, esto sugiere que los dirigentes políticos deberían reprimir y transformar a los sujetos divididos que ellos encuentran en las sociedades contemporáneas. Me parece que deberíamos más bien considerar a la ciudadanía como una de nuestras obligaciones, entre otras, atribuyéndole un carácter crucial porque nos sirve de mediadora con las otras obligaciones y nos permite obrar de manera transversal. La comunidad política es un dominio de acción común en vista de objetivos comunes. Estos objetivos no comprenden el conjunto de la vida; no se encuentran en la política ni en la salud, ni en la realización del ser, ni en el amor. No obstante, es bueno para los hombres y las mujeres trabajar unidos para dar forma a las diferentes modalidades de su coexistencia; encontrarse, discutir, deliberar y decidir. Importantes capacidades humanas son iniciadas en tal ejercicio y precisamente las dificultades que encontramos nos deben convencer de su valor.

Es indispensable aceptar que una política democrática verdaderamente pluralista debe admitir el carácter relativo, siempre precario e inconcluso de las soluciones que aportamos al problema de nuestra coexistencia. Por eso, en una sociedad democrática, no puede haber una respuesta única y definitiva al tema de la coexistencia. Siempre habrá intereses y perspectivas diferentes que conciernen a la manera cómo los principios de libertad e igualdad deben ser institucionalizados y a las relaciones sociales a que deben aplicarse. De ahí la utilidad de prender alegar la respuesta «racional» a este problema.

Es exactamente lo que pienso y la razón de todo lo que escribí sobre la justicia y la crítica social: son objetos por objeto establecer un marco de interpretación, indicar lo que debemos interpretar y en qué consiste el proceso de interpretación. Mis críticos se quejan de que no ofreczo un método definitorio para elegir entre inter-

* Chantal Mouffe es directora de programa en el Colegio Internacional de Filosofía y cultura con Ernesto Laclau de *Hegemony and Social Strategy: Towards a Radical Democratic Politics* (1985). Es la responsable del volumen colectivo *Dimensions of Radical Democracy: Pluralism, Citizenship, Community*, a editar en breve (Verso, Londres).

TRANSFORMACIONES

El mundo ha cambiado sustancialmente

Líneas de fuerza en la globalización y desafíos al socialismo

Julio Godío

El mundo ha cambiado sustancialmente: la globalización como núcleo del proyecto socialista

La década de los noventa presenta un cuadro preciso de crecimiento de las economías de los países desarrollados: ha comenzado un nuevo ciclo de acumulación de capital. La inversión se realiza principalmente a través de las innovaciones tecnológicas: la microelectrónica y la microinformática se expanden en todos los sectores de la economía. Se trata de una onda larga de nueva expansión capitalista mundial. La recuperación del crecimiento de las economías de los países desarrollados ha generado dos tipos de desequilibrios coyunturales: a) el sometimiento de los mercados financieros, para financiar las inversiones; y b) el retroceso de los salarios reales y la caída de los niveles de empleo para facilitar el proceso de reconversión productiva. Estos fenómenos coyunturales son más fuertes en la economía norteamericana, lo que ha generado un cuadro de recepción dentro del crecimiento global de las economías de los países capitalistas desarollados.

Se desarrolla un rápido proceso de conformación de grandes regiones económicas: Norteamérica, la CEE y Japón-Cuenca del Pacífico. Este proceso de conformación de grandes regiones económicas pasa actualmente por una fase de desordenes financieros y re-equilibrios de esferas de influencia, pero el proceso de acumulación de capital es constante. En este contexto, la guerra de Kuwait, ganada por una coalición organizada por los EU, bajo la tutela de la ONU y con la colaboración de la ex-URSS, indica que la voluntad política de cooperación entre los países desarrollados es sólida, lo cual ha tenido efectos directos sobre la economía mundial al estimular la reactivación de los mercados. Los desembolsos de los países de la coalición a los EU y la reconstrucción de Kuwait constituyen un elemento de orden en el desorden coyuntural. Se está construyendo —bajo la hegemonía del capitalismo— el llamado “mundo uno”. Este se está organizando a través de un aglutinador común: el desplome y desarticularización de la ex-URSS y la tendencia en los países del Sur a ser sucedidos en la economía global. Sin embargo, el cuadro político del “mundo uno” no es unipolar —aun cuando la preponderancia militar de los EU es evidente— sino un mundo multipolar, articulado alrededor de grandes espacios económicos regionales, cada uno de los cuales intentará extender sus líneas de penetración en las zonas que parecen quedar fuera de esos espacios: África negra y

China.

La segmentación de la economía mundial en espacios regionales no significa una solución para los países dependientes y atrasados del Sur, en tanto incluye nuevas formas de explotación. Es evidente que, para protegerse e insertarse en la economía global, los países del Sur deberán implementar políticas de industrialización integradas con la producción local agropecuaria, desarrollar sus mercados internos, proteger selecciónativamente actividades productivas estratégicas y compatibilizar esas políticas con la reinserción dinámica en la economía global. Si la “época del imperialismo” ha terminado, no ha finalizado la tarea histórica de conquistar las autonomías regionales y construir economías mixtas integradas en los países del Sur. La disolución del viejo colonialismo no ha cambiado en lo sustancial los términos de dominación del centro sobre la periferia: intercambio desigual, transferencia financiera en beneficio de los países del Norte; estructura del comercio exterior basada en exportaciones de materias primas e importación de bienes industriales, etc. El peso de la deuda externa en muchos países del Sur ha hecho en estos países incompatible impulsar políticas de ajuste con políticas de inversión.

La formación de la llamada economía global podría constituir un gran salto hacia adelante, en tanto la interdependencia económica es el factor de progreso. Pero esa economía global se está constituyendo sobre la base de políticas neoliberales que introducen la lógica del llamado “mercado libre” en los países del Sur. El “mercado libre” de hoy es el viejo mercado libre que en el pasado condujo a los países industrializados a crisis económicas, violentos con-

flictos sociales y guerras mundiales. Por tanto, la introducción del mercado libre conducirá en los países del Sur a una mayor segmentación de las economías nacionales y una creciente polarización entre pequeños grupos sociales de altos ingresos y enormes grupos sociales afectados por la pobreza y el desempleo. El neo-fundamentalismo que se extiende en los países árabes expresa —parcialmente— ese rechazo a la desestabilización del “mercado libre” y puede extenderse a otras regiones del Sur, dando cohesión ideológica a movimientos naciona-

tales, derecho a la cooperación política entre los países del Sur para presentar sus demandas en las instituciones y foros internacionales, derecho a desarrollar sus culturas regionales y nacionales y a la integración subregional, derecho a la preservación de sus recursos naturales, etc. El socialismo deberá hacerse cargo de la tarea de impulsar una nueva identidad político-cultural en los países del Sur. El “mundo uno” convoca a todos los países a participar en el “mundo global”, será entonces tarea del socialismo encabezar acciones para una presencia definida en los países del Sur en esta nueva época histórica. Olié originariamente en muchos países violentas confrontaciones políticas entre bloques nacional-populares y fuerzas conservadoras y neoliberales. Es previsible que esos bloques nacional-populares ya no serán dirigidos por fuerzas “marxistas-leninistas” sino por fuerzas con discursos ideológicos de modernización económica, autoritarismo-nacionalismo abierto en la década del veinte, que condujo a cerrar el camino a la secularización de las sociedades orientales.

Es evidente que la economía de “mercado libre” tiene efectos negativos en el Sur, que es necesario combatir; fragmenta el mercado de trabajo, dejando afuera a los trabajadores que no consiguen incorporarse a los sectores de producción de bienes transables (economías de exportación); fortalece a grupos económicos monopólicos industrial-financieros y desarticula la red de la pequeña y mediana industria que provee la principal oferta de empleo; extiende la agroindustria, excluyendo las economías campesinas, y fomenta la cultura del darwinismo social. El neoliberalismo es incompatible con la democracia política, en tanto hace imposible la construcción de democracias políticas, económicas y sociales.

La formación de la llamada economía global bajo la hegemonía cultural del neoliberismo ha generado una seria confusión ideológica en los países del Sur, en los

dado cuenta con las premisas y pueda asociar el ideal socialista con la construcción de una sociedad de ciudadanos que haga compatible la libertad con el bienestar social masivo.

El punto de partida para la reconstrucción de la teoría socialista reside —*sine qua non*— en aceptar que las actuales transformaciones generadas por la globalización de la economía y la tercera revolución industrial constituyen el componente “material” de una nueva fase del proceso histórico de modernización capitalista.

El paso de la sociedad cerrada medieval a la sociedad “abierta” capitalista es lo que ha permitido no sólo el desarrollo constante de las fuerzas productivas, sino también la constitución de la sociedad civil como entidad diferenciada del poder político.

La sociedad civil “burguesa” occidental ha constituido un conjunto de “fortalezas y casamatas”—en el sentido de Gramsci— que la hace refractaria a las tendencias autoritarias provenientes del poder político. En “Occidente”—es decir en el conjunto de países capitalistas desarrollados— la tendencia dominante es la secularización de la sociedad y la política y la tendencia totalitaria es secundaria. Esto no excluye una permanente tensión entre ambas tendencias en el interior de esas sociedades, como lo demuestra actualmente la confrontación en Europa entre las fuerzas políticas democráticas y manifestaciones neofascistas y regionalistas-racistas (lepenismo en Francia, Ligas regionales en Italia, etc.).

La formación y desarrollo del movimiento obrero ha significado un saldo histórico general para la humanidad, en tanto ha permitido a las clases subalternas y naciones oprimidas, entrar en la escena de la historia y establecer líneas de fuerzas de renovación de las sociedades. Dentro de este cuadro histórico de renovación de las sociedades debe ser ubicada la Revolución de Octubre, la lucha de la URSS contra el fascismo y las grandes revoluciones independientes de ese siglo dirigidas por partidos marxistas. Pero a la larga el sistema soviético bloqueó el proceso de secularización de la sociedad civil, al sacralizar al marxismo y reinstalar el dominio del estado sobre los ciudadanos. En la ex URSS el stalinismo bloqueó el paso de una sociedad de “subditos” a una “sociedad de ciudadanos”, lo cual determinó que el sistema soviético fuese —como “resultado histórico”— una muralla a la modernización, excepto en las metas del complejo militar-industrial. La frustrada experiencia soviética reinstala —paradójicamente— la idea marxista de que el socialismo es heredero y superación de la civilización capitalista. Pero esta civilización se basa en tres pilares: individualismo, liberalismo y racionalismo.

En consecuencia la reconstrucción de la teoría socialista supone considerar a esos valores valores como “piso cultural” en el cual el socialismo debe “apoyarse” para dotar a sus propuestas de una sociedad solidaria e igualitaria de contenidos concretos, conservando el aspecto revolucionario del individualismo, el liberalismo y el racionalismo. De este modo el socialismo hace suyo el concepto de modernización que es lo mismo que decir que recupera su capacidad potencial para liderar el progreso histórico.

Profundizar la democracia como guía estratégica del socialismo



“desplome del socialismo real no significa la desaparición del socialismo, en tanto la teoría socialista considera a ese sistema desaparecido como un acto de experimentación histórica operado no sólo sobre sociedades concretas sino sobre la misma teoría.”

El socialismo deberá hacerse cargo de los componentes de progreso económico, social y político inherentes a la experiencia soviética, para poder clausurar con fundamentos el debate con el marxismo-leninismo-stalinismo abierto en la década del veinte, que condujo a cerrar el camino a la secularización de las sociedades orientales.

La premisa básica que exige la construcción del socialismo es la secularización “completa” de la sociedad posindustrial informatizada. Por eso queda claro que el eje estratégico del socialismo debe ser la profundización de la democracia. Este concepto no se refiere exclusivamente a la democratización de la política, aquella que contiene como una de sus determinaciones específicas; se refiere a una forma de pensar el socialismo como ejercicio pleno por la sociedad de las expectativas diferenciadas que genera la modernización, el mercado y la secularización en el capitalismo. Esas expectativas se refieren a la necesidad de libertades y las “capacidades” bloqueadas por las exclusiones y desigualdades inherentes a las modalidades de secularización capitalista, en las condiciones de la “sociedad posindustrial informatizada”. La opción entre capitalismo o socialismo se encuentra en cuál de esas alternativas resulta más “fácil” en términos económicos, sociales y culturales para provocar “procesos de autorevolu-

ación”.

a) Consolidación de un territorio social en el cual se concentren los trabajadores beneficiados por la reconversión productiva y cambios tecnológicos. En este terreno social la demanda principal de los trabajadores se plantea en el campo de la participación en el sistema de decisiones en la empresa.

La introducción de nuevas tecnologías informatizadas blandas y duras ha modificado la organización y la estructura del trabajo asilariado, dando lugar por un lado a la formación de equipos de producción/servicios como “célula organizativa” y la

constitución de puestos de trabajo “polivalentes”. La formación del equipo y la cualificación polivalente del trabajo incentivan las potencialidades de participación en la gestión por los trabajadores, en tanto la competencia entre los equipos se constituye en el fundamento de la productividad y la “calidad total”. Pero esa potencialidad de gestión es limitada por la autoridad empresarial. En consecuencia, los sindicatos, para conservar su fuerza no sólo necesitarán adecuar sus formas organizativas a las nuevas formas de organización del trabajo, sino además colocar en el centro de sus programas la cogestión de los obreros, empleados y técnicos desde el puesto de trabajo a la gestión estratégica de la empresa. La exigencia sindical de participación de los trabajadores en la gestión —llevando como experiencias piloto las existentes en la RFA, Italia, países escandinavos y otros— constituye un aspecto fundamental de la profundización de la democracia, porque está dirigida a democratizar en la base del sistema —la empresa— a la sociedad posindustrial informada.

La humanización del trabajo, objetivo que históricamente se ha articulado a partir de la mejora en las condiciones de trabajo, encuentra en la demanda de la cogestión su fundamento político-técnico abarcativo. La cogestión, al cuestionar la autoridad capitalista excluyente, se constituye en el fundamento político “nuclear” para la socialización del sistema de gestión desde la empresa hasta el sistema de decisiones macroeconómico.

b) El feminismo es otro componente esencial de una concepción socialista renovada. El feminismo, al criticar las instituciones que determinan la subordinación y explotación de la mujer —la familia “patrilineal”, la distribución de los puestos de trabajo, el acoso sexual en las empresas y el marginamiento de los órganos de decisión en la sociedad política, etc.— desarrrolla una cultura “antimachista” basada en los valores de la igualdad entre géneros. El feminismo como movimiento socio-político articula una vasta heterogeneidad de expectativas de género socio-laborales, políticas, etc. La potencialidad del movimiento feminista reside en que se expande desde la exigencia de la fijación de un cuerpo de derechos propios de la mujer en el ámbito de los derechos civiles (formalmente focalizados en los sistemas jurídicos occidentales) hasta el cuestionamiento de los roles diferenciados en la estructura de la familia. El feminismo es potencialmente revolucionario porque cuestiona contenidos machistas de los sistemas jurídicos y el carácter masculino de la administración de justicia, a partir de la crítica a la institución en que se sustentan todas las discriminaciones de género: la familia “patrilineal” tradicional. El feminismo es una cultura revolucionaria que irá extendiéndose entre diferentes estratos del género, produciendo un vaciamiento progresivo de los ancestrales símbolos de “superioridad” del género masculino. En este aspecto el feminismo es un constituyente esencial de un programa socialista de democratización de la sociedad posindustrial.

c) La ecología se está constituyendo en fundamento de diversos movimientos sociales de crítica a las modalidades de configuración de la “economía global”, en tanto esos movimientos establecen parámetros inflexibles para combatir la destrucción del medio ambiente (degradación biogénica de la naturaleza, estructuras productivas polucionantes, uso extensivo de la energía

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Cursos de Posgrado

La lógica y el descubrimiento científico

Profesores: Cecilia Hidalgo y Federico Schuster
Horario: Martes de 18 a 20
Duración: 8 reuniones
Inicia: 4 de agosto de 1992

Problemas de epistemología en ciencias sociales

Profesores: G. Klimovsky, E. Mari, C. Hidalgo, R. Borello,
F. Schuster y F. Naishat
Horario: Jueves de 18 a 20
Duración: 12 reuniones
Inicia: 6 de agosto de 1992

Informes e inscripción: Facultad de Ciencias Sociales (UBA) - M. T. de Alvear 2230, 1er piso, Oficina 107, de lunes a viernes de 14 a 19.
Tel.: 961-9212/8048/5956/9978/6630, Internos 212 y 234



NUEVA SOCIEDAD

Director
ALBERTO KOSCHÜTZKE

Jefe de Redacción
SERGIO CHEJFEC

SUSCRIPCIONES
(Incluye flete aéreo)
ANUAL (6 Nros.)
América Latina US\$ 20
Resto del mundo US\$ 30
Venezuela Bs. 300

BIENAL (12 Nros.)
US\$ 35
US\$ 50
Bs. 500

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.
Dirección: Apartado 61712 - Chacarita 1060-A. Venezuela.
Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

ENSAYO

Promesa y paradoja en el triunfo de la democracia

Tulio Halperin Donghi*

E l signo más dramático de esta transición es sin duda el derrumbe espontáneo del "socialismo realmente existente", que más allá de abolido el experimento social lanzado en 1917 confirmó el imperio de una casi invencible fatiga colectiva frente a cualquier aspiración al cambio radical; la celebración del segundo centenario de la Revolución Francesa, en las vísperas mismas de ese derrumbe, reflejaba ya de modo casi embrionario ese mismo temor colectivo. La influencia que ese conservadurismo esencial tuvo sobre el repudio del más sistemático esfuerzo jamás lanzado por cambiar la sociedad desde el poder se expresa muy bien en una frase muy oída en Alemania del Este durante el vertiginoso proceso que llevó a la unificación, frase que respondía a la propuesta de comenzar de nuevo, afuera en un marco de libertad, la búsqueda de una alternativa socialista al capitalismo, proclamando: "Tenemos una sola vida y no queremos seguir empleándola en servir de conejillos de Indias".

Un templo como el actual sólo encuentra paralelo en lo que conoció Europa después del derrumbe del imperio napoleónico, ese heredero infeliz de la Revolución Francesa cuya derrota fue percibida, sin embargo, como la bancarrota final de ésta. Sin duda ese paralelo es menos perceptible debido a la precoz esclerosis del orden socialista, reducido en tres cuartos de siglo a un dérpido *ancien régime* incapaz de sobrevivir a desafíos ciertamente más duros que el toma de la Bastilla. Pero la insurgencia contra ese *ancien régime* no estaba sostenido por ningún aliento revolucionario; la dinamizaba en cambio la nostalgia de otro *ancien régime* más auténtico y sobre todo más eficaz.

Y de nuevo como en 1815 ese conservadurismo encuentra expresión en la centralidad reconocida al principio de legitimidad, en cuya defensa las Naciones Unidas parecen dispuestas a poncer hoy más energía militante que antecayer las reunidas en la Santa Alianza.

H ay, con todo, una diferencia notable con la Europa de la Restauración; mientras entonces lo que movilizó a todas las alarmas era la noticia de que tal o cual capital europea había proclamado la Constitución de Cádiz, hoy es la amenaza a las instituciones democráticas la que tiene ese poder movilizante. Sin duda la devoción que ha vuelto a profesarse no siempre halla fácil volcarse en acciones eficaces (basta comparar el celo desplegado para restaurar en Italia una legitimidad estrechamente dinástica con la mucho menor prisión puesta para correr en socorro de la que, basada en la expresión de la voluntad popular, acaba de ser arrasada en Haití para advertir cómo siguen estando las cosas). Ello no impide que un temple colectivo radicalmente conservador busque su definición política mediante la identificación intrínseca con una solución en su origen celebrada o temida como un instrumento eficaz de las aspiraciones revolucionarias de las mayorías.

Sin duda, una continuidad superficial entre las expresiones de esa identificación actual y las invocaciones polémicas de los valores de la democracia liberal en el marco de la guerra fría, hace menos fácil percibir lo que la situación tiene de radicalmente nuevo. Hay, sin embargo, una diferencia esencial entre la actitud de hoy y la vigente hasta ayer: en el marco de la guerra fría el culto de los valores liberaldemocráticos no tenía como corolario la exigencia de verlos regir en todo lo que se llamaba el mundo libre; al proponer como criterio alternativo de la legitimidad democrática demasiado literalmente entendida, la distinción entre regímenes autoritarios y totalitarios, la señora Jeane Kirkpatrick no hizo sino ofrecer base teórica para una práctica ya mu-

El año 1992, que parecía un año destinado a la conmemoración de lo que ya no nos atrevemos a llamar el descubrimiento de América, y en su dimensión más actual a la consumación de la unidad económica europea, ha venido a quedar además engolfado del modo más inesperado en una vertiginosa transición entre dos épocas históricas; quienes la vivimos advertimos tan bien como Goethe en el campo de Valmy que estamos cruzando un umbral significativo en la experiencia colectiva de la humanidad.

arrágala.

Es que mientras hasta ayer se trataba de evocar la lealtad al ideal liberal corporizado en los regímenes de democracia representativa, a fin de ganar el apoyo de las masas para un orden social fuertemente desigual, frente a un rival que proclamaba su lealtad prioritaria por la igualdad, hoy es la adecuación del marco institucional ofrecido por la democracia a un orden socioeconómico que (así sea sin entusiasmo) las mayorías han terminado por preferir a cualquier alternativa efectivamente disponible la que hace a la democracia liberal universalmente atractiva. Las metamorfosis del que fue campo socialista ofrecen una imagen especular del mismo despliegue: felíen en su lecho de agonía a la noción del carácter superestructural de la política, el socialismo soviético se resignó al *glasnost* porque reconoció en él el precio necesario de la *perestroika*, y cuando el fracaso de ésta dejó como única alternativa, todavía abierta, la ofrecida por la economía pídicamente llamada de mercado, el remplazo del estado-partido por la democracia representativa se impuso como corolario político inevitable del incansable retorno al capitalismo.

Momentos como éste, en que la historia parece haber entrado en una curva decisiva, son los que ponen nervioso al historiador de hoy, consciente de que la solennidad de la hora incita a preguntas que —a diferencia de sus colegas del siglo pasado— no se cree capaz de contestar. La que encuentra más temible es, desde luego, la que inquire a dónde vamos desde aquí, cuando sus modestos dones, entre los cuales no se cuenta, por cierto, el de profecía, sólo lo habilitan en el mejor de los casos para explicar cómo llegamos hasta aquí.

Ni aun esta última tarea se anuncia en este caso demasiado fácil. Lo que se trata de entender es, en efecto, el casi milagroso rejuvenecimiento de una fe política cuya progresiva decadencia venía siendo anunciada, y denunciada, ya por más de un siglo. El argumento que aquí se ha de desenvolver es que ésta es una de las consecuencias de una mutación política muy reciente, que, sólo parcialmente triunfante en el primer mundo, ha sabido sin embargo sacar ventaja tanto de las flaquezas como del vigor que el orden capitalista despliega en el marco de una coyuntura necesariamente efímera para librarse victoriamente la batalla definitiva en el campo hasta ayer poco propicio del segundo y tercer mundo.

La primera etapa de reconstrucción avanzó así bajo el

Esa mutación política viene a reaccionar ante el fin de la más larga y lozana de las primaveras que conoció el capitalismo en su entera trayectoria, la que transcurrió entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el primer aforamiento, al comienzo mismo de la década de 1970, de las dificultades que iban a derivar vertiginosamente hacia la primera crisis del petróleo. Durante ese cuarto de siglo el mundo noratlántico, que en 1945 era aún casi lo mismo que el primer mundo, dejó atrás una insuperable breve etapa de reconstrucción de posguerra, introduce o completa las estructuras del *welfare state* y avanza en la transición de éste hacia una sociedad de consumo. Esos triunfos son los que desvaloriza el conservadurismo hoy triunfante como frutos necesariamente efímeros de la deliberada contaminación de los principios del liberalismo político y económico, únicos capaces de asegurar la felicidad eterna en esta tierra. Es preciso admitir que —se comparta o no la conclusión negativa— la caracterización de las soluciones que subyunden esa etapa de incomparable prosperidad no podría ser más justa.

Hay excelentes razones para que la reconstrucción de posguerra no se inaugure bajo el signo de una democracia liberal restituida a su perfil clásico. Una, aunque circunstancial, no es anecdótica: la victoria democrática fue sólo posible gracias a la contribución de una autopropaganda demócrata que no tenía nada de liberal; la necesidad de mantener un lenguaje común con la URSS estalinista incitaba entonces a subrayar los motivos genéricamente democráticos antes que los liberales. Pero el eclipse de la dimensión liberal reflejaba una reacción de más antigua data frente a la trayectoria de las sociedades desarrolladas. A partir de la crisis de 1929 sólo la intervención del estado se había mostrado capaz de atenuar sus devastadoras consecuencias, y ello tanto más efectivamente cuanto más sistemáticamente se la practicaba; así, la Alemania nacionalsocialista conció una recuperación más rápida y completa que la alcanzada por Estados Unidos bajo la inspiración, mienas audaz del *New Deal*. La guerra confirmó la misma lección: durante ella los Estados Unidos entraron en una vertiginosa expansión, mientras el estado se constituyó no sólo en árbito cada vez más activo, sino en agente de primera fila de la actividad económica. Mientras la justificación por la eficacia constantemente invocada por los defensores del capitalismo perdió así buena parte de su fuerza, también la propia hostilidad a la acción estatal por parte de agentes económicos que se habían resignado primero a aceptarla tan sólo como una solución de emergencia, pero habían tenido ya ocasión de reconciliarse mejor con ella al descubrir que, bajo la égida del estado, se le abrían nuevos campos para su búsqüeda del provecho.

Por todas esas razones, al abrirse la posguerra el activismo económico estatal no corrió riesgo de ser puesto en tela de juicio, pero esas mismas razones hacían dudoso que él alcanzase el sentido inequívocamente renovador y aun revolucionario que sola reconocebrse en las propuestas políticas entonces populares. Mientras en Estados Unidos, como de costumbre menos atraídos por innovaciones ideológicas, ellos tuvieron expresión en el *Fair Deal* propuesto por el presidente Truman, suerte de *New Deal* para tiempos próximos que se preocupaba menos de revitalizar la economía que de expandir el *welfare state*, en las naciones vencedoras pero maltratadas de Europa occidental esa misma expansión del *welfare state*, complementada con algunas nacionalizaciones, era presentada de modo ideológicamente más ambicioso como la solución capaz de integrar las exigencias liberales de Occidente con las igualitarias proclamadas por la URSS.

Las diferencias entre las estrategias de desarrollo

signo de un reformismo dispuesto a avanzar hacia el umbralismo de la revolución, en el marco de una democracia rejuvenecida por el retorno a sus fuentes: François Mauriac, el devoto novelista borgoñón, reflejaba muy bien el templo de la hora en tanto proponía restaurar el lema originario de la Revolución Francesa; puesto que, gracias al heroísmo de la Resistencia, Francia había resumido en plenitud el compromiso revolucionario, era de nuevo hora de proclamar "libertad, igualdad, fraternidad o muerte".

E l lema expresaba muy bien la intención de utilizar el plazo de gracia que su victoria había concedido a la democracia liberal para encarar la metamorfosis radical que ésta necesitaba para sobrevivir. ¿Cuáles eran en efecto las insuficiencias que era urgente corregir? Por más de un siglo, mientras algunos de sus críticos habían achacado a la democracia liberal haber privado de mordiente a su exigencia igualitaria ante la ley, todos ellos la habían acusado de agravar la fragmentación y vaciamiento de sentido de la experiencia del hombre en sociedad, al rehusarse a afrontarla en su totalidad para enajenar al hombre a la figura abstracta del ciudadano, en una manipulación complementaria a la que lo enajenaba a la figura igualitaria abstracta del protector asistido. Con la igualdad reducida a una abstracción y la fraternidad ignorada aún como exigencia, también la libertad quedaba así reducida a un vacío simbólico.

Tomada literalmente, la reformulación radical del credo democrático postulaba cambios revolucionarios y no se esperaría verla apoyada por el consenso casi unánime de las sociedades divididas por firmes fronteras de clase. Si ese consenso pudiera surgir, no tan solo porque después de los cataclismos pasados pocas creencias podrían retomar sin más la situación previa a la revolución, sino más aún —como se ha sugerido ya— porque prometía la redención final de la humanidad como resultado de algo mucho más modesto que una revolución radical: las nacionalizaciones de la inmediata posguerra en el Reino Unido y Francia, y la creación y ampliación del *welfare state* establecían marcando ya un rumbo que bastaba con continuar sin sobresaltos para alcanzar esa meta.

La apertura al cambio revolucionario fue sólo veleidad de un momento: sin duda las corrientes políticas dominantes en Europa occidental —la socialdemocracia tanto como la democracia cristiana— mantenían reservas ideológicas frente a la concepción liberal de la democracia, pero para buscar apoyos invocaban menores esas reservas que su superior eficiencia para administrar una experiencia sociopolítica que se desenvolvía en el marco de una democracia liberal y capitalista, sin duda retocada en algunos aspectos significativos, pero no en los fundamentales. El éxito mismo de la reconstrucción de posguerra agregó vigencia a esa reorientación conservadora: así en el Reino Unido, la oposición conservadora logró desplazar el laborismo identificándose audazmente con el nuevo equilibrio político y social, que acusaba a los laboristas de estar dispuestos a sacrificar a nuevos experimentos utópicos; basta el liderazgo de Harold MacMillan, los *tories* iban a vencer una vez y otra con el lema *you never had it so good* (usted nunca lo pasó tan bien como ahora); en el continente la misma identificación con el *status quo* expuso más tarde, más contundente en la fórmula que dio la victoria, tantas veces como fue necesario, para haber tenido ya ocasión de reconciliarse mejor con ella, a la coalición liderada por Konrad Adenauer en Alemania del Oeste: *keine experimente* (nada de experimentos).

Mientras en Europa occidental revolucionarios y conservadores describían que para sobrevivir debían reivindicar su perfecta identificación con un orden socioeconómico que sus principios les impedían aprobar sin reservas, en Estados Unidos, en un marco menos influido por contrastes ideológicos, el retorno al pleno a una versión idealógicamente más ortodoxa de la democracia liberal no impidió que sobrevivieran en sus aspectos esenciales las innovaciones introducidas por el *New Deal*.

¿Cuál era el contenido de ese consenso tan sólido? El reconocimiento como parte de los deberes del estado asegurar el mantenimiento en buen orden del *welfare state*, con un sistema de seguridad social y salud y de subvención al desempleo razonablemente completo, mientras la expansión económica no trajese consigo la disminución (y en el límite eliminación) del desempleo mismo. Incluso en Estados Unidos, donde el consenso se desplaza en sentido más conservador que en Europa occidental, las modestas conquistas del *New Deal* son mantenidas porque los gobiernos republicanos se



abstienen de usar los instrumentos que la legislación introducida por su partido les ofrece para dificultar la sindicalización. En efecto, el casi monopolio que Estados Unidos retienen en la esfera industrial durante la primera década de posguerra permite a los empresarios desplegar una generosidad inusitada frente a las demandas obreras en la seguridad de poder trasladar con creces su costo a sus consumidores, mientras la intervención del estado en la economía sigue avanzando gracias a un intento que acreciente la intimidad entre estado y mundo empresarial (con consecuencias que llevaron al presidente Eisenhower a advertir sobre la peligrosa influencia del que bautizó complejo militar-industrial).

Hacia 1960 las tareas llevadas adelante a ambos lados del Atlántico bajo el signo de ese capitalismo y esa democracia modificados han sido tan brillantemente completadas que el equilibrio social consolidado por ese proceso tan reciente parece dotado de solidez de roca. El peligro que ahora amenaza es el del estancamiento, y el nuevo tema del debate político es cómo escapar a él. Esas debatas revela que los alejamientos, que todavía en 1945 se definían frente a alternativas muy tradicionales, los han dejado atrás casi, sin advertirlo. Así en el Reino Unido el laborismo denuncia la desorción del empresariado británico frente al deber empresarial por excelencia, que es el de innovar; es tarea del estado forzar a los empresarios a encarar la renovación tecnológica, sin la cual la decadencia nacional se hará irremediable, y asociarse con ellos en esa tarea salvadora. En Estados Unidos los demócratas, de vuelta en el poder, imponen una solución más sencilla contra el estancamiento: la reducción de impuestos, que aumenta la ganancia empresarial como la capacidad de consumo de los asalariados.

Parce en verdad llegado el fin de las ideologías anuncianas de unos años antes por Daniel Bell. Durante la década de 1960, mientras en otros aspectos los cambios arreían (la descolonización se traduce en algunas sangrientas guerras de independencia, una de las cuales —la de Vietnam— se encuadra desde el comienzo en el marco de la rivalidad Oriente-Occidente, la revolución cubana lleva esa rivalidad al Nuevo Mundo, y las modalidades nuevas adquiridas así por la guerra fría, que excluyen ya su desenlace apocalíptico, pero la extienden a nuevos campos de rivalidad económica).

Mientras en Estados Unidos fue él el momento en que la clase obrera comenzó a ver síntesis como la clase media por excelencia, aun en Europa occidental la pérdida de centralidad de la clase obrera tuvo un impacto político más inmediato que la agresión del campesinado, cuyo derroche casi silencioso venía a cerrar un capítulo de historia europea abierto en rigor en el neófito. En medio de las tormentas de 1968, un episodio revelador permitió medir por anticipado ese impacto: fue cuando el jefe de los sindicatos franceses se negó a apoyar a la insurrección, alegando que ésta sólo concedía a la clase obrera el *plan de force d'appoint*, de vuelta de apoyo, sin ello reivindicar para esa clase un protagonismo revolucionario del que no parecía ya capaz.

La larga expansión del sector industrial, tanto a la vez que había avanzado ya considerablemente en la corosión del perfil tradicional de la sociedad industrial, había venido modificando la relación de ese sector con el resto del mundo.

Mientras en las primeras etapas de la posguerra la reactivación de las economías industriales desarrolladas había avanzado más rápidamente que su demanda de productos primarios, luego el ya desmoronado crecimiento del centro vino a revertir esa tendencia, más eficazmente aun para los productores minerales no-renovables que para los agrícolas. Ya, hacia fines de la década de 1970, ello se reflejaba en la relación entre precios de productos primarios e industriales que comenzaba a moverse en favor de los primeros.

Otra novedad cuyo posible impacto todavía permanecía en el surgimiento de economías industriales más allá de las fronteras del mundo desarrollado.

Aunque el Japón no era, por cierto, una nueva potencia industrial, fue durante la década de 1960 cuando comenzó a perfilar como uno de los gigantes económicos de la posguerra; el absoluto predominio industrial del que el sector noratlántico había gozado hasta entonces afromataba una amenaza agravada todavía en Europa oriental.

La primera crisis del petróleo reveló súbitamente

Los libros, en fausto

AHORA, TAMBIÉN POR TELÉFONO

Ya puede comprar sus libros por teléfono. Llamando al 45-5284 o 476-4919/3914, usted los recibirá en su casa. Con una ventaja más: si tiene dudas, puede pedirnos los libros que deseé ver. Y decidir en el momento. Como si estuviera en la librería. El pago puede ser en efectivo. O con Argencard/Mastercard.

Para nosotros es lo mismo.

Ventas: Corrientes 1316. Tel. 476-4919/Corrientes 1243. Tel. 35-6114. Santa Fe 1715. Tel. 41-2708 • Santa Fe 1311. Tel. 41-4933 • Santa Fe 2077. Tel. 84-3251.

Santa Fe 1987. Tel. 815-4215/Buenos Aires Argentina.

Rivadavia 2299 Tel. 415-1501/Plata del Mar.

Administración: Maz 177. Tel. 88-2758/89-5446 • Fax 865-0322 • Bs. As. Arg.

fragilidad del orden de posguerra, pero vino a hacer más lenta la transformación del equilibrio interno al mundo desarrollado, en cuanto su impacto fue menor sobre Estados Unidos, cuya producción cubría más de la mitad de su demanda, que sobre Europa o sobre el Japón (este último totalmente deficitario en petróleo). En cuanto a la relación entre el mundo desarrollado y la periferia, la pausa en el crecimiento y en los avances del bienestar, al disminuir la demanda para otros productores primarios, restablecía un equilibrio cercano al anterior a la crisis, en que la opulencia árabe, venezolana y mexicana tenía por contrapartida la depresión en el resto de la periferia.

El impacto de ésta, lo mismo que el de la pausa en el crecimiento del centro, era atenuado por otra consecuencia de la crisis petrolera: al concentrar entre los beneficiarios de ésta una vasta masa de capital líquido necesario de invertir, ella provocó una baja de las tasas de interés que introdujo en el lenguaje corriente la noción paradojica de tasa negativa; esa abundancia de capital hizo posible en el sector noratlántico atenuar el impacto de la crisis mediante una inflación controlada (que al bajar todavía más las tasas de interés real refleja el odioso tributo pagado a los productores de petróleo), mientras en el frente de industriaización en Asia (y en Brasil) permitió proseguir los avances de ésta en una coyuntura decididamente menos favorable, y en casi todo el resto de la periferia —señaladamente en América latina— y en más de un país socialista sirvió para mantener en funcionamiento economías ya incalculablemente deficitarias.

En el mundo desarrollado, la *stagflation* —el recurso a una inflación controlada para evitar que el estancamiento dejara paso a la depresión—, que ofrecía refugio contra la crisis, no sólo desipaba lo poco que todavía sobrevivía de la fe política que había subtidido el gran avance de posguerra, sino inspiraba serias dudas sobre si éste podría alguna vez ser reanudado bajo el mismo signo, poniendo fin al estancamiento de la economía. Lo que había sido en su origen una renovadora, transformada por él en una adhesión más sólida que fervorosa al orden vigente, se degradaba ahora a apego instintivo, a un orden de cosas cada vez menos satisfactorio que se trataba de mantener en vida a fuerza de expedientes. Esse apego reflejado sin embargo la misma adhesión al equilibrio social, considerablemente renovado, que habría surgido en la posguerra, que las actitudes más afirmativas a las que había venido a replazar: todavía ahora la tentativa de salvajate del *welfare state* sacrificaba audazmente a la supervivencia de éste la tasa de ganancia del capital.

Pero si la *stagflation* debió ser abandonada, ello se debió menos a que impusiese ese sacrificio, que a su consecuencia ineficacia: eludir la depresión demandaba dardos crecientes del remedio inflacionario, que terminó así por parecer peor que la enfermedad. Tocó al presidente Carter inaugurar el cambio de rumbo, dejando de lado los remedios de viejas que sus predecesores republicanos habían esgrimido contra la inflación, para adoptar el verdaderamente heroico de una subida salvaje de las tasas reales de interés, a sabiendas de que ello debía provocar una muy seria contracción de la economía, pronto agravada por la segunda crisis del petróleo, que al extenderla a la otra orilla del Atlántico aseguró que, ante la caída de la demanda, la bonanza para los productores petroleros sería esta vez muy breve.

He aquí llegado por fin el momento en que se hace posible la reversión de la tendencia triunfante en la segunda posguerra. Posible —hay que subrayarlo—, pero no inevitable. En Europa continental todavía hoy conservan vigencia el perfil de estado y sociedad que fraguaron en esa etapa, y si el mundo anglosajón tomó otro camino, fue porque hubo quienes supieron empujarlo en esa dirección nueva, favorecidos en la empresa más aun que por las dificultades de la economía, por los cambios ya ocurridos en el equilibrio social de sus respectivas naciones: fueron esos cambios los que permitieron tanto a Ronald Reagan como a su fervorosa aliada británica, llegar al poder con la promesa de reconquistar la prosperidad a través de una contrarrevolución restauradora del capitalismo clásico. Son también esos cambios los que hacen posible que después de que por más de una década los Estados Unidos de Reagan y Bush, como el Reino Unido de Margaret Thatcher, no han hecho más que rezagarse respecto del resto del mundo desarrollado, las fuerzas políticas identificadas con ese desempeño tan poco

satisfactorio sigan cosechando convincentes victorias electorales.

Nada sorprendentemente, esa contrarrevolución triunfante en el mundo anglosajón no ha logrado restaurar el capitalismo clásico; si para el Reino Unido de la señora Thatcher ello representa un innegable fracaso, no puede decirse lo mismo de los Estados Unidos del presidente Reagan, donde lo que se implantó bajo el signo engañoso de una restauración fue algo totalmente inédito y original: una suerte de keynesianismo para millonarios, en la combinación de alta impuestos, subida feroz de gastos militares y corte salvaje de los subsidios directos e indirectos a la clase media baja (mientras los destinados a la población marginal, y crónicamente descupada, eran menos afectados) se traduce en una energía redistribución regresiva del ingreso, en la caída de las finanzas públicas en un déficit crónico y progresivo, que en diez años transforma a Estados Unidos de primer país acreedor en el mayor deudor del planeta, y en la ruina del estado que ha sabido acelerar y agravar. Al subrayar la suprema habilidad con que ha utilizado la obligada adaptación a un nuevo clima económico mundial para imponer un giro político, mucho más radical de lo que habían imaginado las muy ajustadas mayoría, que comenzaron por concederle un muyiblo apoyo, no se negará que esa adaptación era en efecto impositable.

El triunfo neocomunista no debe todo, sin embargo, a la ruina del estado que ha sabido acelerar y agravar. Al subrayar la suprema habilidad con que ha utilizado la obligada adaptación a un nuevo clima económico mundial para imponer un giro político, mucho más radical de lo que habían imaginado las muy ajustadas mayoría, que comenzaron por concederle un muyiblo apoyo, no se negará que esa adaptación era en efecto impositable.

La hacia todavía más necesaria la modificación del impacto alcanzado sobre el mundo desarrollado por el sistema de relaciones económicas internacionales introducido al finalizar la guerra, como consecuencia del posterior debilitamiento de la hegemonía económica y financiera del centro noratlántico. En particular la eliminación de barreras comerciales, aunque originariamente impulsada por Estados Unidos, comenzaba a tener consecuencias enojosas para éstos; aun así no podía ser revisada sin sacrificar la posición central de ese país, en el sistema financiero mundial (posición que hasta finales de la década de 1970 le había permitido, por ejemplo, desviar hacia Europa parte del costo de su propio activismo militar y social en la década anterior).

Però si esa circunstancia abrió la brecha por la que iba a infiltrarse el neocomunismo triunfante, ello no explica el todo su perfeccionamiento en el poder; ésta es, por otra parte, facilitada por la bancarrota del estado, como consecuencia no del todo imprevista del programa neocomunista. Desde el *New Deal* el alfa y omega de la acción política fue para los sectores subordinados el diálogo permanente con el estado, en una ambigua actitud que combina la súplica con la demanda, la promesa de apoyo y subordinación con la amenaza de retárselas en los momentos políticamente menos oportunos. Al elevar límites al parente infranqueable a la acción de ese estado, que no sólo no muestra interés en escuchar demandas, sino ha sido puesto en la imposibilidad de atenderlas, el neocomunismo elimina la política como alternativa real para las clases subordinadas: el *riot*, el tumulto urbano, nunca totalmente desmorado de las

costumbres norteamericanas y empleado sistemáticamente por el movimiento negro como medio de presión sobre el estado, aunque es hoy menos frecuente que cuando podía ser usado de ese modo, se transformó así en la expresión política por excelencia de las turbas que estás despidiendo de las grandes ciudades a los integrantes de una sociedad de clases, turbas cuya total alienación del orden social que las marginó encuentra expresión más rutinaria y cotidiana en el criterio individual. Las venjanzas que ésta metamorfosis de la sociedad urbana brinda a la restauración neocomunista están excepcionalmente resumidas en la chisposa definición de un neocomunista como un liberal que ha sido víctima de un asunto callejero, y no es éste el único ejemplo que sugiere que la involución económica, lejos de comprometer el éxito político del neocomunismo, viene a consolidarlo.

El triunfo neocomunista no debe todo, sin embargo, a la ruina del estado que ha sabido acelerar y agravar. Al subrayar la suprema habilidad con que ha utilizado la obligada adaptación a un nuevo clima económico mundial para imponer un giro político, mucho más radical de lo que habían imaginado las muy ajustadas mayoría, que comenzaron por concederle un muyiblo apoyo, no se negará que esa adaptación era en efecto impositable.

La hacia todavía más necesaria la modificación del impacto alcanzado sobre el mundo desarrollado por el sistema de relaciones económicas internacionales introducido al finalizar la guerra, como consecuencia del posterior debilitamiento de la hegemonía económica y financiera del centro noratlántico. En particular la eliminación de barreras comerciales, aunque originariamente impulsada por Estados Unidos, comenzaba a tener consecuencias enojosas para éstos; aun así no podía ser revisada sin sacrificar la posición central de ese país, en el sistema financiero mundial (posición que hasta finales de la década de 1970 le había permitido, por ejemplo, desviar hacia Europa parte del costo de su propio activismo militar y social en la década anterior).

La apertura mercantil favorció el éxito de la gestión neocomunista en cuanto forzó al mundo en presario, acostumbrado hasta entonces a maniobrar el sistema de liberadas democráticas, en Brasil, Argentina, Chile o Uruguay, que fue alcanzada con medios menores pero igualmente eficaces. Aun así, sin embargo, si el terremoto camina a un orden socioeconómico más duradero que los regímenes que lo impusieron a sangre y fuego, es porque él vino a remover los obstáculos en el camino de una transformación impulsada de modo aun más decisivo por el contexto externo, siempre determinante en esa región encerrada, al parecer, en un inescapable destino periférico; esta peripécia confirmaba una vez más la justicia de la intuición de Marx, para quien la violencia sólo lograba ser eficaz cuando servía de parte para la historia.

Es en cambio el eco alcanzado en el Tercer Mundo, y en el mundo socialista, el que ha transformado a una mutación

deterioro gravísimo.

Pero si esto es indudable, es también cierto que, salvo en parte Estados Unidos, el mundo desarrollado ha sabido gozar de las ventajas de esa universalización, mientras esquivaba sus inconvenientes mediante una apertura que ésta aún hoy muy lejos de ser total e irrestricta. Dejando de lado el Japón, que —en una experiencia sin duda intranferible, basada en una asociación entre estado y mundo empresarial que hunde sus raíces en el pasado también él intranferiblemente veráculo— ha logrado combinar la creación de una economía exportadora de vanguardia con el mantenimiento de niveles de vida cercanos a los del Tercer Mundo, en Europa ha sido quizás la unificación interna la que, al ofrecer estímulo suficiente al avance económico mediante la creación de un mercado gigante, le ha permitido controlar más cuidadosamente el ritmo —hasta ahora notablemente cauteleso— de su apertura externa. Y es quizás la todavía limitada apertura de la economía europea la que permite que sobreviva en Europa continental un clima político que continúa, en lo esencial, el de los años setenta; mientras los gobierños de signo socialista, en Francia y España, tras de abjurar rápidamente de su compromiso de impulsar un cambio de sistema, se dedican a proteger lo mejor que pueden el equilibrio interno de la que encontraron al alcanzar el poder de las acechanzas de la coyuntura, los más conservadores abandonaron compromisos simbólicos para tomar a su cargo esencialmente la misma tarea.

Es en cambio el eco alcanzado en el Tercer Mundo, y en el mundo socialista, el que ha transformado a una mutación de cambios económicos y sociales hábilmente utilizados por la nueva dirigencia política, en un marco respetuoso de las libertades democráticas, en Brasil, Argentina, Chile o Uruguay que fue alcanzada con medios menores pero igualmente eficaces. Aun así, sin embargo, si el terremoto camina a un orden socioeconómico más duradero que los regímenes que lo impusieron a sangre y fuego, es porque él vino a remover los obstáculos en el camino de una transformación impulsada de modo aun más decisivo por el contexto externo, siempre determinante en esa región encerrada, al parecer, en un inescapable destino periférico; esta peripécia confirmaba una vez más la justicia de la intuición de Marx, para quien la violencia sólo lograba ser eficaz cuando servía de parte para la historia.

Basta para advertirlo comparar la situación que hoy atraviesan los países latinoamericanos que han conocido el estadio terrorista con el de otros más afortunados: las analíticas predominan sobre las diferencias. Cabe entonces preguntarse si el legado más decisivo de la era de las tiranías no ha sido, más bien que el del terremoto, el de una gestión económica que ha dejado en herencia una abrumadora deuda externa, como consecuencia de la cual el estado se ha sometido al más mínimo riesgo al orden socioeconómico con el cual sigue fieramente identificado. Y desde luego se equivoca: en su gestión presidencial el doctor Paz Zamora ha sabido hacerse plenamente digno de la confianza en él depositada por su gran elector, y desempeña con la gallardía del caso su papel de indignado denunciante de las cada vez menos eficaces huelgas generales lanzadas por la muy disminuida Central Obrera Boliviana, con la cortesía de los organismos internacionales de crédito, y con fervor edificante el de devoto catómeno del proteta del nuevo orden mundial que goberna en Washington.

¿Qué concluir de todo esto? Que el triunfo de la democracia es en verdad paradigmático: lo ha hecho posible la victoria aplastante del capital, tanto sobre el mundo del trabajo quanto sobre el estado, que os ha sido ayer reivindicar un papel arbitral en el conflicto político en que se expresa el antagonismo propio de una sociedad bipolar. Y todavía que si la relación de fuerzas creadas por esa victoria puede encontrar en el adecuado marco institucional en la democracia representativa de sufragio universal es porque las transformaciones sociales de las últimas décadas, al destruir las bases para la centralidad previamente ganada (*pari* la clase obrera entre las populares y excavar cada vez más profundas fronteras internas a éstas, cierren el camino a cualquier retorno a la bipolaridad que hasta ayer hacía peligrar confiar las decisiones políticas a la libre decisión de las mayors).

Dentro del Tercer Mundo, la misma América latina que en 1960 se perfilaría como la tierra prometida de la revolución, iba a ponerse a la cabeza de la reorientación conservadora. En verdad desde el comienzo de la segunda posguerra la trayectoria latinoamericana había sido menos divergente de la del mundo desarrollado de lo que entonces se advertía y hoy habitualmente se recuerda. Por algo más de una década, aunque con altibajos y desigualdades en las trayectorias de las distintas economías nacionales, la región alcanzó tasas globales de crecimiento superiores a las de Estados Unidos y aun de una Europa occidental en rápida reconstrucción. Ese relativo éxito posibilitó las experiencias populistas, que en más de un país ofrecieron una contrapartida, a veces indeliberadamente paródica, para el nuevo modelo político y socioeconómico en proceso de consolidación del Viejo Mundo.

Pero, medio de los avances de la urbanización y la industrialización, y de la creciente gratificación política de una parte de los sectores populares, la economía no podía distracte los recursos necesarios para construir una infraestructura adecuada a la sociedad más urbanizada y la economía más compleja que estaban naciendo; la consecuencia era que, pese a la mejoría inmejorable de los niveles de ingreso de los sectores populares organizados, la experiencia cotidiana de éstos era de carencias crecientes en aspectos esenciales de su vivir, mientras las de las clases empresariales les hacían presentes a cada paso las insuficiencias también crecientes del contexto físico, institucional y financiero en que debían desenvolverse sus iniciativas; el corolario

político de la imposibilidad en que una economía aún razonablemente próspera se encontraba de satisfacer las exigencias nada modestas de unas y otras era la ausencia de un consenso comparable al que en el Viejo Mundo sostuvo al nuevo perfil sociopolítico.

Después de 1960, se iba a pasar de un clima político ya cronicamente inestable a uno cruzado de tormentas devastadoras, debidas sólo en parte a que gracias a la revolución cubana, Latinoamérica había sido promovida de la más remota retaguardia a la primera línea de batalla en la guerra fría. El desenlace de estos enfrentamientos fue el mismo en todas partes en que ellos se dieron: la victoria de las fuerzas conservadoras póstumamente consolidadas por el terrorismo de estado que éstas iban a practicar desde el poder, y por la desestructuración sistemática de los sectores sociales en que había anidado la disidencia, que pudo complicarse notoriamente porque el impacto social de la nueva línea económica agregó eficacia a una represión política de efectos devastadores.

Sólo en este contexto es posible una peripécia política como la vivida recientemente en Bolivia. Allí desde la restauración de la democracia se afrontaron electoralmente tres corrientes, a saber, las herederas de lo que fueron el centro y la izquierda del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que en 1952 introdujo el populismo por vía de una revolución triunfante, y una de derecha identificada con el general Banzer, gobernante en la década de 1970 en el marco de un autoritarismo militar que supo morigerar, mejor que otros, sus impulsos asesinos, y beneficiado por el recuerdo de la pálida europa petrolera de esos años. En una primera ocasión electoral el centro y la izquierda se unieron en torno al candidato del primer, el veterano Victor Paz Estenssoro, para cerrar el paso al terremoto fascista; en la segunda fue éste quien, harto de ser el espantajo invocado por sus adversarios para unirse en su daño, decidió tomar la iniciativa, y ofrecer su apoyo al candidato de la izquierda, que por cierto, no sólo incluyó en su programa creación de la policía de los políticos bolivianos, sino que muestra al general Banzer, hombre de ideas quizás escasas pero dotadas de admirable firmeza, encendiendo la presidencia de Bolivia al jefe de una corriente a la que durante su gobierno creyó hasta tal punto peligrosa que no vaciló en reprimerla por los medios más odiosos. Sin duda, si el ex presidente se ha resuelto a ello es porque sabe que al hacerlo no somete al más mínimo riesgo al orden socioeconómico con el cual sigue fieramente identificado. Y desde luego se equivoca: en su gestión presidencial el doctor Paz Zamora ha sabido hacerse plenamente digno de la confianza en él depositada por su gran elector, y desempeña con la gallardía del caso su papel de indignado denunciante de las cada vez menos eficaces huelgas generales lanzadas por la muy disminuida Central Obrera Boliviana, con la cortesía de los organismos internacionales de crédito, y con fervor edificante el de devoto catómeno del proteta del nuevo orden mundial que goberna en Washington.

¿Qué concluir de todo esto? Que el triunfo de la democracia es en verdad paradigmático: lo ha hecho posible la victoria aplastante del capital, tanto sobre el mundo del trabajo quanto sobre el estado, que os ha sido ayer reivindicar un papel arbitral en el conflicto político en que se expresa el antagonismo propio de una sociedad bipolar. Y todavía que si la relación de fuerzas creadas por esa victoria puede encontrar en el adecuado marco institucional en la democracia representativa de sufragio universal es porque las transformaciones sociales de las últimas décadas, al destruir las bases para la centralidad previamente ganada (*pari* la clase obrera entre las populares y excavar cada vez más profundas fronteras internas a éstas, cierren el camino a cualquier retorno a la bipolaridad que hasta ayer hacía peligrar confiar las decisiones políticas a la libre decisión de las mayors).

Es todavía posible concluir algo más, sin embargo, a saber, que a la situación actual se ha llegado como consecuencia de transformaciones sociales que no habían sido ni planeadas ni previstas; a esas transformaciones han de seguir inevitablemente otras hoy igualmente imprevisibles, gracias a las cuales es más que probable que la democracia vuelva a ser, como lo fue en su origen, un poderoso agente de transformaciones radicales. Si es desde luego imposible predecir cuándo, por qué y bajo qué signo la democracia ha de reconquistar su perdida eficacia como instrumento político, puede en cambio predecirse, sin temor a errar, que en el momento mismo en que ello ocurrirá ha de desvanecerse subitamente el universal consenso favorable que hoy lo rodea. □



SOCIEDAD

Las dos ciudades

Los opios y los pueblos

Pablo Semán

La ciudad de Buenos Aires, sus fragmentos y sus territorios, tan cercanos como recíprocamente desconocidos, es un terreno que hace necesario el ejercicio de la extrañeza. Pensemos, por ejemplo, que pese a ser apenas ocho las cuadras que separan Santa Fe de Corrientes, es un mundo entero el que media entre quienes transitan por cada una de ellas. Si tomamos rumbo Oeste quince cuadras hacia el Once o el abasto la distancia se hace infinita. Una romería de religiones en plena ebullición nos separaría dejarnos la sensación de que algún fenómeno extraordinario modificó los límites del país, y que tan breve lapso alcanzó para llegar tan lejos en el espacio y en el tiempo.

Mujeres y hombres solitarios

En la plaza Once un grupo predica sin abandonar nunca la posición, renuncia su rito con la misma fuerza con que no se desgasta ni con la concurrencia en bája ni con la indiferencia. Si esta presencia se multiplica, como ocurre a mediodía, se vuelve más intenso el patetismo del paisaje: gritos de predicación, rezos, relatos de cura milagrosa e instigaciones a tomar el camino de Dios, le ganan en decibles y clientela a vendedores de toda especie. A menos de una cuadra, donde un cine refugia hombres solitarios, un pastor convoca en cada reunión a una multitud de hombres y mujeres solitarios en búsqueda de sentido. Internándose por el barrio, el paseante puede ver cómo una docena de locales da refugio para la práctica de la religión que en la plaza se promueve. En ellos se recoge el esfuerzo de una pertinaz evangelización que incluye, en algunos casos, el esfuerzo militarista del la visita casa por casa. Pero el paisaje no es exclusivo de este barrio. Puede repetirse en otros y en otras ciudades.

Trasciende, también, las clases y las naciones: un informe del Parlamento Europeo señalaba ya en 1984 que "Uno de los procesos sociales más notables de la última década fue el crecimiento explosivo de un fenómeno que actualmente se conoce bajo la denominación de nuevos movimientos religiosos". En Estados Unidos y Alemania cientos de hombres pertenecientes al nivel gerencial de grandes empresas han formado sus propias redes comunitarias espiritualistas siguiendo la estela de la New Age, un movimiento que pretende, más allá de cualquier argumento, estar en posesión de las reglas de acuerdo a las cuales opera la naturaleza y, en su seno, la humanidad. Todo esto sin olvidar la armonía espiritualista con la que el fundamentalista verde Rudolf Bahro pretende superar todo disenso, voluntad anacrónica la democracia.¹

Todo esto ¿es tan novísimo?, ¿lo religioso no ha tenido siempre una misma pre-

Todos los días, miles y miles de mujeres y hombres que transitán los senderos de la Plaza Once rumbo al vejamén del hacinamiento en trenes y ómnibus del Oeste suburbano, son acosados por el megafónico discurso de una feria de religiones poco prestigiosas, casi undergrounds. Mensajes apasionados, infatigables, cuya eficiencia llena de preocupación como desconcierto tanto a los popes de los credos institucionales y a los heredo-racionalistas del agnosticismo finisecular. Pero a despecho de su aparente ofensiva sobre lo constituido, la nueva y multifacética oferta religiosa está lejos de la transgresión. Y más aun del compromiso social.

sencia diferenciada por la iglesia de moda? Puede pensarse, entonces, que esta religiosidad ocupa el espacio que un catolicismo secularizado y/o autista deja libre en una sociedad que no puede entender. Puede ser, también, que un potencial constante de religiosidad sea hoy expresado antes en el catolicismo, después en liderazgos políticos y fervores revolucionarios, para hoy hacerlo en nuevas religiones. Por lo pronto, hay algo que, para nuestra ciudad, es seguro: nunca estas prácticas tuvieron tanta visibilidad, tanta difusión en ciertos medios gráficos así como en televisión y radio. En este terreno y en los temas de la salud, por ejemplo, es donde puede verse un desplazamiento ejemplar. El que va de la búsqueda del milagro de la cura a la cura milagrosa proporcionada por "país" manosanas y otros brojos. Por otra parte la extensión es lo suficiente importante como para generar la preocupación de la iglesia católica e instalar el tema de las "secesas". Nunca se dio, tampoco, el caso actual de una reacción estatal que por la vía del registro de cultos intenta controlar el espacio de nueva religiosidad, asignando recursos y legitimidades a cambio de algunas obediencias.

Una sociología de la anomia

Tan importante como percibir la impetuosidad de la corriente religiosa resulta intentar comprender su significación para la constitución simbólica de lo social y lo político. En este último plano y en el terreno electoral encontramos algunos indicios. La política latinoamericana muestra varios casos en los que la influencia de grupos religiosos distintos del catolicismo, más nuevos y menos secularizados, ejercen, de distintas maneras, su influencia. Fue evidente el peso de los grupos evangélicos en Perú, que terminan imponiendo el vicepresidente de la alianza de Fujimori. También es notable el caso de algunos estados del Brasil, en los que las aspiraciones de mayor influencia religiosa llevaron a estos mismos grupos a crear formaciones políticas con el

Por otra parte esta oferta es el efecto de una condición que surge permanentemente y a espaldas de cualquier sociedad moderna. En ella surge lo evidente y precario de las identidades individuales y colectivas, activando la búsqueda de religión que, valga la tautología, la religión puede dar. Es por esto que el ciclo de religiosidad tiene una escala tan amplia aunque esto no obsta para entender lo que la aporta la especificidad de nuestra propia sociedad.

Inclusión vs. exclusión

El problema surge cuando nos encontramos con lo que aparece en ese movimiento: un discurso de servidumbre eterna y resignación terrenal; la instauración de la diferencia y la hostilidad entre los puros y los salvos; el reconocimiento y la identidad que surgen a cambio de la desocialización de todas las percepciones: los hombres, sus alegrías, sus miserias y sus conflictos pasan a ser meras expresiones de una eterna lucha entre el bien y el mal que, por supuesto, se libra en otro tablero. El aislamiento, el repliegue, la intolerancia activa no son, en perspectiva, posibilidades ajenas a la dinámica de estas instituciones. Son, más bien, los desarrollos más probables de uno de los (anti)movimientos sociales más dinámicos.

El progresismo del siglo XIX, anclado en la fe de la razón, impugnó la realidad de las otras religiones al tiempo que desconoció el fundamento de la suya. La tradición socialista no fue ajena al prejuicio racionalista. Opio de los pueblos eran las creencias de los otros; por suerte una gigantesca pedagogía daría cuenta del error. Pero lo ingenuo y desafortunado de estos juicios no puede relevarnos de la necesidad de pensar críticamente lo que está implicado en esta corriente. Sólo un relativismo de caricatura, como el que Sebrell construye a la medida de sus prejuicios, puede ignorar la necesidad de la crítica. La radical carencia de los hombres y las sociedades, de la cual huyen las religiones, es el motivo de una alienación constitutiva. Pero hay creencias y creencias, opíos y opíos. En su singularidad, los que nos ocupan llevan lo peor, al menos para una sensibilidad comprometida con los derechos del hombre, la tolerancia y un sentido de la democracia en el que la indeterminación radical de la sociedad y los sujetos es el fundamento. En el límite, las perspectivas son precisas: su ciudad ideal no me incluye, la mía a ellos sÍ. □

Notas

¹ Rudolf Bahro, *La lógica de la salvación*, Madrid 1986.

² Las opiniones comentadas fueron expresadas en la reunión sobre alternativas religiosas que se desarrolló en el marco del Seminario "Hacia el fin del Milenio", organizado por la Asociación de Trabajadores del Estado.